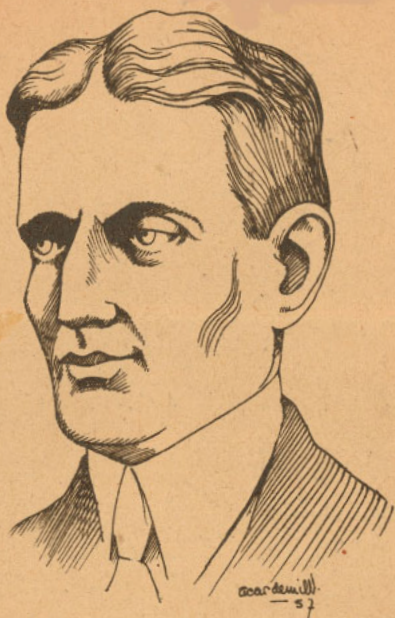


BIBLIOTECA CULTURA



CARLOS PEZOA VELIZ

ANTOLOGIA

Selección, prólogo y notas de

NICOMEDES GUZMAN

Z I G - Z A G



BIBLIOTECA CULTURA

(C) Empresa Editora
Zig-Zag, S. A., 1957.
Derechos reservados.
Inscripción N.º 19534.
Santiago de Chile.
1957.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.



ANTOLOGIA
DE
CARLOS PEZOA VELIZ

(POESIA Y PROSA)
Selección y prólogo de
NICOMEDES GUZMÁN



Z I G - Z A G

INDICE

	<i>Pág.</i>
Carlos Pezoa Véliz, escritor permanente y esencial de Chile, por Nicomedes Guzmán	9

POESIA

I. POESIAS ROMANTICAS, FILIALES Y VARIAS

Tarde en el hospital	33
Romanza de amor	33
Brindis byroniano	35
Mis amigas	37
A una rubia	38
A una morena	38
Los ojos de mi amada	39
En este día	40
Cansancio del camino	41
Egloga	43
Reiré	44
Al amor de la lumbre	45
Fecundidad	47
En la poda	48
La primera lluvia	49
Hacia el sur	53
Una astucia de Manuel Rodríguez	56

II. POESIAS SOCIALES Y DE PROTESTA

La pena de azotes	62
Cosa pasada	62
Geórgica	64
Contra avaricia, largueza	64
Contra gula, templanza	65
Contra lujuria, castidad	65
Contra soberbia, humildad	66
A la criada	66
Entierro de campo	67
Vida de puerto	68

El perro vagabundo	71
El pintor Pereza	73
Teodorinda	75
Nada	77
El organillo	77
De vuelta de la pampa	81
Pancho y Tomás	85
Alma chilena	94

PROSA

I. PROSAS ROMANTICAS, DESCRIPTIVAS Y VARIAS

La sonata escandinava	107
Oraciones para la amada	109
Salmo de otoño	110
Pensamientos	112
Carta de Viña del Mar	113
Fragmentos de "Vida Militar"	116
De Chuquicamata a Calama	117
A la vista de Caracoles:	
I.	118
II. Los argentinos en la pampa	119
Semana Santa	121
Memorias de un poeta	122

II. PROSAS COSTUMBRISTAS, SOCIALES Y DE CRITICA

"El taita de la oficina"	126
Impresiones de Viña del Mar:	
I. El estero de Marga-Marga	129
II. La calle de Viana	138
Marusiña	144
Aquella tardecita helada	151
El niño diablo	155
Los tácticos	162
El candor de los pobres	164

CARLOS PEZOA VELIZ, ESCRITOR PERMANENTE Y ESENCIAL DE CHILE

PRESENCIA DEL POETA

En una hora indeterminada —más bien, en un segundo fatal— del día 21 de abril de 1908 falleció en el Hospital San Vicente, de Santiago de Chile, un hombre (1). En ese mismo momento, y en el mismo lugar, pueden haberse despedido de la vida otros muchos seres. El caso del hombre en referencia es distinto. Este era un poeta. Así como se oye, es decir, una sensibilidad muy especial, una mentalidad diferenciada, un espíritu excepcional, de esos que poco se encuentran; un sentimiento anchuroso abierto a la inquietud entera del mundo. Se llamaba Carlos Pezoa Véliz.

¿Cuántas conjeturas se han enmadejado alrededor de esta personalidad?

Sería largo enumerar lo que se ha dicho acerca de este hombre. Incluso, no faltarán los que piensen en estos instantes que todo cuanto se agregue a su recuerdo es especulación literaria, puesto que él era un poeta.

¿CARLOS PEZOA VÉLIZ, UN MITO?

Conversando alguna vez con un amigo, buen amigo, pero enfermo de soberbia literaria, nos asaltó con esta pregunta:

—¿Hasta cuándo se cultiva el mito de Carlos Pezoa Véliz?

No hubo discusión. No valía la pena establecerla. En esto de la apreciación de los grandes valores, las opiniones tienen que someterse a una ley, que es ley colectiva, que es razón de un sentimiento o sentimiento de una razón.

¿Fue o es un mito Carlos Pezoa Véliz? Desde las episódicas circunstancias en que él no constituyó un mito como hombre, hay que crearse un proceso mental suficiente como para comprobar que el poeta nada tuvo que ver con la leyenda.

(1) Nació en Santiago el 21 de julio de 1879.

“¿Alberto Glatigny? ¿Cyrano de Bergerac? Enjuto, huraño, el cabello rebelde, la cara tallada con rudeza, los ojos de un azul acerado, la boca contraída en un gesto de amargura burlona, las manos finas, las uñas toscas, las maneras recias, el andar sin elegancia y el ingenio mordaz, impaciente y sarcástico: tal era Pezoa. Un alma de poeta, un espíritu profundamente soñador, encerrado bajo siete llaves en el sótano de una osamenta quijotesca.

“Trabajado por la fiebre afanosa de una herencia mórbida y anegado en el claroscuro de su humorismo fuerte y caprichoso, Pezoa Véliz se destaca, por encima del techo uniforme de los poetas americanos, como un agudo campanario, con una violencia extraña y dolorosa que desconcierta, que da vértigo. Es una poesía la suya que hace pensar en esas virutas olientes a brea con que los armadores chamuscan el casco de los navíos. (A la lumbre de esa poesía histérica se chamusca el enorme casco de la vida.) Y es que lo que constituye la originalidad de Pezoa Véliz es la franqueza cruel y casi brutal de los sentimientos e ideas que expresa: franqueza que lo hace girar bajo la loca ardencia de un determinismo espasmódico, empujándolo incesantemente hacia el estremecimiento de la vida nerviosa.” (1)

Ignacio Pérez Kallens, más conocido en los estadios literarios como Leonardo Pena —y más en el extranjero, en Francia, que no en Chile—, le presenta así en la edición que hiciera en París de “Las Campanas de Oro”, libro de Pezoa Véliz que tenemos a mano, pero sin referencias temporales.

Hay que comenzar a preguntarse: ¿Puede un hombre, un poeta, despertar en un espíritu opiniones fragmentarias como éstas, para suponer siquiera alguna ligereza en su tránsito por la vida?

Hemos de decir que Carlos Pezoa Véliz fue y es un poeta fundamental de Chile y de América. De esta opinión deriva esta Antología. Mas hay que persistir en una faena, no de justificación, sino de reafirmación, acerca de un creador definitivo, lleno de instinto y de sentido nacional, rudo de entendimiento hacia lo que constituye la raíz real y emocional de una raza.

(1) Leonardo Pena: Prólogo a “Las Campanas de Oro”, Rodez, Imprimerie Georges Subervie, Rue de L’Embergue, 21. [París (?).]

Es tormentosamente difícil descubrir en las letras de Chile de principios de siglo una voz poéticamente más característica, en cuanto a lo humano de nuestra tierra y sus hombres, que la de Carlos Pezoa Véliz. En la prosa, no cabe la menor duda de que su contemporáneo Baldomero Lillo (1), cuentista indiscutiblemente admirable, le hace pareja en la primera línea. Sin embargo, aun guardando respeto a la jerarquía que la narrativa suele tener por sobre el verso, Pezoa Véliz supera a Lillo en la ruda sutileza para aglutinar en sí el sentimiento colectivo del pueblo.

Pezoa no lo supo. No obstante, la seguridad de su instinto creador le guió sabiamente hacia el venero preciso en que habría de picar la veta más precisa aún, y más preciosa, para determinar la condición anímica del hombre natural a su tierra.

Es sorprendente y alucinante la presencia de este gran poeta.

Luego, es posible que nunca entendamos esta presencia en nuestros incipientes medios literarios de principios de siglo. ¿Consecuencia del avasallador torrente del modernismo? No, porque Pezoa Véliz nada tuvo que ver con sus extraordinarios timbales. Sí podría estimársele como un espíritu que, reaccionando ante la moda, llena de mitológicos elementos, volviera la vista y el alma a lo más considerable de sus pertenencias: el asunto popular.

DISCRIMINACIONES ACERCA DE SUS ORÍGENES

Habría otro síntoma: los orígenes de Carlos Pezoa Véliz, como ser, como ciudadano, como bohemio en lares que eran los suyos, pero que no le entendían.

Mucho se ha discriminado acerca de esto. ¿Hasta qué punto valen las discriminaciones? Se ha especulado en forma enfermiza acerca de si es hijo de éstas o estas otras personas. Mirando al problema social-humano de Carlos Pezoa Véliz, como hijo natural o legítimo, podríamos aplicar, en vista su temperamento revelado en muchos de sus mejores poemas, los métodos psicológicos que más nos

(1) Véase la "Antología de Baldomero Lillo", de Nicomedes Guzmán, Ed. ZIG-ZAG, 1955.

convengan. Sin embargo, acercándonos al criterio eminentemente popular, bien oiríamos decir a un "roto": "—No le hace..." Y Pezoa Véliz reiría.

Sería la suya una risa irónica de aprobación. No lo dudemos.

Entre los que, con más ahínco, han incursionado en los orígenes de Carlos Pezoa Véliz se halla el poeta Antonio de Undurraga (1). Este, con minuciosa contumacia, ha intentado definir la paternidad normal o anormal del gran poeta. Muy importante. Las investigaciones no están nunca de más. No obstante, hay un hecho. El poeta existe. Y existirá por siempre. Lo más atendible es que fue un carácter. Discolo. Rebelde. Arisco. ¿En razón de qué? Las especulaciones no valen. Lo que importa es su poesía. En nuestros días, Carlos Pezoa Véliz no existe en razón de sus progenitores, sino en razón de lo que dejó su breve tránsito por la vida: su poesía, y también su prosa, valiosa de crítica, llena de un inconformismo edificante, y el análisis se impone aquí en lo que su valeroso corazón insufló a la conciencia para dejárnoslo como herencia para largas meditaciones.

Armando Donoso, crítico de habilidad excepcional, le entiende como pocos, y señala: "En este lírico se cumplió el destino de muchos escritores románticos: morir joven y tener en su vida el comienzo de una leyenda, nacida al margen de su existencia bohemia, crucificada, antes de los treinta años, por un infortunio que sólo logró mitigar la muerte. Sus amigos, que se encargaron de escribir su biografía, contribuyeron a dejar un margen para todas las suposiciones con las dudas prodigadas respecto de su nacimiento y de su hogar" (2).

No es el instante de detenerse ante las conjeturas. El poeta nació un día y murió otro día. Entre tales días media una obra de consistencia incalculable. Esto es lo que importa, a nuestro entender. ¿Fue un hombre del pueblo con afanes burgueses? Las aspiraciones de uno u otro orden son naturales a cualquier ciudadano. ¿Por qué no a

(1) Antonio de Undurraga: "Pezoa Véliz", biografía, crítica y antología. Premiado en el Concurso de la Sociedad de Escritores de Chile, año 1950. Editorial Nascimento, 1951.

(2) "Carlos Pezoa Véliz. Poesías, Cuentos y Artículos". Edición ordenada, con un estudio, por Armando Donoso. Nascimento, 1927.

un poeta? El hijo de un buen burgués que quiere entregarse a la bohemia, ¿qué reproches merece?

Propongámonos más bien acercarnos al escritor, afirmándonos en los robustos soportes que nos legara para ello. Es lo fundamental. No vemos, desde luego, en Carlos Pezoa Véliz a un arribista, en circunstancias que casi toda su obra podría entenderse como una profesión de fe a lo que pertenece entrañablemente al pueblo. Sus afanes de superación material, en que se quiso, con no poca insistencia, observar una evasión desde las brumas ambientales vividas en la infancia y en la pubertad hacia un mundo refinado y selecto, le acercan, por rara simbiosis, a lo que, en definitiva, fueron la razón y el sentimiento, el esqueleto y la carnadura de su obra, siempre ruda, fuerte y conmovedora, y en la cual el desamparo y la angustia de todo un pueblo viven como en propio aposento.

SENTIDO POÉTICO

No hay que encubrir las ideas mediante un rostro ceñudo y contrito para concluir en que la poesía es uno de los más sutiles instrumentos propicios a alcanzar la comprensión de un pueblo. Y si la poesía es el instrumento, no hay que descuidar al poeta, que es quien maneja tal instrumento.

Hay cierto tipo de poesía que es como toque de campana, como un sonido de alerta, como un redoble de verdad. En el anuncio hay algo de cataclismo, se concentra toda suerte de albuces, vive un tumulto de sutiles secuelas o consecuencias que son como lianas o fibras que representan y resuelven un estilo humano, la manera social de un pueblo.

Este carácter de poesía, con todos sus acentos, con todos sus bajos y altos relieves, resulta la catadura entera de ciertos momentos animicos de una nacionalidad.

La trascendencia vital que la poesía de Carlos Pezoa Véliz tiene entre nosotros se halla determinada por aquel carácter. No hay en la expresión más personal del poeta nada que no sea una llamada de atención a lo que fue y es la chilenidad sojuzgada y plena de apetencias. Pezoa Véliz es el poeta de un pueblo en formación, de una raza que quiere limpiar la frente —cabeza adentro y cabeza afuera— de impurezas. Es el vate por excelencia.

Abatido por la bruma de los propios pesares, canta. Y su canto significa el canto de los oprimidos. Es un gran poeta en la medida que su voz es voz colectiva. Una inteligencia instintiva, un coraje soterrado, una seguridad de visionario —que es la misma de los grandes cateadores del desierto chileno—, le van guiando para alcanzar la fórmula de una alquimia maravillosa en que los metales de la nacionalidad se concentran y producen los fustazos de un brillo especial, denso y categórico, fustigante y violento, cálido y tierno y, que, a la postre, es la representación de lo que somos, de lo que deseamos, de lo que nos conmueve y nos hace mirar sin resentimientos hacia todos los horizontes.

¿Cómo encontrar en los principios de siglo un poeta que, desde el esqueleto de su palabra hasta la piel de su expresión, nos sea tan propio, nos sea tan nosotros mismos?

EJERCICIOS ROMANTICOS Y DEFINITIVOS ENCUENTROS

No descuidemos en Carlos Pezoa Véliz aquellos tramos primarios de su poesía en que, asediado por un romanticismo enfermizo, muy bien asimilado por su temperamento, cantó fugazmente a las hembras y amadas imposibles. Tampoco los instantes en que abatió su palabra frente al envolvente tropel del modernismo.

A su alrededor sonaron los tambores magistrales de Rubén Darío y la adjetivación llena de onomatopeyas de Pedro Antonio González. De lejos, le asediaban los Baudelaire y los Verlaine. Pero no sabemos por qué se nos ocurre que él escuchó más y fue más sensible a los acentos rudamente entrañables de Heine. No recordamos que alguien lo haya dicho, pero aquellos ritmos dramáticos de "Los Tejedores de Silesia" parecen haberlo conmovido hasta la médula. Así le sentimos. Y es la sangre de Heine la que permite a Carlos Pezoa Véliz devenir Carlos Pezoa Véliz. O sea, de chileno o americano, que al decir:

Oyeme. Estoy muy solo en un desierto
sin perfumes ni luz, canción ni flores;
sólo a lo lejos y con paso incierto
cruza una caravana de dolores...

¿Quieres probar extraños embelesos?
¡Amame! Te daré regias primicias

y un ramo de ígneos y quemantes besos
arrancado al jardín de mis caricias,

habría de desgajarse, de súbito, para enhebrar:

Formado el batallón, rígido humilla
al pobre desertor aprehendido
que sobre el patio del cuartel tendido
siente el roce brutal de la varilla.

Sobre sus carnes ulceradas brilla
rojiza mancha. Escúchase un aullido.
Cada brazo en el aire da un chasquido
que las entrañas del soldado trilla.

El sol que sale en el nevado quicio,
irónico sonríe ante el suplicio...
Y mientras que vertiendo vibraciones

la banda el patio de sollozos llena,
una estatua cubierta de galones
mira impasible la salvaje escena...

El contraste es trágico y dramático tanto por la consecuencia de una voz verdaderamente humano-social como por la motivación de los temas y sus matices realmente impresionantes.

Si incursionamos por la poesía amorosa y romántica de Carlos Pezoa Véliz, es menester reconocer que los hallazgos disfrutan de brillos esplendorosos. El era un poeta, y sabía decir en poesía lo que le placiera:

Mira la fresca flor... Huele a delicia
prendida al césped donde el paso estampo.
Hay un silencio dulce que acaricia
como abrazo de virgen en el campo.

Traza en las guijas donde chilla el loro
versos de luz la mariposa incauta,
y el viento arranca de sus labios de oro
cadencias melancólicas de flauta.

Sus rimas, en estos tramos, son el resultado de un es-

pontáneo afán de versificar, concediendo a su tiempo y a la moda una facilidad que, muy pronto, él no habrá sino de estimar como un ejercicio, como gimnasia creadora. El humor y la ironía, que son en sus versos elementos primordiales —apreciados en la reciedumbre de sus más valederas manifestaciones líricas—, campean en estas estrofas suyas recién citadas, y acaso en ellas se autorreproche, en relación con lo que escribió verdaderamente a conciencia, cuando dice: "Traza en las guijas donde chilla el loro, versos de luz la mariposa incauta"...

ADVENIMIENTO A LO SOCIAL

Esta observación podría significar el impreciso punto de partida para la realización de aquello que fue su más cara poesía. Se revela aquí un inconformismo que habrá de encaminarlo hacia un más vasto horizonte. Se le enjuicia y se enjuicia. Le molesta el canto apacible. Y se define en su futuro en los momentos en que se encara a la poesía de Manuel Magallanes Moure: "Porque estos versos de Magallanes son así. Sencillos, como los haría un niño que fuera poeta; femeninos en la flexibilidad de sus contornos lánguidos; frescos como el agua que se quiebra y hace trizas en el parlero fondo de alguna vertiente; chorrito de agua cayendo ingenuamente en una cascada; ruido en que parece hablar el alma de la naturaleza; música transparente, cristalería de estanque, que dice él mismo; parloteos de onda, de una frescura inexplicablemente alegre, de una belleza alegremente explicable..."

"Pero por esto mismo (este es un pero de volumen), por eso que tienen siempre de estanque, cascada, vertiente: agua, agua, agua..., por eso resultan anémicos, casi monótonos, iguales e inofensivos, es decir, impregnados de un airecillo de paz que no cuadra a la época ni al deber.

"Al triunfo, en dos palabras. Porque en estos tiempos de desesperanzas y luchas extrahumanas será poeta el que haga sus versos con jirones de alma, con trozos de bandera, con carnes hambreadas." (1)

Atento al contenido de su propia poesía, Carlos Pezoa Véliz no descuida la labor de su vecino, en este caso Manuel Magallanes Moure, y a propósito de su libro, no sabemos

(1) Cita de Antonio de Undurraga en "Pezoa Véliz", ob. cit.

si "La Jornada" o "Facetas", impone su opinión, que pudieran apreciarse como una profesión de fe:

"...si Magallanes echa sus pasos por el camino en que cabrillea el oro de las hojas secas, hágalo en compañía del labriego que se orienta hacia la mesa del rancho con las herramientas de labranza en el hombro cansado: él le hablará de hambres y befas, de sus hijos enclenques, de la carne acuchillada por la miseria o el látigo del capataz.

"Si el poeta habla del agua con la voz misma del agua, hable también de los sedientos... Si quiere contar sus cuitas al paisaje, hable desde la tosca puerta del rancho carcomido, donde hay tapias, rosales, organismos y esperanzas ruinosas..."

.....

"Desmenuce las rosas de los jardines rústicos; pero junto a las rosas ajadas, cuente algo de lo que piensa la hija del inquilino vejada por el patroncito..."

"Esos "Bueyes", por ejemplo. Tienen la taciturna fatiga de esos rumiantes, su andar filosófico. Acude al deslizamiento rumoroso de las palabras la fuerte visión de la reflexiva inmovilidad con que se arrastran los bueyes de paso tardo, a lo largo de los surcos abiertos, los ojos lacios, las musculosas testas inclinadas. Pero no es esto sólo.

"En esa inexplicable pesadumbre que cae del movimiento tardo, en esa modorra del paso taciturno, hay algo de las grandes pesadumbres que arrastran todos los uncidos al yugo, ya sea éste el del trabajo, el de la miseria o el de la dolencia moral. En ellos parece haber una amarga síntesis de dolor: en ellos parece callar la resignación inaudita de los estáticos, de todos los pobres diablos que hacen la vida de la contemplación, absortos ante el desfile de las ajenas dichas." (1)

Después de estas declaraciones, en que se establece no ya un reproche, sino una concepción de lo que debe ser la estética poemática, hay que entender a Carlos Pezoa Véliz en la esencia misma de su posición literaria. Poeta por naturaleza, por vocación inmanente, desecha las corrientes fáciles de creación, a las cuales pudo sumarse como un número más, entre tantos, y se constituye en una

(1) Cita de Antonio de Undurraga en "Pezoa Véliz", ob. cit.

expresión de evidente alcurnia social. Aquello de "...un airecillo de paz que no cuadra a la época ni al deber", lo define como una conciencia atenta a las circunstancias históricas, y en ello se explica su diferenciación en la marejada poética de su tiempo. Se comprende entonces que su poesía, esa que podríamos apreciar como social, no fue casual. Su vigilia le ha valido como la credencial más vital en las letras permanentes de Chile.

Llega el instante, naturalmente, de abocarse a la obra fundamental del poeta, que en su época no tuvo símiles, fuera, en la prosa, de Baldomero Lillo, al cual se emparenta rudamente por la fuerza realista y social de su mensaje.

La importancia de la presencia de Carlos Pezoa Véliz en nuestras letras está descontada, puesto que severos críticos y analistas de alta prestancia se han ocupado de su personalidad. Pocos, poquísimos, en verdad, pueden esgrimir, dejada ya la vida, tan preclaro derecho a ser estimados tan propiamente por las generaciones, no sólo contemporáneas, sino por las que les han sucedido, como un valor estable, permanente e insubvertible.

Quienes hemos abrazado, con el fervor que la cultura por sí misma exige, la tarea de rehabilitar, ante la conciencia de una nación, la consistencia de sus mantenedores más definidos y definitivos, nos encontramos un poco desvalidos ante la presencia de Carlos Pezoa Véliz. Muchos, antes que nosotros, han puntualizado con gallardía de miras, difícil de superar, el tránsito grandioso del poeta por la vida y su faena titánica en el transcurrir trágico de las letras nacionales.

Acaso no habría nada que agregar.

Como Baldomero Lillo, el intérprete inimitable del drama humano del carbón, Carlos Pezoa Véliz se ha convertido, a través del tiempo, en el poeta nacional de Chile. No se trata ya de apreciarlo encajado en su época, como tantos poetas, incluso el mismo Rubén Darío, o Amado Nervo, o José Asunción Silva, sino asimilarlo a todos los periodos de la historia chilena y americana y a los padecimientos de los hombres que han animado anónimamente esta historia, y, por ello, más substanciales en su discurrir más apreciable.

El análisis de las obras de los hombres que construyen la cultura de un país corresponde a los críticos y a los historiadores, y la significación de tales obras, en re-

lación con la vida social, es tarea natural a los sociólogos. No somos ni críticos ni historiadores, menos sociólogos.

Vivimos en vigilia simplemente por afán de difusión de lo que nos parece específico, en cuanto al mejor y más cabal entendimiento de lo que somos, a manera de ampliar el panorama valorativo de la cultura nacional.

SUS ANALISTAS Y CRÍTICOS

Y bien, ya puntualizamos, hace poco, la penetración con que Antonio de Undurraga afrontó la brega de entregarnos una biografía de Carlos Pezoa Véliz. Se observa en su libro, uno de los más voluminosos de los que se han escrito acerca de escritores nacionales, una arrogancia derivada, sin duda, de la seguridad investigativa. De Undurraga ahonda, lo repetimos, por sobre todo, en la definición de los orígenes del poeta, y ello con un ahínco digno más bien del análisis mismo de la obra del poeta. La contribución del ensayista —y también significativo poeta— resalta más bien en los acopios textuales que nos entrega en el curso de sus páginas de los “cuadernos de diario” de Pezoa Véliz, hasta ahora no editados. Estos, según asegura el biógrafo, son “la moza linterna mágica que va a servirnos para iluminar sus huesos, su verbo, su espíritu”. Muy acertado. Tales cuadernos, por lo que cosecha de ellos Antonio de Undurraga, nos muestran al poeta en todo su vasto territorio espiritual: irónico, candoroso, tierno, rebelde, huraño, observador, testarudo, hondo en su afán de crítica, fervoroso en su faena literaria, soñador, abiertos enteros el corazón y la conciencia ante la realidad y sus fenómenos humanos.

Sin embargo, siendo Antonio de Undurraga quien hasta ahora ha trabajado con más paciencia (1) alrededor de la vida y la obra de Carlos Pezoa Véliz, de modo que ha podido ofrecernos un volumen de trescientas páginas, merced a sus afanes, no es el más apasionado de sus analistas. Hay en su libro una fría sobriedad, un sentido de medida, un método un tanto rígido que absorben la viveza y el dinamismo biográficos. Otros, sin incidir en el conjunto de los detalles, nos han presentado a un Pezoa Véliz de más poderosos relieves, enteramente humano, fuerte

(1) Raúl Silva Castro prepara un exhaustivo ensayo sobre el poeta.

en su condición rotunda de poeta. El mismo Leonardo Peña, que prologara y editara el volumen europeo de "Las Campanas de Oro", en breves ocho páginas reconstituye su efígie en todo su poder de hombre y creador.

Luego, Ernesto Montenegro, que afrontara la publicación de conjunto póstuma de la obra de Pezoa, bajo el título de "Alma Chilena", en 1912, le enjuicia y le exalta en un estudio que sirvió de portada a tal conjunto y que el prosista ha incluido más tarde en una selección de ensayos (1): "Sus primeros versos debieron costarle esfuerzos considerables. El lenguaje es incierto y pobre, y las imágenes siguen el tipo convencional de los textos. Nótese el empaque meticuloso de sus primeros ensayos rimados, y compáreseles con lo que escribió en plena posesión de sus facultades, y se tendrá una sugerente lección objetiva acerca de la originalidad artística. Esta se nos presenta así como una liberación progresiva de nuestra personalidad, acendrada por el estudio y la observación, pero basada, sobre todo, en el conocimiento del propio temperamento y de la vida en su variedad de recursos y estímulos. La originalidad literaria viene a resultar, por lo tanto, equivalente, en lo intelectual, de la sinceridad ante nuestras impresiones y pensamientos.

"¿Qué es, pues, lo que distingue la originalidad de este poeta? La franqueza, a veces cruel, a veces brutal, en la expresión de su sentir y su pensar. Los puristas tendrán que echarle en cara su indisciplina, sus caídas bruscas, su tono desigual; los técnicos tacharán en su verso la aspereza del ritmo, las rimas atrabiliarias o forzadas; los moralistas se escandalizarán con los arrebatos de su sensualidad. Y, con todo eso, nos atrevemos a afirmar aquí que el poeta había encontrado ya su estilo propio, el más eficaz para la expresión de su espíritu impaciente, anegado en el claroscuro de su humorismo; y añadiremos que ese estilo tan personal puede beneficiar más a la juventud escritora, como escuela de la propia originalidad, que todas las lánguidas perfecciones de sus abuelos.

"Preocupado de alcanzar la más vigorosa expresión, Pezoa perseguía la palabra justa con una tenacidad que llegaba a hacerse dolorosa, para vaciar al fin un trozo de realidad caliente y palpitante en líneas breves, sobrias de

(1) Ernesto Montenegro: "De Descubierta", ensayos, Cruz del Sur, 1951.

tropos y enérgicas y coloridas como su acento. Por eso sus versos se le asemejan como los hijos suelen parecerse a sus padres, no sólo en fisonomía, sino además en espíritu. Sus giros caprichosos, sus salidas sarcásticas, estaban ya en sus desahogos habituales, y en sus humoradas oyese todavía el eco de su risa, estridente, empapada en mordacidad y cortada de pronto por quién sabe qué histéricas reacciones de amargura.

"Sus amigos de aquellos tiempos lo recuerdan como un mozo flaco y huraño, de maneras imperiosas y de ingenio procaz. La rudeza dominaba igualmente en su voz y en su fisonomía; el cabello áspero y revuelto, la cara tallada a recios planos, los ojos de un azul claro, de metal, y la boca a menudo contraída en un gesto desdeñoso o burlón." (1)

Insistir en la apreciación que sus contemporáneos adquirieron de Carlos Pezoa Véliz es ensayar compenetrarnos de la voluminosa alcurnia de su personalidad. Lo ideal sería reproducir aquí, en toda su extensión e integridad, el trabajo de Montenegro. Mas es menester, para nuestros objetivos, atender a otros estudiosos que encontraron en el poeta un motivo fundamental, en mucho símbolo, para descubrir la virtud y la entraña de una figura excepcional, siempre actual.

En todo estudio de una personalidad, provenga ella de donde proviniera, es recomendable el método comparativo. Es un fenómeno social comprobado que los valores, mayores o menores, se complementan. Los maestros, sin embargo, suelen escapar a este hecho. Carlos Pezoa fue un maestro, aunque aún no descubrimos sus discípulos. Fue maestro y discípulo de sí mismo. Lo comparativo, aquí, podría afrontarse desglosando la arrogancia humana del poeta y la robustez de sus consecuencias creadoras.

Los que han analizado la Generación Literaria Chilena de 1900 han convenido siempre, siguiendo necesariamente el método comparativo de valores, en que existen figuras que sobresalen y arrancan por propia virtud y derecho del susodicho método. La ley de la inercia es inevitable en todos los órdenes, sean físicos o espirituales. En la mencionada generación destacan varios mentores,

(1) Ernesto Montenegro: "Pezoa Véliz, Poeta del Pueblo", en "De Descubierta", ob. cit.

con carácter y originalidad propios. No otra cosa nos dicen, de este Carlos Pezoa Véliz de quien hablamos, Baldomero Lillo, Pedro Prado o Mariano Latorre. Pedro Antonio González es caso aparte, y para acometer la faena de estudiarlo, tenemos necesariamente que ir en busca de Rubén Darío, porque con él anduvo siempre acompañado su verso. En cuanto a Augusto d'Halmar, hay que pedir el aporte comparativo a Emilio Zola o a Pierre Loti, y al mismo espíritu de aquel prosista admirable. A Pezoa Véliz, por otra parte, podría sometérselo, si se quiere destacarlo en su avasallante expresión poética, a una técnica comparativa en que el motivo contrincante fuese el alma colectiva, o el medio humano, o la angustia, o el dolor social.

Dijo bien Ernesto Montenegro al llamarlo "poeta del pueblo", porque esto es él. El vasto sector social que él incorporara a su obra produce el equilibrio en el corazón mismo de su inquietud. Es el pueblo el que define su expresión. Y es Pezoa Véliz el que define los claroscuros de la condición humana de este pueblo. La identidad que determina el nexo entre el escritor y su pueblo destaca a aquél como el prototipo de intérprete de una realidad.

Armando Donoso se acerca a Pezoa sin cautelas, entendiéndolo hasta los últimos extremos de su época y lo elemental de su personalidad y de su lírica: "Es un momento sintomático en la evolución de una literatura, porque significa el olvido del cosmopolitismo romántico y el nacimiento del gusto por lo autóctono, que pronto va a tener sus novelistas y hasta el indispensable sociólogo, capaz de sistematizar en un libro los fundamentos de la chilenidad (1).

"Pezoa Véliz comienza como todos los jóvenes, recorre los mismos senderos trillados de la usata poesía, que se concibe de memoria, entonando un himno a Dreyfus o componiendo una oda al hijo del pueblo para un modesto centro obrero. En los años iniciales del nuevo siglo define un sentido interesante con sus primeros versos, que ha de convertirse en una expresión original en los poemitas escritos durante los últimos años de su corta existencia. No es un lírico de estilo fácil, de forma elegante, muy siglo XVIII: su voca-

(1) Armando Donoso se refiere, sin dudas, a Nicolás Palacios, autor de "Raza Chilena".

bulario es pobre, rudo, forjado a martillazos; su imaginación, de corto vuelo, encontraría su mejor símil en esas aves del campo chileno, de carne sustanciosa y pluma vulgar.

"Naturaleza algo plebeya, solicitada por el aspecto sensual de las cosas, se identifica con la emoción puramente material que le brinda el momento: la hembra más que el amor; la sensación del paisaje antes que la inquietud de la sensibilidad; el objeto antepuesto al sujeto; la anécdota largamente gustada, según el cartabón de las aficiones populares; todo lo que pasa ante la cámara de la pupila, mientras el espíritu yace mudo."

Le ocurre a Carlos Pezoa Véliz lo mismo que a Baldomero Lillo con sus críticos: la observación de aquello que pudiera ser reprobable o reprochable en el aspecto formal, no hace sino mostrarlo en la descarnada esencia de su expresión. Pezoa Véliz fue siempre feraz y de rudo contenido, lo mismo que el inigualable autor de "Sub-Terra". Acaso por esto mismo, Hernán Díaz Arrieta (Alone) apenas si le cita en la introducción de su "Panorama de la Literatura Chilena Durante el Siglo XX" (1) y lo desvincula de las semblanzas que en tal libro les dedicó a connotados valores de las letras nacionales. No obstante, el mismo crítico le concede unas escuetas líneas en su "Historia Personal de la Literatura Chilena" (2): "Pertenece a una familia pobre y humilde, tenía instintos aristocráticos e hizo una poesía refinada. Introdujo en ella motivos criollos, el campo, el campesino, sus dramas, la tiranía que sufre y el despotismo del patrón. La propaganda subversiva lo ha utilizado. Pezoa es de los primeros que alzan esos temas, tratándolos en una forma que no pasa con los cambios del gusto. Sus breves composiciones "Nada" y "Tarde en el Hospital", de admirable factura, están en las antologías más exigentes. Llevó una existencia de lucha entre su medio y sus medios. Tuvo un fin melancólico".

Esto es demasiado, en Hernán Díaz Arrieta, para un poeta como Pezoa. El tono es de resistencia hacia un poeta nuestro que sólo ahora estamos apreciando como su mo-

(1) Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1931.

(2) Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1954.

numental expresión lo exige. Pero es suficiente cuando sabemos de la actitud que nuestro crítico adopta frente a todo escritor que intente arrancar, mediante su faena, lo entrañable del pueblo, sin exqu coastes más o menos.

Es en Domingo Melfi, alto humanista y ensayista, en quien encontramos, lejos de Hernán Díaz Arrieta, a uno de los más fervorosos valoradores del autor de "Fecundidad" y "El Organillo": "Era popular, porque estaba con su corazón cerca de los huraños y de los tristes, junto a los labriegos y a los obreros". "En la generación de 1900, tiene Pezoa Véliz un lugar destacado, porque fue un lírico que acompañó con su canto bravío a los descubridores del paisaje. La vida humilde y dura de los campesinos y de los obreros de la pampa o de las ciudades fue también, como ya se ha dicho, descubierta por esos escritores." "Pero es evidente que en el poeta de "Alma Chilena" existía, como una fibra recóndita, el sentimiento de la identificación con el alma popular, a la que supo cantar como nadie hasta entonces lo había hecho, y como nadie lo ha hecho más tarde." (1)

Recontar las más fundamentales opiniones que ha despertado en la inquietud analítica de nuestros estudiosos la obra de Carlos Pezoa Véliz es afrontar una tarea titánica. Las más recientes obras de revisión e investigación acerca de nuestras letras le comienzan a ubicar, no ya sólo como un poeta cierto, sino como un renovador. Ha sido necesario el transcurrir de casi cincuenta años, desde que él muriera, para que se iniciara una etapa de reconocimiento profundo hacia lo que en él hay de esplendoroso y definitivo. Hugo Montes y Julio Orlandi (2) le han dedicado recientemente encomiásticos acápites, y una misma actitud asume el joven maestro lituano, avecindado en Chile, Paulius Stelingis cuando se enfrenta con nuestro gran poeta (3). Ricardo A. Latcham, a su vez, habrá de decir sobre nuestro bardo: "...las generaciones actuales

(1) Domingo Melfi: "Estudios de Literatura Chilena", Primera Serie. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1938.

(2) Hugo Montes-Julio Orlandi: "Historia de la Literatura Chilena", Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1955.

(3) Paulius Stelingis: "Carlos Pezoa Véliz, Poeta Modernista Innovador", Prólogo de Ricardo A. Latcham, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1954.

prefieren detenerse en la importante contribución formal y temática de Carlos Pezoa Véliz, que descubrió vivencias del alma colectiva y supo incorporarlas a la poesía social, tan desarrollada a partir de 1920. La contribución de Pezoa Véliz desde ese ángulo de su pensamiento es algo revelador, pues indica que el modernismo no fue tan oclusivo en la observación de la realidad social y económica de los pueblos hispanoamericanos". "Con Pezoa Véliz, influido por diversos cauces, pero original y genuinamente popular, se toca un terreno nuevo, se abren perspectivas distintas, se recogen las incitaciones de su época, se toca un campo adecuado a la siembra lírica de cuño autóctono y surge un escritor con rostro nativo auténtico". "El paisaje literario de Pezoa Véliz, expresado por su joven sensibilidad, no sólo permite captar la belleza de la tierra chilena, sino que se adentra en su cosmos poético, cargado de amor y goce de los sentidos, tan característico para los modernistas. De este modo se acentúan las notas generacionales en el autor de "Alma Chilena" y vamos completando su comprensión total." (1)

Sin desear insistir en citas, vale la pena captar el vivo sentido con que un poeta actual, Humberto Díaz Casanueva, antípoda por excelencia en su expresión de Carlos Pezoa Véliz, se acerca a interpretar su voz imperecedera: "Puede Pezoa Véliz ser un poeta impuro e imperfecto, pero a través de su santa impureza y de su torva imperfección queremos hundir la mano filial hasta la propia raíz de su vocación y entender el eje roto sobre el cual giró su vida en sentido inverso a su destino inusitado, uniendo el ímpetu a la substancia, y desasosegado ante lo incruento de su verdad vital".

El enigma tormentoso que es la poesía de Díaz Casanueva y su acento tremendamente subjetivo contrastan con el entendimiento que asume frente al lírico novecentista. Esto es sintomático y revelador de la importancia simple y humanamente universal de toda la obra del cantor que estamos tratando de glosar. No siempre un poeta comprende enteramente a otro, sea por diferencia de temperamento o por incongruencia apreciativa de los fenóme-

(1) Ricardo A. Latcham: Prólogo a "Carlos Pezoa Véliz, Poeta Modernista Innovador", de Paulius Stelingis, ya citado.

nos de la existencia y sus misterios. Díaz Casanueva se hermana a Pezoa cuando sigue señalando su virtud: "...quisiéramos alojarnos por algunos minutos en la estatua de Pezoa Véliz, libertar el rayo de su intimidad y señalar su ley y su material, despreocupándonos de lo contingente y de lo fatalmente temporal que haya en su obra, situando el oído leal en su intención y en su angustia. Cuando se cumple esto con sinceridad, hemos de reconocer que mucho de nosotros mismos, mucha savia inédita nuestra, ¡oh chilenos!, está tensa y condensada bajo la piel tosca y trivial de su verso" (1).

La lealtad sin pasión que revelan estas palabras como mágicas podría ser útil como corolario a estas notas acerca de un poeta nacional hecho de tan valiosa arcilla criolla.

Mas, para finalizar nuestras acotaciones, corresponde atender a la palabra de Carlos Poblete. En su difundida antología, se refiere a Pezoa Véliz de este modo: "El tiempo lo va descubriendo como al poeta del alma nacional. Cada día ilumina sus facetas, acentúa sus rasgos chilenísimos y lo entrega al futuro en actitud de bronce admirativo. Se le reivindica justicieramente como precursor de la poesía autóctona y popular, insuperado aún. Su entraña de hombre auténtico se nutría en la dolorosa raíz vernácula de nuestro pueblo, cuya voz informe y obscura expresaba.

"Si en su obra hay pesimismo, decepción e inercia, como anota un comentarista, es porque traduce fielmente una época de inquietud social llena de incertidumbre y sacrificios, y ésta es, en cierto sentido, su más valiosa condición, porque lo presenta consubstanciado a la realidad de su pueblo" (2).

Queremos ir un poco más allá y más en matiz con nuestro propio pensamiento. Lo que agreguemos acaso no sea sino la repetición de todo el acervo de opiniones sugeridas por el creador de "Alma Chilena" y "Las Campanas de Oro".

(1) Humberto Díaz Casanueva: "Carlos Pezoa Véliz, Actitud Fundamental de su Ser y de su Obra". "Atenea" N.º 154, Concepción, abril, 1938.

(2) Carlos Poblete: "Exposición de la Poesía Chilena" (Selección, Prólogo y Notas). Editorial Claridad, Buenos Aires, 1941.

GLOSAS FINALES

Desde luego, hay que insistir en que es muy difícil encontrar en la vieja literatura chilena, y aun en la actual, un poeta que represente a este país con más propiedad y fidelidad que este hombre que se ha dado en llamar fatalista, pero cuya esencia lírica asienta su estrato en la verdad más pura y humana de nuestra tierra.

Sensibilidad excepcional y poderosa, cantó al pueblo nuestro con mucha amargura y, sin embargo, ¡con cuánta fuerza de entendimiento hacia los seres humildes, hacia el hombre anónimo, hacia la auténtica mujer de la tierra!

El tono narrativo que asume constantemente en su verso no es sino el recurso para fijar, si se quiere, episódicamente, el sentimiento y el semblante de las vidas que le inquietan. No hay que recurrir a sus poemas clásicos, como "Nada", "Entierro de Campo", "Pancho y Tomás", "Teodorinda" o "De Vuelta de la Pampa", además de "Tarde en el Hospital", que difiere radicalmente de ellos, sino a cualquiera de sus estrofas posibles de clasificar como sociales o de protesta, para comprobar la significación de su tremenda y dramática expresión.

Es significativo el hecho vivo de que la mayoría de sus contemporáneos tienen que ser estudiados y comprendidos en su propia época, y aún así nos resultan anacrónicos. Pezoa Véliz es dura y tiernamente actual. Y si en estos días le apareciera un imitador, valga decir, un discípulo, sería, no lo dudemos, estimado como un extraordinario poeta. El ennobleció el cantar del payador y lo hizo vibrar de esa gallardía que pueden dar a los matices poéticos solamente los grandes creadores. Cualesquiera de sus versos son suficientes para estimar en toda su profundidad, en la más preclara hondura, ese acercamiento que Carlos Pezoa Véliz cultivó para sentirse parte de la vida y de los seres que exalta, aún a través de su insubsanable muerte. Los fundamentos de su gran poesía se afincan en una especie de desgaire en que la piedad y un sentimiento de protesta y de redención le señalan en su instinto de esteta que va más allá de lo simplista, exactamente porque, como poeta, de lo elemental y simplista, él sabe arrancar el rasgo de lo trascendental.

Atendiendo a su elemental, muchas veces candorosa

poesía, su ejercicio en el verso romántico, propio de sus iniciaciones, puede ser cimeramente valedero. Pero en donde Carlos Pezoa Véliz encontró su expresión más cierta y cabal es en aquello en que hace, sentimental y descriptivamente, la versión de un medio que le permitió dolerse y con seguridad espantarse, y que, no obstante, logró elevar al estadio poético con doliente humor de "roto" cansado, pero siempre fuerte. Luego, su afán redentor se nos ofrece sometido a un aliento revolucionario, atendible no sólo por lo que nos expresa mediante este aliento, sino por la forma con que nos comunica su observación y los sentimientos que la realidad le despiertan.

Se le han reprochado su carencia de recursos lingüísticos, su descarnado realismo, sus esmirriados recursos verbales. Esto es discutible, como en el mismo Baldomero Lillo. Pero, reconociendo esta deficiencia, llegamos a valorizar con más fervor sus virtudes. Generalmente ajeno al barroquismo que caracterizó el modernismo rubendariano, él compone estrofas en que los sentimientos, sensaciones e intenciones parecen un rudo esqueleto calcinado, pero ¡cuánta emoción medular guarda la escabrosa modulación de su canto! Dotado de un léxico exiguo, su instinto le permitió no ocuparse de cierta hueca palabrería, que, de hermosa, se hace, muchas veces, empalago y cursilería.

En Carlos Pezoa Véliz, poeta nacional de Chile, hay que entender las paradojas de un pueblo, su drama, su angustia, su humor, su ternura, todo ello confundido en un temperamento enfermizo, y, sin embargo, vibrante de vitalidad creadora, sabio para decir al mundo una historia sentimental colectiva.

Como prosista, Pezoa Véliz no es menos acertado. Los fragmentos de su diario que hemos logrado conocer le anunciaban como un narrador excepcional, acaso como un novelista extraordinario. La psicología del pueblo chileno no tuvo para él secretos. Si no, ahondemos en su relato "El Taita de la Oficina", en su ensayo crítico "El Candor de los Pobres", o en esa pieza maestra, reveladora de dotes de observación y apreciación humanas magistrales, que titulara "El Niño Diablo".

Murió nuestro escritor hace ya cerca de medio siglo, reducido dramáticamente a su piel y a su cal esquelética, comiendo con avidez los chilenísimos huesillos —último

y único posible alimento—, que le llevaba, de día en día, Fernando Santiván (1). Este instante de muerte cerró un ciclo de vida material. El ciclo de su creación es perdurable. Y acaso sólo ahora comience su trayectoria. Hasta hoy, el tiempo no ha traicionado al gran poeta. Lejos de esto, los fuertes contornos de su recia personalidad se aureolan cotidianamente de nuevos esplendores.

NICOMEDES GUZMÁN

(1) Fernando Santiván, Premio Nacional de Literatura 1952.

POESIA

I POESIAS ROMANTICAS, FILIALES Y VARIAS

TARDE EN EL HOSPITAL

Sobre el campo el agua mustia
cae fina, grácil, leve;
sobre el agua cae angustia;
llueve...

Y pues solo en amplia pieza
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza,
duermo.

Pero el agua ha lloriqueado
junto a mí, cansada, leve;
despierto sobresaltado;
llueve...

Entonces, muerto de angustia
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso.

ROMANZA DE AMOR

Mira la fresca flor... Huele a delicia
prendida al césped donde el paso estampo.
Hay un silencio dulce que acaricia,
como abrazo de virgen en el campo.

Traza en las guijas donde chilla el loro
versos de luz la mariposa incauta,
y el viento arranca de sus labios de oro
cadencias melancólicas de flauta.

Mira. Las gafas de oro del engaño
caen sobre mi frente, dulcemente,
y un suspiro de amor, largo y extraño,
me abraza el corazón como serpiente.

Ven hacia mí. Abrásame a miradas.
Soy el poeta que cantando penas,
delira con alcobas perfumadas
y con labios de vírgenes morenas.

Ven, abrázate a mí. Juntos iremos
hacia un país de flores y delicias,
y el río del placer remontaremos
como si en una barca, en tus caricias.

¡Oyeme! ¡Canta una canción impura!
¡Háblame de placeres prohibidos!
Los pájaros, borrachos de ternura,
hablan de amor en los ocultos nidos...

¡Bésame! Enciende ya la poesía
cuadros de luz en intangibles tules,
como una gigantesca alegoría
de juegos pirotécnicos azules.

Abre tus brazos de azahar. Con bello
paso de garza ideal busca retiros
y teje, entrelazándote a mi cuello,
un collar de miradas y suspiros.

Allá a lo lejos su reloj desata
el campanario que recita horas
y canta tripentálicas de plata
con voces soñadoras.

Y acá, entre la quietud de las gramíneas,
la espléndida intención de tu figura
traza en las flautas de sus curvas líneas
una gran serenata de hermosura.

Sueña con tu embriaguez el vino en jarras;
muéstrase como nunca cristalino;

ven a cantar bajo las verdes parras...
¡Cantemos al amor! ¡Bebamos vino!

¡Y rechina ante el júbilo del aire
en mí tu fe, tu voluntad de roble,
y ese cuerpo que tiene en su donaire
todo el aire marcial de un pasodoble!

Ven a remar. La barca del ensueno
llena de flores y olorosa a viñas,
lanza su proa hacia un país risueño
por ese mar de luz de las campiñas.

Y allá en las guijas donde chilla el loro,
canta versos de luz la sombra cauta
y el puelche arranca de sus labios de oro
cadencias melancólicas de flauta.

Tú, apoyada en tu Adán, y al aire dando
como cantos de luz tus sentimientos,
¡será un cuadro ante el cual, riendo y llorando,
marchas de triunfo tocarán los vientos!

BRINDIS BYRONIANO

Para Pedro Antonio González.

Invitado al banquete de la vida,
vengo a brindar, de vuestro gozo en medio,
al levantar la copa del suicida,
llena hasta el borde de espantoso tedio:

¡Dónde hallar un placer que derritiera
este hielo salvaje con que río!
¡Quién tuviera una lágrima siquiera
para calmar la sed de mi hondo hastío!

¡Me persigues, fatídico Imposible!
En todas partes mi impotencia te halla:
la cumbre, el esplendor, ¡qué tedio horrible!
¿Qué turba tan imbécil la canalla!

Busco un beso en la virgen, ¡no lo encuentro!
¡La profana ante mí la torpe duda!
¡Y a dónde, abierta una esperanza, entro,
sólo hay-silencio, soledad desnuda!

Y yo amo la quietud..., mas vuelo ansioso
en alas de un afán que nunca muere,
¡porque el tedio, escupiéndome alevoso,
hasta en la dulce soledad me hiere!

Porque llegan alegres avecillas
a profanar mi soñadora calma,
como locas, ardientes ramerillas
que quisieran danzar dentro del alma.

Mi hogar es la prisión que me consume.
La libertad no calma mi hondo anhelo.
¿Dónde está ese placer que nunca abrume?
¿Dónde se halla el oasis de este suelo?

Busco en músicas tristes un sollozo
y sólo hallo infernal monotonía,
y, cuando quiero estremecer de gozo,
me acribilla tenaz melancolía.

¿Qué goce es la amistad? Al propio empuje
o dominio me aplastan. Y no quiero
ser pobre león que de impotencia ruge,
o tigre vencedor, ruin y altanero.

No tolero ver perros a mi-planta,
lamiéndome los pies, ¡eso subleva!;
¡ni me arrastro ante el necio que levanta
de un podrido poder la enseña nueva!

Solo, como un engendro del abismo,
siento en mis venas del sepulcro el frío:
yo soy la horrible tumba de mí mismo
bajo la losa del mortal hastío.

¡Soy un abofeteado de la vida,
que el Monte Nebo a remontar empiezo,
arrancando a mi guzla enmudecida
la música salvaje del bostezo!

MIS AMIGAS

Tanto por el bosque canto mis penas
en versos olorosos como azucenas,
que hasta las avecillas se han conmovido
y bajan a escucharme desde sus nidos.

Por eso cuando lloro se agrupan todas,
y tiernas me recitan sonoras odas
que allá, sobre las copas de las encinas,
improvisan las bandas de golondrinas.

Unas me bajan flores desde las copas;
otras, encabezando canoras tropas,
se posan en mis hombros... y en voz muy queda
me cuentan cosas tristes de la arboleda.

Me cuentan que en la noche los cuervos viejos
llegan de sus festines desde muy lejos...
con el sangriento pico medio entreabierto,
derramando en las sombras olor a muerto.

Cuando penetro al bosque y en sus confines
me anuncian mis amigas con sus clarines,
se agrupan en las cimas los ideales
para tocarme regias marchas triunfales.

En otras ocasiones una muy viva
agita sus alitas, nerviosa, activa,
buscando entre los libros que picotea
las grandes alas blancas de alguna idea.

Ayer me arrebataron no concluido
un canto que leyeran allá en el nido;
hoy cruzaron en triunfo todas las cimas...,
¡mañana sabrán todas mis pobres rimas!

Yo adoro a mis amigas. Cuando el sol brilla
llegan en muchachadas a mi bohardilla
y me dicen mil cosas que yo adivino
en la lengua canora del regio trino.

Ellas, cuando yo muera, irán llorosas
a cubrir mi sepulcro de frescas rosas,
y espiarán a mi virgen en la ventana
cuando lea mis versos en la mañana.

A UNA RUBIA

Semejante al fulgor de la mañana
en las cimas nevadas del oriente,
sobre el pálido tinte de tu frente
destácase tu crencha soberana.

Al verte sonreír en la ventana
póstrase de rodillas el creyente,
porque cree mirar la faz sonriente
de alguna blanca aparición cristiana.

Sobre tu suelta cabellera rubia
cae la luz en ondulante lluvia.
Igual al cisne que a lo lejos pierde

su busto en sueños de oriental pereza,
mi espíritu, que adora la tristeza,
cruza soñando tu pupila verde.

A UNA MORENA

Tienes ojos de abismo, cabellera
llena de luz y sombra, como el río
que deslizándose su caudal bravío,
al beso de la luna reverbera.

Nada más cimbrador que tu cadera,
rebelde a la presión del atavío...
Hay en tu sangre perdurable estío
y en tus labios eterna primavera.

Bello fuera fundir en tu regazo
el beso de la muerte con tu abrazo...
Expirar como un dios, lánguidamente,

teniendo tus cabellos por guirnalda,
para que al roce de tu carne ardiente
se estremezca el cadáver en tu falda...

LOS OJOS DE MI AMADA

Son explosión de voluptuosos besos
los ojazos de un rostro que yo sé;
son ardientes, son raros y traviesos
como dos cucharadas de café.

Sobre el mar de la tez dulces despliegan,
como velamen regio de pestañas,
y parecen balandras que navegan
hacia un país de líricas montañas.

Tienen los tonos tristes de la luna.
¡Cuánto seducen al mirar contritos!
Son una regia, original tribuna
donde perora la expresión a gritos.

¡No los miréis! ¡Fecundos en delicias,
brotan del mapa ideal de su cabeza,
como dos continentes de caricias
en un mar de romántica tristeza!

¡No los miréis! Son límpidos umbrales
de sus órbitas grandes y entornadas;
son vasos de negríssimos cristales,
llenos de frescos ramos de miradas.

Son un poema de inauditas glorias,
y son, cuando los canto con mis quejas,
guerreros que recuerdan sus victorias
bajo el arco de triunfo de las cejas.

Son notas de intangibles mandolinas,
son puñado de sombra amenazante.
Cruzan como soberbias golondrinas
la aurora de su pálido semblante.

Ojos más tenebrosos que mi suerte,
que quisiera mirarlos en la playa,
cantándome mi adiós cuando me vaya
en la barca sombría de la muerte.

EN ESTE DIA

Amada... Hoy es el día de difuntos.
Tiernas caricias secarán tu llanto...
Como aquel tiempo, rezaremos juntos
por esa anciana que nos quiso tanto.

Amada mía, ¡tu amargura calma!
Te besaré la frente en este día
y mis palabras llegarán a tu alma
llenas de misteriosa poesía...

Iremos a su tumba con las flores
que ella misma ponía en tu ventana,
para que recordando tus amores
te adornaras el pelo en la mañana.

Allí, donde entre el grave simbolismo,
un león de huracánica melena
parece meditar sobre esto mismo
en una trágica actitud de pena.

Donde entre el mármol que el dolor invoca,
vimos cuando la muerte, tristemente,
a un ángel con un índice en la boca
le imponía silencio gravemente.

Donde una estampa atada a una cornisa
a la sañuda muerte representa
y hay una calavera amarillenta
presa de eterna y espantosa risa.

Iremos a encender la lamparilla
que hay delante de un viejo crucifijo:
el que antes de morir la pobrecilla
tomó llorando cuando nos bendijo...

Tú le dirás que su hijo también reza
para que desde el cielo nos resguarde.
...Y tus huracanadas de tristeza
se mezclarán al viento de la tarde.

Amada mía, ¡tu amargura calma!
Te besaré la frente en este día
y mis palabras llegarán a tu alma
llenas de misteriosa poesía...

Allá, entre el mármol que el dolor invoca.
verás surgir ante tu fe doliente
a un ángel con el índice en la boca,
imponiendo silencio eternamente.

CANSANCIO DEL CAMINO

¡Madre mía! Hace frío en esta tierra
tan desoladamente hostil y tosca;
yo no sé manejar armas de guerra,
ni tengo airón ni la mirada hosca.

Yo no sé la estocada sorpresiva
que hace saltar la sangre del contrario,
ni me la aprenderé mientras que viva,
porque no siento audacias de adversario.

Yo no nací para luchar. De niño
a hombre, sin pensar jamás en músculos,
debí sólo ver flores, ver cariño,
campañas, alboradas y crepúsculos.

Yo tengo inmenso amor por esos bellos
tiempos, por esas tardes tan lejanas
en que condecoraba mis cabellos
con el grave prestigio de tus canas.

Madre, yo tengo miedo. Están de menos
tus palabras tranquilas, tus miradas
buenas como tus besos, que eran buenos,
y tus frases de amor, que eran baladas.

He visto mucho ya. He oído nombres,
he vivido en un pueblo muchos años,
y siento que las cosas y los hombres
me son aún heladamente extraños.

¡Eras tan joven! Tus palabras eran
como las de los pájaros; como ellos,
hablaban de las hojas que murieran
en sus días más bellos.

Y en las tardes, vagando por la vía,
me hablabas de los sueños que soñabas;
yo te hablaba llorando, madre mía,
de mis debilidades. Tú pensabas.

¡Eras tan buena! Tu inocencia suma,
tu inexperiencia del vivir, tus sueños
se impregnaban de amor, como de bruma
se impregnan los paisajes lugareños.

¡Ah, tú sabías encontrar el fondo
de esta amable bondad hereditaria
que me hizo descender a lo más hondo
de la meditación, de la plegaria!

Tú no viviste para ti. Eras buena
como tu amor por mí; y eras tan santa
como mi amor, como esta inmensa pena
que de esta mala vida me levanta.

¡Ah esas tardes de amor! Por el camino
iban nuestros espíritus soñando,
y eran nuestras palabras como un vino
de sabor dulce, como un vino blando.

Como si aún lo viera... Te adoraba
sin presentir los venideros daños.
Te miraba hondamente, te miraba
como se miraría en muchos años.

...Todo lo que habla de tu vida lo amo:
las canciones antiguas y la nieve
de mis melancolías, el reclamo
del vendedor mientras afuera llueve.

Recuerdo todo. Hasta los sueños torvos
de los gatos huraños; tus modales
llenos de aristocracia, como sorbos
de un licor de los tiempos medioevales.

Y nuestra mesa, los manteles blancos,
las copas de color, el vino, el agua;
los jarrones pintados con barrancos,
carricoches y bosques de patagua.

Y veo todo... Hasta la parra vieja
que aún enarca sus troncos retorcidos,
el tordo campesino, la copleja
que era el recuerdo de los tiempos idos.

¡Y todo eso ya hurtado por la muerte!
Toda esa dicha que no fue ni mucha...
Todo arrancado a la haraposa suerte
de un niño sin vigor para la lucha.

Me besabas; me hablaste largamente;
reímos, conversamos mil asuntos;
nos separamos silenciosamente
después de andar toda una vida juntos...

En una noche que acabándose iba,
echamos cada uno por su atajo;
tú seguiste tu marcha por arriba;
yo seguí mi camino por abajo...

EGLOGA

Amo lo que me asombra y no me asombra;
la luz preclara, la nocturna sombra;
el cantar de una boca
cuando la frente de la amada toca,
y el rumoreo de hojas y de seda
que en pos del paso de una joven queda.

Amo el golpe del hacha en la montaña
y el canto de la esposa en la cabaña;
amo el chisporroteo de la leña

en el hogar donde el labriego sueña
con ver una explosión de espigas rubias
en pos de las tristezas y las lluvias;
las tardas oraciones
que elevan los lejanos esquilonos
desde el alero
en que piensa el sombrío campanero.

Amo la melancólica elegía
de la hojarasca en la alameda umbría.

Amo la tarde,
la mustia estrella,
la rima que arde
y la plácida luz que cae de ella.

Amo lo que florece, lo que anida
en el inmenso campo de la vida;
amo lo que Dios pone en un murmullo:
yo lo amo porque es bello, porque es suyo.

REIRE...

Reiré mientras impulses
mi barca que ya se pierde,
niña de ojos agridulces
como granos de uva verde.

Y reiré mientras coja
en el amor mi poesía,
niña de boca más roja
que un corazón de sandía.

Reiré mientras me enardezca
tu boca que besa y muerde,
niña tentadora y fresca
con sabor a fruta verde.

Mientras puedan mis agravios
probar en dulces antojos
las dulzuras de tus labios,
las dulzuras de tus ojos.

AL AMOR DE LA LUMBRE

Junto a la gruta de las quebradas,
donde las aguas alborotadas
charlan de asuntos sin ton ni son,
hay una casa de corredores,
donde hay palomas, tiestos con flores
y enredaderas en el balcón.

Es una casa de tres ventanas
donde la madre luce sus canas
como argumentos de algo gentil,
y unos modales llenos de gracia
que hacen más grave la aristocracia
de su aire místico y señoril.

Si fueran cosas de tiempo antiguo,
más de una oda de metro exiguo
hubiera escrito Fray Luis de León
sobre la dama de blanco pelo,
sobre las dichas que allá en el cielo
tendrán los buenos de corazón.

Y en verdad digna es de verso y prosa
la blanca mesa, la blanca loza,
la porcelana de albo matiz,
los cuchicheos, los tenues corros
y el agua alegre que salta a chorros
por una enorme llave matriz.

Es una dicha que causa pena...
La broma alegre, la charla amena,
y allá en el piano, *la, si, do, re...*
Los besos largos, las risas claras
y el tintineo de las cucharas
sobre las blancas tazas de té.

Unos comentan el cuento charro;
este que piensa fuma el cigarro
mirando el humo subir, subir.
Hace proyectos mientras bosteza
y ve en las brumas de su pereza
las alegrías que han de venir.

La madre cose; la joven piensa;
la chica enreda su obscura trenza;
los grandes hurgan temas de amor.
Y si a la larga se ponen tristes,
el más alegre cuenta unos chistes
que a todos ponen de buen humor.

Mientras las flores pueblan la mesa
y la bandeja de plata gruesa
y las cajitas donde hay café,
en cuyas clásicas etiquetas
hay unos chinos que hacen piruetas
sobre cajones llenos de té.

En los jarrones de porcelana
hay una torre y una campana
que casi, casi replica ya...
Un cuadro antiguo colgado al muro,
y en él un gesto grave y seguro
sobre el retrato del buen papá.

Si allá un piloto maniobras manda,
los chicos todos en la baranda
piensan: ¿A dónde va el bergantín?
...Y sopla el viento del mediodía
y una brumosa melancolía
vacía en el aire vahos de espín.

En las heladas tardes de invierno
se leen libros de arte moderno
o una charada de Pedro Gil;
oye la dama de pelo cano,
callado el viento, callado el piano,
y Paderewsky sobre el atril.

Cuando en las noches hay aguacero,
niños y gatos junto al brasero
oyen *La Lámpara de Aladín*;
cuentos de negros duchos en bromas,
niñas que un hada volvió palomas
o gigantones con piel de espín.

...Suenan las doce; la madre reza;
hay en los cielos mucha tristeza,
abajo un vaho sentimental,
mientras que enfermas de hipocondría
cantan las ranas su letanía
allá en la orilla de un manantial.

Sueñan los niños que allá en la gloria
hay una inmensa preparatoria
donde Dios hace de preceptor;
y que en las clases, de traje blanco,
a cada uno pone en el banco
una corneta con un tambor.

FECUNDIDAD

A Guillermo Labarca Hubertson.

El porte grave, el porte de esta robusta vaca
de cuernos recortados. El aire distinguido
de ésta que es corniabierta y ésta que es tan retaca,
marchan al pasto alegre donde rumia el marido.
Sopla un aire robusto... ¡Salud, señor paisaje!
¡Es usted tan potente! ¡Y es usted tan salvaje!

El toro de ancha testa contempla en la pradera
la encantadora carne de la esquiva ternera
que hace saltar la brizna, buscando, hocico al aire,
no sé qué encanto nuevo que ha soñado... El desgaire
de los gallos erguidos, de los pollos de estacas
que hacen rueda a las pollas de floreados pompones,
entre el aire seriote de los toros y vacas
y el chirrido tedioso de cien mil moscardones.

Las moscas acrobáticas se buscan. Y los pavos
empiezan ademanes de lujuria en los rabos
abiertos a la inmensa gloria del sol lascivo
que torna obscuro el gesto y el ensueño agresivo...
Los peones cuchichean en los ranchos agrestes;
las hembras escudriñan los espacios celestes,
como soñando un hombre superior, un mancebo
de formas endiabladas, un macho ardiente, un nuevo

peón que viniera a brincos por las viviendas de 'ellas, violando a las esposas antes que a las doncellas...

Por el abierto campo las manadas tranquilas alargan los lamentos de las tardas esquilas, mientras un venerable carnero de agria testa salta por sobre aquella borrega o por sobre ésta. Más allá un potro bayo de musculosos pechos baja a brincos los quiebros de los bruscos repechos, mueve la cola, mueve las orejas nerviosas, salta, piafa, relincha; las patas temblorosas se levantan, se doblan. El sol cae en el anca y hay relampagueos de oro. Esbelta potranca viene dando corcovos... Ansía que la violen... Sopla un viento de fuego que arrastra polen, ¡polen!

—Oiga usted, buena moza que las vacas ordeña, más blanca que la leche de las vacas la sueña mi juventud. Sus pechos deben ser aún más blancos... (El pastor le echa el ojo por los mórbidos flancos)... Oiga usted, buena moza. Mire el sol: una brasa... ¿Ve usted a la potranca? ¡Pues ella se solaza! ¿Y nosotros? ¡La sangre se me enciende, pastora! Dame un beso. ¡Otro beso de tus labios! Ahora mira cómo en los campos la carne de las frutas tiritita; cómo corren oleadas disolutas. Mira cómo la vida revienta. Mira cómo el viento ama a las tierras y les araña el lomo...

La pastora se calla. El pastor tiembla y mira; luego se va acercando. La pastora suspira...

EN LA PODA

Cantando va el alegre carretero
frente a sus bueyes tristes y cansados;
en su carreta lleva el limonero
que me daba en las tardes de febrero
la sombra de sus ganchos inclinados.

—¡Qué alegre vas, buen hombre! —dije al guía.
Y al seguir canturreando por la vía
me respondió: —¡Como anda siempre el pobre!

¡Aquí es donde se compra la alegría
ganando el pan que a muchos tal vez sobre!

Y no encuentro el dosel de mis amores
en los sitios del bosque, despoblados.
¡Y tú llevas los verdes cobertores
en que mi amada y yo, ebrios de olores,
hablábamos de amor, entrelazados!

¡Oh rústico feliz! Sigue el camino
conduciendo tu carro a la leñera;
esos nervios del bosque donde el trino
más de una vez a desgranarse vino,
llevan mi sueño a la chispeante hoguera...

Tú del hombre feliz la imagen eres,
tú cuya fuerza a la labranza uncida
te hace vivir sin penas ni placeres,
arrastrando la carga de la vida
entre los cantos de tu amor a Ceres.

¡Tú no vienes al bosque a hablar de amores
con la alegre y coqueta Poesía,
ni te amargan los besos seductores
de esa florista que nos da sus flores
escondiendo el puñal de la ironía!

¡Canta! ¡Canta feliz, buen carretero,
frente a tus bueyes mustios y cansados!
¡Llevas en tu carreta el limonero
que nos daba en las tardes de febrero
la sombra de sus ganchos inclinados!

LA PRIMERA LLUVIA

Bien venido, padre Otoño. Tu alma puebla
las viviendas donde el viejo hastío efluvia;
su tristeza es una hermana de la niebla,
mi tristeza es una hermana de la lluvia.

La tristeza amarillenta de las hojas
da a las copas leves toques de agonía

y fallecen sin dolor las tintas rojas,
como enfermas de incurable poesía.

Ahí, al frente, las ventanas a la lluvia
abren poco a poco lívidas persianas;
sale un viejo, sale en pos de una alba rubia
que contempla con tristeza otras ventanas.

Y los niños pasan tristes a la escuela,
embutidos en sus negros capuchones,
mientras lejos vese a ratos una abuela
que, en su cuarto, hace calcetas y canciones.

Mientras grave la parroquia de la villa,
que a lo triste del paisaje su alma aúna,
de la vía ferroviaria por la orilla
vierte tristes campanadas, una a una...

Y en la quinta que se encara al mar airado,
se ve a un joven que medita largamente;
se ve el rostro prematuramente ajado,
se leen quejas, ¡las de todos!, en la frente.

No es mi amigo (lo es ahora ante la lluvia),
sé que llora la partida de una anciana,
sé que es suya la gloriosa testa rubia
del mozuelo que retoza en la ventana.

Sé que sufre su mujer hondo desvelo,
que la muerte de esa anciana lo ha rozado,
que, impotente para hallarle algún consuelo,
envejece ante el dolor de su adorado.

Sé que el pueblo, sé que el aire de la villa
le corroen, le anestesian, le amortajan,
que se arrastran los recuerdos a la orilla
de la playa, que las brumas le desgajan...

—¿Qué recuerda, padre mío? ¿Qué recorre?
—le pregunta la gloriosa testa rubia.
—¡Nada! Es sólo el lloriqueo de la torre...
Las campanas... Es el tiempo; es esta lluvia...

Las colinas se arrebuja de azulejas
nieblas vagas. De los álamos escuetos
caen hojas amarillas, caen quejas,
cae el tedio de los pájaros inquietos.

Y descienden los recuerdos más sombríos,
los monólogos tristes, la nubada,
las miserias melancólicas, los fríos,
las ternuras de una época pasada.

...¡Ah la lluvia! Cae el agua, cae en tierra
y la tierra la devora cuando cae.
Ella todo se lo traga... ¡Santa tierra
que se lleva todo, igual que todo trae!

Falta todo aquí. En los días de la lluvia
la anticuada chimenea se encendía
y al calor de ella la hermosa testa rubia
en las faldas de la abuela se dormía.

Falta aquella buena anciana, falta aquella
buena vieja que en la noche conversaba,
conversaba sobre mí con una estrella
que, según ella decía, nos miraba.

Charlas que eran de seguro muy sombrías,
que serían de fatídicos agujeros,
pues que ajaron sus maternas alegrías,
desalaron mis ensueños más ligeros.

Recordaba las guerrillas con los godos,
las penurias de los tiempos coloniales,
los feroces artilleros que iban todos
sin zapatos, pero todos con puñales.

Y contábame el cuentucho picaruelo
del corneta de roída casaquilla
que vestía las sotanas de un mochuelo
para oír la confesión de una chiquilla...

O aquel caso de la historia, el de un hermano
que Rodríguez desnudara sagazmente,
para entrarse como un gordo franciscano
al despacho del ingenuo Presidente...

¡Tanto tiempo de esos días! Las callejas de mi barrio melancólicas se abrían; se morían de vejez las casas viejas y los viejos moradores se morían.

Sólo el noble Austin, sus viejas estaquillas en la esquina golpeteaba diariamente y sus rezos a muchachas y chiquillas enseñaba santamente, santamente...

¡Yo recuerdo aún la escuela! Sus lecciones: la captura de Atahualpa por Pizarro, los indígenas en bárbaras legiones que cantaban adelante de su carro.

¡Y las lluvias! Aún recuerdo las acequias, los navíos de papel que iban ligeros, los naufragios, las ridículas exequias que se hacían por soñados marineros...

(¡Tanto tiempo! —Mi chiquillo, mi regalo, ¿tienes frío? ¿Te has mojado, nene mío? Su mirada está tan buena. ¡Y él tan malo!— ...Santa madre, tengo frío, tengo frío...)

Tengo frío, buena vieja... ¿Dónde te hallas? No me basta la inocente compañera... Le hacen falta tus añosas antiguallas a esta ajada, miserable primavera.

Este frío que desgarras... Yo ocultara no sé dónde mi tristeza... ¿Callaría? Si pudiera aún llorarla, la llorara, hora a hora, noche a noche, día a día.

Y esta calle... ¡Qué miseria va por ella! Allá el carro de cansados caballejos; acá el sucio vendedor o la doncella. Los hogares que se atristan allá lejos...

Una vieja con paraguas se ha cogido los vestidos junto al charco de agua mustia, paso a paso, con el cuerpo entumecido, por las callés, bajo el peso de la angustia.

Pasan perros vagabundos de ojos zarcos,
pasan otros de terrífica belleza
y contéplanse las greñas en los charcos,
asombrados de su escuálida pobreza.

¡Ah qué vida! De pensarla me da frío.
¡Y la suerte! ¡Y esta vida bien malvada!...
¿Vivo? Sufro... ¡Mas no quiero el fin, Dios mío!
¡Ah qué vida tan odiosa y tan amada!

Resarcirse, dice alguno... ¡Si supieran
que aquí todo se marchita: besos, flores!
Si a este niño y a esa santa mujer vieran
que malgastan en mi pena sus amores.

¡Ah este frío!... Me ha calado..., me ha aterido.
Esta niebla desmorona los mirajes.
Esta lluvia friolenta ya ha entumido
los afectos, los ensueños, los paisajes...

...Así el mozo reflexiona. La inocente
compañera de su vida se ha acercado;
mas, en pos de contemplarla tristemente,
la repudia, melancólico, cansado.

—Padre mío, viejo mío —dice entonces
el muchacho—. ¡No entristezcas! Es la hora...
¡Es la rara pesadumbre de los bronces
la que enferma tu mirada, la que llora!

Y habla. Sueña algo que es vago, semiobscurito...
Y es que en él surge una fuerza de hombre sano,
que ya dice: —Sonriamos al futuro.
Anda, viejo... Yo te llevo de la mano.

HACIA EL SUR

Hoy he emprendido este viaje
que hago alegre, contemplando
cómo ante el tren van pasando
las montañas del paisaje.

Esa agria montaña donde
el hombre al hombre acuchilla,
donde aún el indio de Ercilla
su ruca indígena esconde.

A la orilla de un estero
donde hay sauces angustiados
canta alegre el carretero
frente a sus bueyes cansados;

y escucha una inmóvil tagua
sobre una angulosa grieta
las cosas que dice el agua
en su eterna cancioneta.

Las cuadras que se reemplazan
en desfile vagabundo,
todas pasan, todas pasan,
como las cosas del mundo...

Y van en hondo letargo
tras el eco que responde,
siguiendo el camino largo
sin saber a dónde, a dónde.

Vese a una alegre potranca
que piensa algo muy impuro
y una yegua cariblanca
que relincha a un potro obscuro.

Y allá entre desnudos piques,
torres de aldeas lejanas,
donde sueñan con repiques
las taciturnas campanas.

Y en un paso que se encorva
bajo bosques de retamo,
un peón de mirada torva
que guía el coche del amo.

Alamos de troncos yermos
que alzan el busto hacia arriba
como siluetas de enfermos
en actitud pensativa.

Y las bodegas viñeras
llenas con fondos de cobre,
donde hay muchas borraduras
para las penas del pobre.

¿Dónde van los cerros grises
en monótona carrera?
Van a lejanos países
donde el viento los espera.

Fijos en tosco edificio
hace mucho que emprendieron
un largo viaje ficticio
que tantos hombres hicieron.

Y ahí están al viento cuyo
furor habla de vestiglos
vaciando su inmenso orgullo
en las barbas de los siglos.

O alzando en su misticismo,
lacerados por la hiedra,
hasta el rostro de Dios mismo
sus grandes manos de piedra.

¡Oh esos frailes corpulentos
que, hincados en tosca alfombra,
oyen rezar a los vientos
oraciones a la sombra!

Ellos han visto sin mengua
las rabias de los volcanes
y han entendido la lengua
en que hablan los huracanes.

Y han visto ya el rayo ciego
bajar del monte al testuz
y dar azotes de fuego
como látigos de luz.

¿Dónde van los cerros grises
en monótona carrera?
Van a lejanos países
donde el hombre los espera.

Porque él los domó: Altanero,
señor de corvo y de hazañas,
tomó el traje de minero
y les vació las entrañas.

Y hoy que poco a poco cejan,
muestran entreabiertas fosas
y túneles que semejan
puñaladas horrorosas,

que acaso asestaron quienes
hoy son los mismos aldeanos
que dicen de algunos trenes
que pasan como gusanos...

Por ahí un nombre incoloro
sobre un pique de renombre
muestra que una audacia de hombre
tuvo amores con el oro.

Y que ahí el oro y la audacia,
que abundan en desengaños,
se buscaron; por desgracia
no se hallaron en cien años...

Y ahí los humos fugaces
de oxidadas chimeneas
trazan sombras, rumian frases
llenas de blancas ideas.

Y ahí, entre las agrias rocas,
las minas que alberga el suelo
abren inauditas bocas
como pidiendo algo al cielo.

UNA ASTUCIA DE MANUEL RODRIGUEZ

Fray Alfonso Guimáñez de Medina, el hermano
más bonachón y santo del templo franciscano,
bajaba por la cuesta con dirección al fondo
gloriosamente verde del valle de Aconcagua.
El río iba cantando no sé qué cosa en lo hondo

de una barranca agreste. Reía abajo el agua con frescachona risa de mujer, con pomposa locuacidad, con esa verbosidad latente con que ríe en la gloria de los campos la rosa a la gloria apacible de la alegre corriente. Fray Alfonso iba al paso de su mula; iba al paso porque dádivas, diezmos y primicias sumaban como la siembra toda de aquel faldeo raso que veía... Los buenos campesinos se daban con espíritu y cuerpo... Desbordaban legumbres desde el río a la cuesta, desde el llano a las cumbres. Fray Alfonso pensaba tales cosas risueñas con fruición inocente. Las pupilas zahareñas se aguzaban de gozo bajo el amplio sombrero que albergaba su rostro de religioso austero. Fray Alfonso salía de las árguenas llenas, por encima de un tiesto con gallinas rellenas, por encima de rumas apretadas de coles y pollos de plumajes ricos en tornasoles. Fray Alfonso al tufillo de ese monte rumiaba condimentos nefandos o comilonas sordas; tal vez al paso lento de su mula soñaba con siete vacas gordas...

Tal iba. En el quebrajo de la hondonada vino la amable catadura de un pobre campesino, rústico de lenguaje. —Güenos días, hermano — canturreó con devoto sonsonete el aldeano. —Buenos se los dé el cielo —santamente repuso fray Alfonso Guimárez. Como entonces era uso dar la diestra al creyente para el beso devoto, alargó al campesino la diestra. (Por el soto cantaba alegremente su copleja burlona algún pájaro irónico, algún tríl andariego, para quien no era alegre ni era tan bonachona la inocente mirada del devoto labriego.)

Fray Alfonso Guimárez, ante el sacro donaire del labriego, hizo entonces una cruz en el aire y alargó al campesino la sonora alcancía con la mística imagen de la Virgen María, que desde muchos años para los campos era

la bendición, el trigo para la sementera, el sol para los ciegos, para el hambriento el pan, la gloria del Altísimo para los que se van...

La expresión del labriego, bajo el ala mohína de un enorme bonete, resultaba tan boba como el cuero pletórico que chorreaba en la esquina de la enjalma. ¡Aquel cuero contenía una arroba! Largo hilito de baya descendía hasta el suelo desbordando dulzuras. El sabor iba al cielo como incienso invisible, como incienso malsano ofrecido a la gloria de algún dios campechano. Fray Alfonso olfateaba con mirada simplona la rosada frescura de esa baya... El labriego brindó un sorbo al hermano. Resultaba dulzona... Pero, ¡qué!, los gaznates son propicios al riego, ¡y aquel líquido alegre, de sabor nunca visto, lo hallaría gracioso de sabor hasta Cristo!

—No es, hermano, limosna la que os trae un hermano — recordó con devoto sonsonete el aldeano —: es la grave noticia que en Los Ande hay sabío, es la grave noticia que hay colgao el avío para dir a Santiago... ¿Sabe, hermano? Roldrigue pasó ayer como un viento por Los Ande... Le sigue un alfeire del Cuarto...

—Dios lo guíe, mi hermano...

Los caminos son malos en la cuesta; en el llano se amontonan herejes; hay escenas salvajes de viajeros colgados a los altos ramajes de los bosques; se sabe que por odio a los reyes se asesina, se incendian las carretas andinas, para asar en las llamas los opíparos bueyes de las chacras vecinas.

Fray Alfonso temblaba; la palabra ferviente recorría un comienzo de oración. Lentamente repartía el labriego maldiciones... La bota del labriego franqueaba los groseros avíos de la mula pacífica. (Otra gota, otra gota no sería pecado. Tales gotas dan bríos a los ánimos tristes.) Esa turba patriota era sólo una turba de malvados impíos, era sólo una turba de soldados feroces

que atronaban los campos con patrióticas voces y rabiosos discursos. Desde ha mucho los buenos campesinos decaen; sus graneros de trigo ya no están, como en tiempos olvidados, rellenos de cosechas; los diezmos, que antes eran conmigo, enflaquecen ahora..., y al decir no hay engaño, que los padres ayunan doce meses al año... ¡Ah, esos pícaros que hablan a los pueblos de cosas que los pueblos no entienden, de caer han un día; se la estaban jugando con palabras hermosas a los reyes de España y a la Virgen María!

La morriña del néctar convidaba al descanso... Fray Alfonso bajóse. Cerca había un remanso de apacible frescura; la morriña del néctar, no sé qué de ternura impregnaba en las cosas de los campos agrestes, se adhería a las plantas, empapaba el ramaje, los parleros arroyos, los espacios celestes y el solemne mutismo del tranquilo paisaje... Y a la sombra de un árbol copetudo charlaron... Y como era graciosa la cabeza de un fiambre que rompía las árguenas, de improviso acordaron engullirlo... ¡Qué diablos! ¡No era justo hacer hambre! Esos malos patriotas no valían un sorbo de esta baya dulzona... (discurría el labriego). La tal bota con baya resultaba un estorbo contemplándola... —Hermano, si la echásemos luego por las vías reseca del gaznate, ¿sería grave falta? (El labriego la frescura ofrecía de la pícara andina.)

Sí, mi hermano. Roidrigue pasó ayer como el viento por Los Ande; le sigue un alfeire del Cuarto con cien más talaveras. Icen toos que y'andan por ahí montoneras, que han entrao a la casa de on Pórfido Urriola, que a las niñas más mozas del patrón han robao, que han robao la caja, la bandera española y una imagen de plata del Señor Crucijao...

(Era la hora de siesta, cuando viene la huraña sensación del bochorno, y en la tarde encendida,

sobre el campo salvaje, sobre la hosca montaña,
con inmensos letargos explosiona la vida.)

Fray Alfonso no oía bajo el agrio bochorno... La quietud campesina deslizábase en torno de su ensueño. La siesta le traía un letargo cansador; la morriña le sumía en el largo descansar de la vida; la quietud del bosque, la piedad del riachuelo que empezaba un visaje, la tristeza lejana de las cumbres, el ronco rumoreo del río, la gramínea brava, la silueta inmutable del hierático tronco que en mitad del desmonte sabiamente pensaba..., todo ansiaba reposo. Fray Alfonso veía panoramas en sueños... Ya la Virgen María que pasaba por campos, por senderos y chozas, recogiendo las dádivas de las gentes piadosas, recogiendo primicias que el abad franciscano recibía sonriendo... Ya era el pícaro aldeano que escapaba en la mula y a los campos huía con la santa persona de la Virgen María, con los pollos que daban en las chacras cercanas, con las frutas pomposas, las lechugas lozanas que brindaba la hacienda de don Pórfido Urriola, con las tortas robustas, invisibles de vaho, con la caja de fondos, la bandera española y la imagen de plata del Señor Crucijao... Ya era el pícaro aldeano cuya cara ladina, bajo el amplio bonete, resultaba tan boba como el cuero pletórico que chorreaba en la esquina del apero. Aquel cuero contenía una arroba. Le ofrecía una bota de la pícara baya, y otra más... A la postre se embutía en la saya para hurtar su apariencia de católico hermano, para hurtar el prestigio del sayal franciscano, para hurtar el prestigio de la vieja alcancía con la mística imagen de la Virgen María, para hacer batallones, levantar montoneras, escapar con las mozas, degollar talaveras...

Fray Alfonso dormía...

Por el monte lejano
revolaban los pliegues del sayal franciscano...

y aquel guapo Rodríguez se rumiaba un responso:
—¡Que le vaya bonito con el prior, fray Alfonso!
(En la cumbre un devoto de la Virgen María
saludóle. El saludo del devoto era austero;
bajo el amplio sombrero del hermano reía
la cazurra mirada del audaz montonero.)

Alcanzaba la cuesta...

Las montañas mostraban sus selváticos flancos
apretados de flores, cual si hubiera una fiesta
de color en la flora de los verdes barrancos;
los manzanos abrían las escuálidas ramas;
parloteaban las fuentes, despedía el sol llamas;
las vertientes cantaban con recónditos bríos
y apretaban sus mozos los agrestes bohíos
para el paso glorioso de aquel rústico hermano,
que si bien era hermano, no era tal franciscano;
que llevaba a los pobres la esperanza, que había
conquistado la imagen de la Virgen María,
la alcancía sonora, la pacífica mula
y una presa bucólica que hartaría la gula
de un convento; que había conquistado la saya
con la grata dulzura de esa opípara baya,
y que enviaba a los pueblos la esperanza bendita
de ser libres un día, de asistir a la cita
con la edad venidera, recorriendo el atajo
que conduce, entre músicas de besos y de arrullos,
a la gloria fecunda de entregar al trabajo
la energía fecunda que le brindan los suyos.

II POESIAS SOCIALES Y DE PROTESTA

LA PENA DE AZOTES

Formado el batallón, rígido humilla
al pobre desertor aprehendido
que sobre el patio del cuartel tendido
siente el roce brutal de la varilla.

Sobre sus carnes ulceradas brilla
rojiza mancha. Escúchase un aullido.
Cada brazo en el aire da un chasquido
que las entrañas del soldado trilla.

El sol que sale en el nevado quicio,
irónico sonríe ante el suplicio...
Y mientras que vertiendo vibraciones

la banda el patio de sollozos llena,
una estatua cubierta de galones
mira impasible la salvaje escena...

COSA PASADA

De los pasados barullos,
¿recuerdas, mi buena esclava,
los tiempos de amor y arrullos,
cuando mis labios mojaba
en la sangre de los tuyos?

¡Largas noches en tu pieza!
Noches de lluvia y de barro...
¡Cuántos sorbos de cerveza
tornó amargos la tristeza
que salía del cigarro!

Recuerdo todo; la tos
y aquellos tiempos de crisis,
cuando en el nombre de Dios
la melancólica tisis
se interpuso entre los dos.

Todo. El bullicio grosero
del baile, el salón cercano,
y aquel valse lastimero
que sollozaba en el piano.

La pieza en que me ofrecías
caricias, lectura y bock,
y en la que siempre tenías
un tomo de poesías
y un libro de Paul de Kock.

Y aquella obra chocarrera
que no pasó del preámbulo,
cuyo largo título era:
"Amores de una ramera
con un poeta noctámbulo".

Tú soñabas con alhajas...
Yo soñaba con Ofelias...
Mientras tendido en la caja
te leía en voz muy baja
"La Dama de las Camelias".

Y besaba en mis empeños
tus carnes de rosa té,
carnes de tintes sederos,
más pálidas que los sueños
de Margarita Gauthier.

¿Y te veré? Mudo, tierno,
iré un día a ese país...
¿Cuándo será el viaje eterno?
Tal vez en tiempo de invierno
y en un día triste y gris...

Y habrá con mi triste esclava
noches de amor y de arrullos

y mojaré cual mojava
mis labios de ardiente lava
en la sangre de los tuyos.

GEORGICA

Dios atenderá mi ruego...
Yo sólo pido alegría,
un rancho en la lejanía,
allá un buey, acá un borrego.
Seré bueno: hecho un labriego,
habrá en mi hogar niños, niñas,
fecundas serán mis viñas
y armoniosas las canciones
que hagan llorar los gorriones
en medio de mis campiñas.

Y sobre esta dicha, sobre
esto que exista, si existe,
un consuelo para el triste
y un pan fresco para el pobre.

CONTRA AVARICIA, LARGUEZA

Tú sabes que cuando reza
el hermano franciscano,
aconseja al buen cristiano,
contra avaricia, largueza.

Por eso, por mi pobreza,
y porque en Dios soy tu hermano,
dame tu beso, tu mano
blanca y también tu pureza.

Dame, dame lo que es mío...
Yo a ti mi brazo bravío
de campesino y mi hoz;

mi buen humor de muchacho,
mis inquietudes de macho,
salvaje, ardiente, feroz...

CONTRA GULA, TEMPLANZA

Ama el trabajo, el buen nombre,
la virtud que Cristo amó;
recuerda, hermano, que no
sólo de pan vive el hombre.

Contempla, extásiate. Asombre
tu alto gusto a quien te vio
y abre tu alma a todo lo
que da buen nombre y renombre.

Deja el *beef*, el vino craso
para el panzudo que al paso
de buey rastrea el millón,

y a quien, grasa y elegante,
envidia el vientre colgante
la nueva generación...

CONTRA LUJURIA, CASTIDAD

El carnero cornigacho
de hosco ceño y agria testa,
está de novio con esta
borrega de buen mostacho.

Pero, sin pizca de empacho,
ronda también junto a aquésta,
con cierta cachaza honesta
que es digna de un buen muchacho.

En el corral la ancha puerta
de par en par se halla abierta
cuando echa el ojo el zagal.

Entonces agría el ojo,
va al corral, echa el cerrojo
y allí encierra eso inmoral.

CONTRA SOBERBIA, HUMILDAD

Juan, el poeta altanero,
me hizo una oda agrisonante
en que la frase era el guante
y la intención era acero.

La celebró el pueblo entero
y aun el genio principiante
lanzó un cínico ¡Adelante!
en estilo chocarrero.

Yo lo provoqué. Al palenque
llegó un pobre diablo enclenque,
un plagio de hombre, un simplón.

Y entonces, ¡Dios adorable!,
sentí la incommensurable
grandiosidad del perdón.

A LA CRIADA

Criadita alegre, ve
a dejar el café frío,
bebí mi sorbo de hastío
y no quiero ese café.

Ni té. Quiero de ese que
hierva en tu genio bravío,
donde el sabor del hastío
se mezcla al sabor del té.

Así el espíritu mío
tendrá tu ensueño zahareño,
calor de ensueño y ensueño
con torvas brumas de hastío.

Y así no verás ya que,
hastiado, sombrío y torvo,
paladeé sorbo a sorbo
el sabor de ese café.

ENTIERRO DE CAMPO

Con un cadáver a cuestras,
camino del cementerio,
meditabundos avanzan
los pobres angarilleros.

Cuatro faroles descienden
por Marga-Marga hacia el pueblo,
cuatro luces melancólicas
que hacen llorar sus reflejos;
cuatro maderos de encina,
cuatro acompañantes viejos...

Una voz cansada implora
por la eterna paz del muerto;
ruidos errantes, siluetas
de árboles foscos, siniestros.
Allá lejos, en la sombra,
el aullar de los perros
y el efímero rezongo
de los nostálgicos ecos.

Sopla el puelche. Una voz dice:
—Viene, hermano, el aguacero.—
Otra voz murmura: —Hermanos,
roguemos por él, roguemos.

Calla en las faldas tortuosas
el aullar de los perros;
inmenso, extraño, desciende
sobre la noche el silencio;
apresuran sus responsos
los pobres angarilleros
y repite alguno: —Hermano,
ya no tarda el aguacero;
son las cuatro, el alba viene,
roguemos por él, roguemos.

Y como empieza la lluvia,
doy mi adiós a aquel entierro,
pico espuela a mi caballo
y en la montaña me interno.

Y allá en la montaña obscura,
¿quién era?, llorando pienso:
¡Algún pobre diablo anónimo
que vino un día de lejos,
alguno que amó los campos,
que amó el sol, que amó el sendero
por donde se va la vida,
por donde él, pobre labriego,
halló una tarde el olvido,
enfermo, cansado, viejo!

VIDA DE PUERTO

A los que sueñan renombre y gloria
y hacen su almuerzo con un *pequén*,
¡pueda que suela causarles risa
esta romántica longaniza
digna del estro de Paul Verlaine!

Vida de Puerto, vida de esfuerzo,
vida que es digna de prosa y verso,
porque es alegre, porque es de acción;
vida que esparce dicha a destajo
con sus mujeres, con su trabajo,
con su comercio, su agitación.

Allá en la puerta de algún tugurio
dos grâves viejas leen "El Mercurio"
con los anteojos en la nariz;
acá un muchacho que vende *humas*
y en una esquina dos bichicumas
que beben agua de sin *anís*.

Las conductoras de alegres trajes
timan los *quintos* de los pasajes
que les pagaron en la imperial;
y las fregonas de manos toscas
sirven las tazas con café y... moscas
en el Mercado del Cardonal.

Por la mañana sale "El Chileno":
Crimen, asalto, *pic-nic* ameno,

por una ficha, ¡gran sensación!
Los muchachuelos corren cual lauchas
y a las chapitas juegan las chauchas
que se ganaron en "La Unión".

Una muchacha muestra la bota...
Un paco pone cara de idiota
y hacia los ojos se echa el *kepí*.
Y un modernista que usa polainas
se desayuna con sus versainas
o con novelas de A. de Guery.

Acá un agente nos causa risa
porque en Playa Ancha busca y pesquiza
al que hirió al cónsul del Ecuador.
Busca, averigua, con tono suave,
y al fin descubre... que nadie sabe
el paradero del malhechor.

Ya este bullicio nos dejó sordos...
Los comerciantes de abdomen gordo
salen del Banco Tarapacá.
Ahoga el humo de los cigarros
y los jamelgos flacos de un carro
cruzan al trote la calle Prat.

Un marinero de buena facha
pâsa del brazo de una muchacha
charlando viejos temas de amor;
y como nadie los mira, siguen,
se van al punto donde Rodríguez
a tomar algo para... el calor.

Entra el expreso como un venablo...
Salen como alma que lleva el diablo
los vendedores: "*¡Carril, La Ley!*",
gritan y sudan, ¡pobres muchachos!
y a las dos horas cambian los cachos
por una taza de *motemei*.

Los jornaleros de rostros pardos
bajan y suben enormes fardos
desde la popa de algún lanchón;

y si por algo pasa la grúa,
se despanzurran una caldúa
y algún *sangüiche* con salchichón.

Pasan los gringos acalorados,
los pantalones arremangados,
fumando un puro para el *spleen*,
y en un remate sale el servicio
que un elegante de poco juicio
trajo de a bordo del "San Martín".

Con sus enormes zapatos bayos
un gringo a un joven pisa los callos;
el joven vuelve, da un bofetón;
se insultan, gritan, el paco llega
y pone término a la refriega
diciendo: "Todos a la Sección".

Llegó al Victoria la Compañía...,
pero en las tandas la galería
dice: "No entiendo, no hay como aquí".
Se cantan cosas en *italiani*
y en tanto a un palco llega la *Many*,
gritan los chicos: "¡Rico maní!"

Sigue la orquesta con su barullo,
en el proscenio baila Saúllo,
los gringos hablan de un nuevo *match*,
y unas morenas en la cazuela,
bonitas como... dolor de muelas,
baten las palmas para Benach.

Los *dandys* que usan chaqué de cola,
cuando divisan a su polola,
guiñan un ojo con sal y *sprit*.
Y un francés cojo por la platea,
con una caja, mientras cojea,
dice despacio: "*Marrons confit!*"

En la *English Company* hay pelambres,
dicen que a bordo se pasan hambres:
almuerzo papas, cena frejol;
al otro día, papas con coles,

y vuelta y vuelta con los frejoles
y con las cenas de papa y col.

Una señora viuda y con plata
que nada tiene de timorata
sacó pasaje para París;
se la llevaron para la China,
donde se encuentra de *mandarina*,
mujer de un jutle de aquel país.

Un caballero que iba a la Italia,
por un equívoco llegó a Australia
con una carga de oro en barril.
Y un godo que iba para baruela,
toca que toca las castañuelas,
a los dos años llegó a Brasil.

Las empleadas de los correos
pagan las tandas por más que es feo
con estampillas de cinco y diez,
y al empresario le hacen astillas
cuando cancela con estampillas
en los primeros días del mes.

Unos poetas escriben prólogos,
otro más diablo traza un monólogo
para las tandas del Teatro Odeón,
y si los tiempos le son adversos,
paga la pieza con buenos versos
a la señora de la pensión.

EL PERRO VAGABUNDO

Flaco, lanudo y sucio. Con febriles
ansias roe y escarba la basura;
a pesar de sus años juveniles,
despide cierto olor a sepultura.

Cruza, siguiendo interminables viajes,
los paseos, las plazas y las ferias;
cruza como una sombra los parajes,
recitando un poema de miserias.

Es una larga historia de perezas,
días sin pan y noches sin guarida.
Hay aglomeraciones de tristezas
en sus ojos vidriosos y sin vida.

Y otra visión al pobre no se ofrece
que la que suelen ver sus ojos zarcos:
la estrella compasiva que aparece
en la luz miserable de los charcos.

Cuando a roer mendrugos corrompidos
asoma su miseria por las casas,
escapa con sus lúgubres aullidos
entre una doble fila de amenazas.

Allá va. Lleva encima algo de abyecto.
Lo persigue de insectos un enjambre,
y va su pobre y repugnante aspecto
cantando triste la canción del hambre.

Es frase de dolor. Es una queja
lanzada ha tiempo, pero ya perdida;
es un día de otoño que se aleja
entre la primavera de la vida.

Lleva en su mal la pesadez del plomo.
Nunca la caridad le fue propicia;
no ha sentido jamás sobre su lomo
la suave sensación de una caricia.

Mustio y cansado, sin saber su anhelo,
suele cortar el impensado viaje
y huir despavorido cuando al suelo
caen las hojas secas del ramaje.

Cerca de los lugares donde hay fiesta
suele robar un hueso a otros lebreles,
y gruñir sordamente una protesta
cuando pasa un *bull-dog* con cascabeles.

En las calles que cruza a paso lento,
buscan sus ojos sin fulgor ni brillo
el rastro de un mendigo macilento
a quien piensa servir de lazarrillo.

EL PINTOR PEREZA

Este es un artista de paleta añeja
que usa una cachimba de color coñac
y habita una boharda de ventana vieja
donde un reloj viejo masculla: tic tac...

Tendido a la larga sobre un mueble inválido,
un bostezo larga, y otro, y otro: ¡tres!
¡Diablo de muchacho, pobre diablo escuálido,
pero con modorras de viejo burgués!

Cerca de él, cigarros fingen los pinceles
sobre la paleta de extraño color:
sus últimos toques fueron dos claveles
para un cuadro sobre cuestiones de amor.

Cerca, un lápiz negro de familia Fáber
enristra la punta como un alfiler;
hay tufo a sudores y olor a cadáver,
hay tufo a modorras y olor a mujer.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y mira unos cuadros de color de bruma
sobre un hecho que hubo cerca del Rimac.

El pintor no lee. La lectura agobia
y anteojos de bruma pone en la nariz;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia
y todas las cosas con máscara gris.

Su mal es el mismo de los vagabundos:
fatiga, neurosis, anemia moral,
sensaciones raras, sueños errabundos
que vagan en busca de un vago ideal.

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia.
¡Qué ha de pintar si halla todo sin color!
Tiene hipocondría, tiene neurastenia,
y hace un gesto de asco si oye hablar de amor.

Mira un cuadro antiguo sin pensar en nada,
mira el techo, el humo, las flores, el mar,
una barca inglesa que ha tiempo está anclada
y unas acuarelas a medio empezar.

De un escritorio sobre la cubierta
un ramo de rosas chorrea placer,
y una obra moderna, rasgada y abierta,
muestra sus encantos como una mujer.

El pintor no lee. La lectura agobia:
Juan Valjean es bruto, necio Tartarín;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia
y muere en silencio, de tedio, de esplín.

Sudores espesos empapan los oros
que el lacio cabello recoge del sol,
y se abren al beso del aire los poros
del rostro manchado con tintas de alcohol.

Y mientras el meollo puebla un chiste rancio,
que dicho con gracia fuera original,
una flor de moda muere de cansancio
sobre la solapa donde está el ojal.

Hay planchas que esperan el baño potásico;
un cuadro de otoño y una mancha gris,
una oleografía de un poeta clásico
con gestos de piedra y ojuelos de *miss*.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y enfermo incurable de una larga bruma,
oye a un reloj viejo que dice: tic tac...

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia.
¡Qué ha de pintar si halla todo color gris!
Tiene hipocondría, tiene neurastenia
y anteojos de bruma sobre la nariz.

Así pasa el tiempo. Solo, solo el cuarto...
Solo Juan Pereza, sin hablar. ¿De qué?

Flojo y aburrido como un gran lagarto,
muerta la esperanza, difunta la fe.

La madre está lejos. A morir empieza
allá donde el padre sirve un puesto *ad hoc*;
no le escribe nunca porque la pereza
le esconde la pluma, la tinta o el *block*.

Hace ya diez años que en el tren nocturno
y en un vagón de última dejó la ciudad;
iba un desertado recluta de turno
y una moza flaca de marchita edad.

Un gringo de gorra pensaba, pensaba...
Luego un cigarrillo... Y otro. ¿Fuma usted?
Luego un frasco cuyo líquido apuraba
para tanta pena, para tanta sed.

¡Tanta pena, tanta! Su llanto salobre
secaba una vieja de andrajoso ajuar;
iba un mercachifle y un ratero pobre
y una lamparilla que hacía llorar.

La vida... Sus penas. ¡Chocheces de antaño!
Se sufre, se sufre. ¿Por qué? ¡Porque sí!
Se sufre, se sufre... Y así pasa un año
y otro año... ¡Qué diablo! La vida es así...

TEODORINDA

Tiene quince años ya Teodorinda,
la hija de Lucas, el capataz;
el señorito la halla muy linda;
tez de durazno, boca de guinda...
¡Deja que crezca dos años más!...

Carne, frescura, diablura, risa;
tiene quince años, no más..., ¡olé!...,
y anda la moza siempre de prisa
cual si a la brava pierna maciza
mil cosquilleos le hiciera el pie...

Cuando a la aldea de la montaña
con otras mozas va en procesión,
su erguido porte fascina, daña...,
y más de un mozo de sangre huraña
brinda por ella vaca y lechón.

¡Si espanta el brío la airosa facha
de la muchacha!... ¡Qué floración!
¡Carne bravía, pierna como hacha,
anca de bestia, brava muchacha
para las hambres de su patrón!

Antes que el alba su luz encienda,
sale del rancho, toma el morral
y a paso alegre cruza la hacienda
por los pingajos de la merienda
o la merienda de un animal.

Linda muchacha, crece de prisa...
¡Cuidala, viejo, como a una flor!
Esa muchacha llena de risa
es un bocado que el tiempo guisa
para las hambres de su señor.

Todos los peones están cautivos
de sus contornos, pues que es verdad
que en sus contornos medio agresivos
tocan clarines extralascivos
sus tres gallardos lustros de edad.

Sangre fecunda, muslo potente,
seno tan fresco como una col;
como la tierra, joven, ardiente;
como ella, brava y omnipotente
bajo la inmensa gloria del sol.

Cuando es la tarde sus pasos echa
por los trigales llenos de luz;
luego las faldas brusca repecha...
El amo cerca del trigo acecha
y la echa un beso por el testuz...

NADA

Era un pobre diablo que siempre venía
cerca de un gran pueblo donde yo vivía;
joven, rubio, flaco, sucio y mal vestido,
siempre cabizbajo... ¡Tal vez un perdido!
Un día de invierno lo encontraron muerto
dentro de un arroyo próximo a mi huerto
varios cazadores que con sus lebreles
cantando marchaban... Entre sus papeles
no encontraron nada... Los jueces de turno
hicieron preguntas al guardián nocturno:
éste no sabía nada del extinto;
ni el vecino Pérez, ni el vecino Pinto.
Una chica dijo que sería un loco
o algún vagabundo que comía poco,
y un chusco que oía las conversaciones
se tentó de risa... ¡Vaya unos simplones!
Una paletada le echó el panteonero;
luego lió un cigarro, se caló el sombrero
y emprendió la vuelta... Tras la paletada,
nadie dijo nada, nadie dijo nada...

EL ORGANILLO

A Augusto d'Halmar.

Para el dolor de las vagos
que hacen a gatas la vida,
bebiendo su vino en tragos
de un sabor casi homicida,

también hay consuelo. El pobre
suele encontrar quien le entienda
cuando echa su cuerpo sobre
el jergón de la vivienda.

En los rezongos lejanos
de algún organillo viejo
que masca versos indianos
y polcas de estilo añejo.

Cuando al son de un aire aciago
llora o mata su fastidio
en las espaldas de un vago
que envejeció en el presidio.

O hace vibrar la pereza
de polvorientos cantares
en la infinita tristeza
de los versos populares.

¡Pobre peón! Sus padres idos
eran brutos y hasta idiotas
que no hicieron otros ruidos
que el de sus toscas ojotas.

Porque el patrón, los consejos,
la huasca y el aguardiente
se echaron sobre los viejos
brutalmente, brutalmente.

Porque la barra, el calambre
de la fatiga o la guerra
los echaron muertos de hambre
a lo largo de la tierra.

¡Pobre peón! En otros días
la tierra era de los viejos;
de ellos el parrón, sus guías,
sus bestias, sus aparejos.

Cuando la tierra era buena:
cuando no había patrones
que hicieran siembras de pena
y vendimias de pulmones.

Cuando el amo aún no había
echado su cuerpo sobre
la carne de la alquería
o sobre la hija del pobre.

Y cuando sobre los piques
de los rotundos faldeos,

iban los viejos caciques
a contemplar los rodeos.

Y eran dueños de la tierra,
del arado y la picota,
del machete y de la sierra
que rasga el árbol que brota.

¡Pobre peón! Más tarde vino
a la aldea. (¡Adiós, montaña!)
Y fue ladrón y asesino
con gente de estirpe extraña.

Y hoy es un andrajo errante
que en los quiebros de la vía
se echa sobre el caminante
y lo mata a sangre fría.

¡Pobre peón! De día cruza
la calleja solitaria,
donde el hambre viste blusa
y la blasfemia es plegaria.

Para entrar allá en la fonda
donde el fausto de algún pillo
paga al hermano la ronda
o una polca al organillo.

O alguna mazurca ambigua
que en una cadencia larga
cuenta una historia antigua,
tan amarga, tan amarga...

Sí, el armatoste andariego
que a lo largo del camino
contó en el rancho sin fuego
la historia del inquilino.

La de ese peón presidiario
para quien la alegre vida
fue una labor sin salario
o una batalla perdida.

Y la de todos los bravos .
que por obra de las leyes
eran buenos cuando esclavos
y eran fuertes como bueyes.

¿No escucháis el estribillo?
El peón calla y frunce el ceño...
¡Está enfermo el organillo,
enfermo, enfermo de ensueño!

Y del pobre can que aúlla
mezcla la nostalgia inmensa
cuando en rezongos masculla
lo que el vagabundo piensa.

¡Bien se sabe el hosco pillo,
bien se sabe el perro huraño
lo que dice el organillo
en sus canciones de antaño!

Bien lo sabe. Su agrio trino
es de un dolor sin remedio,
como el sueño, como el vino,
como el vicio, como el tedio.

Y hediendo anticuadas danzas,
deja, al pasar por la vía,
andrajos de remembranzas,
hilachas de poesía...

Y sus rezongos salobres
hacen pensar en sus yerros
a las meretrices pobres
y a los nostálgicos perros.

¡Hasta un indio de Bolivia
que vende drogas y yerbas
halla un sabor que lo alivia
en sus mazurcas acerbas!

Mientras un muchacho pobre
hunde los ojos sin brillo

en un cuadrito que hay sobre
la tabla del organillo.

En que una muchacha inválida
muestra un fondo de taberna
y una bailarina escuálida
que al aire enseña la pierna.

El peón calla. ¡Ah!, ¡esos días
están lejanos, lejanos!...
El rancho, las noches frías,
las hermanas, los hermanos.

¿Nada, buen Dios? ¿Nada? Cada
son masculla: ¡nada, idiota!
La música sigue: ¡nada!
El eco salta, rebota...

¿No escucháis el estribillo?
El peón calla y frunce el ceño...
¡Está enfermo el organillo,
enfermo, enfermo de ensueño!

El organillo le acosa...
¿Y cómo quieres que calle
toda esa vida penosa
que a su paso no hay quien no halle?

Y el peón huye. La grosera
polca le sigue, le amarga,
mientras anda por la acera
que se estira larga, larga...

DE VUELTA DE LA PAMPA

En la apacible alegría
de este crepúsculo claro
muere santamente el día;
aquí, allá prende una guía
o repercute un disparo.

Ya no hay carros en la rampa;
la huella se alarga; en ella
la mula su paso estampa,
y asoma una que otra estrella
cual si ansiara ver la pampa.

O pasa el peón hacia abajo
acariciando el orgullo
que naciera junto al rajo:
si él ha sido del trabajo,
el trabajo ha sido suyo.

Ya la bocina no exhala
silbos, ni hay brazos suspensos
sobre combo, cuña o pala.
Inmensa paz tiende el ala
sobre los llanos inmensos...

Ya se han ido los muchachos
del convoy... Los han seguido
los robustos dicarachos,
las barretas, los capachos,
las carretas... Ya se han ido.

Sólo el bravo Pedro Ureta
no descansa: cava, suda,
rompe la llanura escueta
y sepulta su piqueta
bajo la costra nervuda.

Y en la apacible alegría
de este crepúsculo claro
va a encender la última guía,
pues que es el último día
y es el último disparo.

Mañana vendrá el lastrero
que sale al sol de Calama;
él será en partir primero:
irán con él su dinero,
su brazo fuerte, su fama.

¡Cinco años ya de servicio!
Granja, Puntunchara, Noria...
Se hizo indiferente al vicio:
la pampa era un sacrificio
y era también la victoria.

Quiso poner a la vida
ojo de águila, de buitres;
quiso arrancar su guarida
del campo a la enardecida
pampa que esconde el salitre.

Quiso conquistar dinero
y aferrarse a vida seria;
odiaba a ese aventurero
que hedía en el mundo entero
con su vicio y su miseria...

Quiso luchar con la tierra
aunque ladrara la envidia;
como quien todo destierra,
hasta a la huelga hizo guerra:
la huelga era la desidia...

Y así pasaron cinco años
de arrancar tierra y salitre.
No aceptó amigos de extraños:
sus ojos por siempre huraños
fueron de águila, de buitres...

Cinco años sobre la rampa
salitrosa, en la batea
donde el agua vieja estampa
huellas agrias, o en la pampa
que calcina, que llamea...

Cinco años ya, paso a paso...
Granja, Cataluña, Palma...
Pernoctar a campo raso
y la fatiga en el brazo
y la fatiga en el alma...

...Ahora volverá. El costrero
cuyo rostro el sol demacra
vuelve, y con él su dinero,
casi como un caballero
próximo a patrón de chacra,

Hoy ya es el último día
de labor por esos llanos:
lo esperan allá la guía
del parrón, la algarabía
de los domingos aldeanos.

Cuando van los campesinos
jinetes a la parroquia,
cuando el órgano argentino
noblemente su divino
misticismo soliloquia...

Volverá al huerto, al torrente,
al viñedo, a la montaña,
donde el tronco omnipotente
desenrosca gravemente
la indefinible maraña.

Allá espera la más cuca
de las chicas, la más bella;
le espera el campo, la ruca,
la pintoresca tierruca
donde jugaba con ella...

Allí donde la alegría
del trabajo nunca muere,
él comprará su alquería;
en pos vendrá la que un día
será suya, si Dios quiere.

Tendrán sus cachorros sanos:
crecerán a campo lleno.
"Membrudos, sobrios, baqueanos,
sabrán fecundar los llanos
y abocar a un potro el freno.

"Para ser padres un día,
para extender mi labranza
como se extiende la guía;
para ser fuerza, alegría,
prosperidad y esperanza.

"Para honrar la tierra amable
con vida fecunda, tersa;
para extirpar lo execrable
con el lema irrevocable:
"Por la razón o la fuerza".

"Y ser grandes cual los ríos;
tercos, altos como robles;
como la nevada, fríos;
como los potros, bravíos;
como la montaña, nobles."

...Así aumentará esta raza
de los rústicos Ureta,
cuyo padre, a pampa rasa,
logró fortuna no escasa
de su brazo y su barreta.

Que en cinco años de servicio
desde Puntunchara a Noria,
puso el hombro al sacrificio;
era un hombre: venció al vicio,
y hoy es suya la victoria.

PANCHO Y TOMAS

Pancho, el hijo del labriego,
y su hermano, el buen Tomás,
serán hombrecitos luego:
Pancho será peón de riego,
y su hermano, capataz.

Porque los chicos son guapos
de talladura y de piel:
viven como unos gazapos

entre el bosque hecho guiñapos
o algún llano sin dintel;

o montados en el anca
frescachona y montaraz
de alguna arisca potranca
que ha crecido en la barranca
sobre la avena feraz.

Ya son mozos. Pancho lleva
cumplidos veinte y un mes.
Es un mozo a toda prueba:
¡no hay bestia, por terca y nueva,
que no sepa quién Pancho es!

Porque el muchacho es bravío;
rubio como es el patrón;
como él, detesta el bohío,
ama el poncho, el atavío
y usa un corvo al cinturón.

¡Ah qué cosas las de Pancho!
¡Qué alegrote y qué feraz!
¡Cómo se alborozaba el rancho
cuando echa a una moza el gancho
en una frase mordaz!

¡Qué continente! Es el vivo
retrato del buen patrón;
como él, nervioso y activo,
gesto brusco y agresivo,
pendenciero y socarrón.

Tomás cumplió los veintiuno,
pero ya es mozo de ley;
es honrado cual ninguno,
ni es pendenciero ni es tuno,
pero es fuerte como un buey.

Y su hondo deseo fragua
una dicha que es mejor:
tener chacra, un surco de agua,

una mujer, una guagua...
¡Todo un deseo de amor!

Ama el rancho, las faenas;
ama el rancho, la mujer...
A veces asaltan penas
si las tierras no son buenas,
si el agua tarda en caer.

Y así los dos muchachones
viven en juerga feliz:
Pancho hondea a los gorriones;
Tomás canta... Sus canciones
huelen a trigo y maíz.

Pancho es alegre. Su frase
lleva el chiste y la intención;
su frase robusta nace
y en risotadas deshace
su endiablada perversión.

Tomás, bonachón, sumiso,
monta en precoz gravedad
si Pancho horada el carrizo
o si atrapa de improviso
fruta de ajena heredad.

Pancho corre. Tomás mira
crecer al viento la col;
Pancho, abrupto, monta en ira
si el pobre Tomás suspira
en la caída del sol...

Y en la noche Pancho se echa
sobre el colchón de maíz.
El viejo habla de otra fecha...
Tomás lo sigue, repecha
otra edad y otro país.

Otro país en que hay reyes
bondadosos y en que hay bien,
vacas encantadas, bueyes

de oro, pastores y greyes
con astas de oro también.

Y en que no hay mejillas flacas
ni hombres que ultrajados son;
y en que hacen mil alharacas
chicos, trigales y vacas
en eterna floración.

Y en que el labrador, buen amo
y siervo de sí mismo es,
y en que la encina, el retamo
sólo se entrega al reclamo
del que la encontró al través.

Luego Tomás se va al lecho
y el viejo y todos en pos:
todos miran hacia el techo,
y las manos en el pecho,
cuentan sus penas a Dios.

Y pasa un día, otro día,
una semana y un mes:
pasa un tiempo de alegría,
otro de melancolía,
y otra alegría después.

Y pasa un año y otro año,
otro año más, y otro más...
Pancho siempre alegre, extraño,
y el viejo hablando de antaño,
y oyendo absorto Tomás.

La tierra es siempre fecunda,
duro el amo, manso el buey;
su testa meditabunda
se hunde en la huella profunda
del pastor y de su grey.

Como si eterno desdoro
le hiciera por siempre andar
en busca de algo incoloro:

una hembra, un potrero de oro
que viera en sueños pasar...

La tierra es siempre robusta;
el amo es siempre señor
bajo la herencia vetusta:
siempre el peón bajo la fusta,
la oveja bajo el pastor.

Pancho ha crecido en la brega
como un potro, brusco, audaz;
Tomás el terruño riega...
(El amo ha dicho en la siega
que lo haría capataz.)

Tomás es padre. Un año hace
que Teodora es su mujer;
un rancho, un niño que nace...
Cerca un corderín que pace...
¡Todo un ensueño de ayer!

Pancho es un mozo bizarro,
vicioso, alegre y mordaz;
gusta el licor y el cigarro...
(¡Y hasta haría un despilfarro
por la mujer de Tomás!)

Porque ésta, que es moza guapa,
revoltosa y de intención,
a todo el mundo se atrapa
y de sus ojos escapa
algo como una canción.

Y por eso Pancho ronda
su rancho al anochecer;
y cuando ella va a la fonda,
Pancho convida a una ronda
por Tomás y su mujer.

¡Ah qué cosas las de Pancho!
El es mozo y ella es más:
los dos se tienden el gancho...

¡No hay en la comarca un rancho
como el rancho de Tomás!

Y mientras Tomás trabaja,
Pancho llega. Y si ella ve,
vuelve el caballo, lo ataja
y hace cantar la rodaja
en la espuela de plaqué.

¡Qué garbo! El mozo es bravío,
rubio como es el patrón;
sus ojos destellan brío,
ama el poncho, el atavío
y usa corvo al cinturón.

Y su ademán que perturba
y sus ojazos de curva
noble, su porte, su tez
son bellos. Su frase turba...
¡Vaya un muchachón cortés!

No es humilde su aparejo,
no es rústica su expresión,
ni es campesino el gracejo
con que se burla del viejo,
serio, brusco y socarrón.

Y como es igual al amo,
todos preguntan por qué...
¡Decid al leño, al retamo,
de dónde ha venido el gamo
de alto cuerno y alto pie!

El mozo entra... Afuera hay ruidos
tristones... Canta un gorrión
e imperceptibles tañidos
hablan de insectos perdidos
como ecos de una canción.

Los jilgueros revoltosos
y hasta un errabundo tril
cantan versos olorosos

en los troncos achacosos
y en la viña juvenil.

Allá lejos, los ganados
guía un muchacho pastor
por los potreros hastiados...
Los bosques ensimismados
beben con ansia el calor.

Y un riachuelo clandestino
se queja... Allá una perdiz...
Y lejos hay un espino
y un jilguero campesino
que se oculta en el maíz.

¡Pobre Tomás! Pancho toma
fruta de ajena heredad.
¡Pobre! En la vecina loma
se ha perdido una paloma...
¡Aves del bosque, llorad!

¡Nunca el agua que se estanca
junto al rancho de peón,
borboteará en la barranca
que vio pan y leche blanca
en la mesa del peón!

Y pasa un día, otro día,
otra semana y un mes...
La noche impasible y fría
deja su melancolía
sobre los campos en mies.

Y pasa un año y otro año;
otro año más y otro más
hallan al peón siempre huraño...
El viejo no habla de antaño
porque ha tiempo duerme en paz.

La tierra es siempre fecunda,
duro el amo, manso el buey;
su testa meditabunda
se hunde en la huella profunda
del pastor y de su grey,

como si olfateara el paso
de aquel alegre peón,
de aquel mozo, de aquel huaso
que usaba en la bestia el lazo
y un puñal al cinturón.

¿Dónde está? Cuatro años idos...
La guerra... Morir, matar...
Una tarde los bandidos,
de *kepí* y dormán vestidos,
asolaron el lugar...

Pancho se fue. Los sargentos
daban orden de partir;
iban cantando. Los vientos
repetían los lamentos
de las madres. ¡A morir!

¿Por qué la guerra? La tierra
no es de Pedro ni es de Juan.
Desde el mar hasta la sierra
el amo es dueño. A la guerra
los amos no van, no van.

Y los hombres que peleamos
de ésta y esta patria son
todos víctimas con amos...
Somos pobres. Nos amamos
y peleamos en la acción.

...Pancho, el hijo del labriego,
y su hermano, el buen Tomás,
llegarán a ancianos luego;
ni Pancho fue peón de riego,
ni su hermano capataz.

Pancho es un hombre aún guapo
y hace vida de cuartel:
ama el dormán y el guiñapo;
¡en Tacna sostuvo el trapo
y salvó a su coronel!

Es un sargento aguerrido
y usa sable al cinturón.
El buen Tomás ha caído:
torvo, enjuto y carcomido,
ha caído en la inacción.

Y pasa un año y otro año,
otro año más y otro más...
Tomás vive solo, huraño;
el viejo no habla de antaño
porque ha tiempo duerme en paz.

Duerme..., la tierra la oculta...
Duerme Teodora... ¡Dormid!
¡Dormid, que el tiempo os sepulta!
Gente pobre, vieja, inculta,
mejor es morir... ¡Morid!...

La noche, la sombra, el frío,
la torrentera, el peñón
donde envejece el bohío...,
la queja eterna del río,
la montaña en oración.

¡Todo le habla! Tomás llora...
Junto a la vieja heredad,
la casa en que el amo mora
se alza. ¡Su provocadora
techumbre suda crueldad!...

Las ruinas de hoscas tapias
se enfantasman... Un torreón
canta diez golpes iguales:
los profundos matorrales
prestan extraña atención...

Duerme el viejo... ¡También ella!
Ella, el hijo, su niñez;
Tomás llora. Allá una estrella...
¿Cuándo hallar la dicha aquella?
El viento sopla: después...

La inmensa ciudad, el puerto,
 el que echa hombres, trigo, granza
 a la Europa o al desierto,
 la inmensa ciudad, el puerto,
 descansa.

Descansan su mar, su informe
 movimiento, sus herrajes,
 su humo, su alcohol, su enorme
 carne, su alma multiforme,
 sus músculos, sus blindajes.

Sus lancheros de ágil ojo,
 su alba *miss* que es un querube,
 los príncipes del despojo
 y el romántico archiflojo
 que con su hambre hasta Dios sube.

Descansa. Y en los opacos
 focos de luz se acentúa;
 surgen ladrones, bellacos,
 y es junto a rumas y sacos
 fantasma enorme la grúa.

Fantasma que alza la testa
 de acero, junto a la carga,
 y que parece ahí, enhiesta,
 tener una idea puesta,
 negra y honda, sabia y larga.

Viento sordo va y se asombra
 ante los sueños de un faro
 y en pos de algo que se escombra
 vaga embozado en la sombra
 como un noctámbulo raro.

Para merodear en torno
 de dos barcos alemanes
 que han sufrido agrio bochorno
 buscando por Cabo de Hornos
 el Canal de Magallanes.

Descansa la ciudad... Brilla
la luz eléctrica, mana
tristeza, llora en la orilla;
en lo alto de la capilla
se lamenta una campana...

Y ensimismado, indolente,
próximo a acabar el turno,
estúpido, indiferente,
piensa en todo vagamente
el pobre guardián nocturno.

La inmensa ciudad condensa
su vida, ahonda en sí misma,
y bajo la noche inmensa
se reconcentra, comienza
a meditar y se abisma.

Todo calla, todo calla...
Sólo desde el mar, del dique
llega un resplandor de hornalla
y redobla la metralla
del martillo junto al pique.

Y vense chispas de fragua
sobre la curva de un dombo,
y en un barcazo, el "Oyagua",
se asusta y se crispa el agua
por los golpazos del combo.

Son los trabajos del dique...
Es el formidable cántico,
el clarinazo, el repique
del martillo junto al pique
en que se halla el transatlántico.

Son los maestros de fragua,
mecánicos que, aptos, sobre
la hosca herida del "Oyagua",
retan frío, fuego y agua
con sus músculos de cobre.

Son los rotos de alto rango.
¿Son de dónde? Nadie sabe:

uno recuerda que en Tango
hundió el cuchillo hasta el mango
por cierto asuntillo grave...

Ahí está el "Nariz de Luna"
que hoy es tiemple de la Ulalia.
(¿Y este rubiote que fuma?
Fue el hijo de un bichicuma
que importaron de la Australia.)

Y el maipino Juan María,
Juan José, Pancho Cabrera,
huasos que fueron un día,
hoy ya en la secretaría
de un Centro de Unión Obrera.

Y Austin, un viejo que encanta,
padre de siete gandules,
que, como eran de "emigranta",
fueron de mirada santa
y ojos hondamente azules.

Y Sancho, un hombrón que alienta
carne y que en carne desborda
y de quien alguno cuenta
que hace sudar "al de treinta" (1)
y aún engorda.

John Pencil, pintor mestizo
que traza siempre en el dique,
siempre un cuadro: un mar cobrizo,
dos barcos, Prat en Iquique,
inaudito, hosco, macizo.

Y el negro Lucho Orellana,
bufón de la alegre tropa,
que con un "congrío" que gana
mantiene madre y hermana
y aun le queda "pa la copa".

Todos temple de machete.
Cada uno un buen muchacho

(1) Martillo de treinta kilos.

con el buen humor de siete,
que arroja como un cohete
la pulla y el dicharacho.

Que ríe con alborozo,
que atruena martillo y fragua,
como ahora ante el sabroso
poema de risa y gozo
que alguien cantó en el "Oyagua".

Yo he traído ahora el caso
porque lo oí a un viejo cuque (1)
de este célebre barcazo;
después me lo contó un huaso
que en Corral trepó a este buque.

El caso es que en él venía
un vasco de alma canora;
venía a Chile; pondría
gran taller, ¡en compañía!
¿De quién? "—Pues, de la zeñora"...

Hablaba de un "tallerazo"
con canto ampuloso, eterno.
—¿Capital poco, amigazo?
—¡Corchos! ¡Qué ha de ser escaso,
si es capital del Gobierno!

Hablaba de echar aviso,
de recoger carga y gente.
—En conforme tierra piso,
entro yo en Valparaíso
y me busco al Presiente.

Su mujer, que ya traía,
sus niños tendrían casa.
¡De pensar esto, reía!
El agente allá decía
que esta tierra era "buenaza".

El buen vasco de esta historia
bajó a tierra en Punta Arenas:

—¡Qué voy y vuelvo, Gregoria! —
Y en pos un grito de gloria—:
¡A ver las tierras chilenas!

Ya no las vio más. ¡Maldita
testa! Después de la copa
regresó, tomó el “Orita”,
que se iba; ¡cosa inaudita!,
hoy el vasco vuelve a Europa.

¡Santo Dios! Potente cara
como un toque de rebato;
cristalina, alegre, clara
como jamás resonara,
la risa acogió el relato.

Una carcajada impía
de ondas claramente bellas,
que robusta, alta, bravía,
se extendió por la bahía
y ascendió hasta las estrellas.

—¡Ay!, para mí ese vasco “indino”
vino... a enviudar. —Yo a este chusco
le hallo gusto a caldo y vino...
¡Oye, eh! ¿Piensas que este vasco
es primo de Bertoldino?

Y un hombre de cara larga,
famoso por lengua suelta,
secreteó esta pulla amarga:
—¡Un viaje de retrocarga!
¡Emigración de ida y vuelta!

Reíase con estruendo,
como rien los ladinos
huasos, como canta riendo
el borbollón que corriendo
va en los ríos colchagüinos...

Como un mozo tardo al lloro
que un amorío recuerde
o a un chascarro le haga coro;

como ríe un campo verde
cuando del sol le cae oro...

Con la alegría que ofrenda
el blanco de los pehuales
o el poncho que huele a hacienda;
con la alegría estupenda
de los bailes nacionales.

Como el mozo que galopa
y a la novia en los aldeanos
deslindes cantando topa;
como el tril en la alta copa
de los coihues araucanos.

Con esa potencia augusta
que boca y ánimo llena
y donde a saltos se ajusta
la espontaneidad robusta
de la alegría chilena.

Alegría que es ensueño,
olor de campo, batida
de tambor, grito zahareño,
carga, combate tacneño,
sol, carne, explosión de vida.

Se reía... Mas, de pronto,
Pancho interrumpió el trabajo:
—¿Y la mujer? —Era tonto
reír. La pobre era el monto
de esa risa tan de abajo...

...¿Y la mujer? ¿No han sabido?
¡Pobre! Llegó en el "Oyagua".
Sus muchachos han salido
a mendigar... Nadie ha oído,
y hoy mueren aquí a pan y agua.

Duerme ahí o acá. No es raro
que la de anoche la "melle":
se entregó a Dios, a su amparo,
con sus niños bajo el faro,
acurrucada en el muelle.

Y al alba, Juan Cejijunto,
que husmeaba unos guardas idos,
desde lejos la vio al punto:
rezaba a sollozos junto
a sus chicuelos dormidos.

No posee sino andrajos
y las marcas de una histeria
que brotó de agrios trabajos,
ni más bien que sus zancajos,
su vejez y su miseria.

Anda ahí entre los barullos
del *donkey*; las barcarolas
lejanas le hacen arrullos,
los nostálgicos murmullos
de las vagabundas olas...

Y arrastra ahí, paso a paso,
por la hosca playa chilena,
un dialecto obscuro, craso,
que ni por doliente acaso
mueve a penas.

Condenada a la ironía
de revelar sus sollozos
al que pasó por la vía,
con sus ojuelos llorosos
que sudan melancolía.

Así muere, si aún existe,
la misérrima española;
así a su agonía asiste,
miserablemente triste,
miserablemente sola.

Hundida en la malquerencia
del orgullo, del decoro
que aguza brazo y potencia
en la enorme indiferencia
de un puerto que afiebra el oro.

¡Ah ese pingajo pardusco
que hambre y dolor sólo apura,

y a quien con ímpetu brusco
arroja como un pedrusco
la mano de la aventura!

¡Ah ese esqueleto beodo
de mujer! ¡Ah ese modo
con que mira esa hambreada,
para quien todos son nada,
para quien la nada es todo!...

Todo adhiere al bajo suelo;
sólo alza siniestro vuelo
la indiferencia sin nombre
que implorar nos hace al cielo:
¡Dios mío! ¿Dónde está el hombre?

Callaban todos. Soñaba
el mar; dejando su estela
melancólico llegaba
el alerta que lloraba
un lejano centinela.

Callaban todos. El viejo
bajaba la venerable
barba con cansado dejo;
en cada hombrote o truhanejo
hubo un gesto lamentable.

Afuera, la noche inmensa,
la estrella inmóvil, pasiva,
que tristeza y luz condensa,
la noche que acoge arriba
lo que abajo el hombre piensa.

Y en un letargo de muerte
que aún no rompía acre diana,
misterioso, enorme, inerte,
agrandaba su extrahumana
sombra el histórico fuerte.

Hablaba Austín: —Güeno, ahora
¿por qué, hermanos, no ayüarla?
Pensaban todos (la aurora

venía ya). Arrulladora
fue atristándose la charla.

Callaban. En cada uno
surgía una inmensa pena,
pena honda que a más de alguno
llorar hizo. Hasta el más tuno
sintió que su alma era buena.

¿Por qué no ayüarla? ¿Acaso
la ejarían pa mañana?
Pa su mantención, pa un vaso
estaba aún robusto el brazo
del bravo Lucho Orellana.

Ya reir era desdoro...
Un soplo brusco, deshecho,
de compasión, piedad, lloro,
tremolaba en cada pecho
sus melodías de oro.

Sola ahí, desamparada...
¡De veras que daba pena!
El ponía su jornada:
dinero, afán, no eran nada
si no eran pa una obra buena.

Eran todos generosos.
Ellos daban sin consejos
calma a penas y sollozos.
Lloraban algunos mozos,
pensaban ya los más viejos.

John rumiaba: —¡Salvar nenes,
ser bellos de cuanto existe!—
Sentado en unos sostenes,
con las manos en las sienes,
decía: —Esto ser muy triste...

Y Austin, ya chocho, maltrecho,
meditaba. Hasta su vida
la daría... El daba a lo hecho

su mesa del cerro, el techo
del viejo hogar, su comida.

¿Importaba el pan? ¿Acaso
no era hermano el desvalido?
Brazo de pobre era brazo
de Juan, de Pedro, si al paso
había un pobre caído.

Y era del mar, de la sierra
si la suerte era reacia,
de la patria allá en la guerra;
en paz era de la tierra
y del pobre en la desgracia.

Que, desde Ercilla a hoy, caso
no hay de aventuras o exodos
en que, misérrimo o craso,
el pan del indio o del huaso
dejara de ser de todos.

PROSA

I. PROSAS ROMANTICAS, DESCRIPTIVAS Y VARIAS

LA SONATA ESCANDINAVA

Todas las mañanas de buen sol, cuando me iba a los baños de Mendelewsky, con el paquete de ropa blanca y el libro de un poeta noruego, veía en la ventana de aquella solariega casita el traje blanco de la rubia extranjera.

¡La rubia extranjera!

Sus ojos eran inmensamente azules; sus ojos que eran como nebulosos florecimientos de melancolía.

En el floreado jarrón de porcelana que había tras los vidrios albos, soñaba a todas horas un manojo de lirios.

Junto a esos lirios solía cantar la rubia extranjera la última sonata de un músico escandinavo; una sonata fría como un copo de nieve y melancólica como un paisaje siberiano.

El padre de la rubia era un pobre ciego del norte, un profesor anciano que llevaba entre las cuerdas de su violín viejo todas sus tristezas de inconsolable repatriado. Algunas lecciones en los chalets le permitían comprar una cena para la mesita del comedor y un traje blanco para la rubia extranjera.

Esto era lo de siempre: y aunque triste, esto era siempre así...

Yo solía rondar cerca de la solariega casita, con el libro del poeta noruego abierto en una página triste, en busca de paisajes viejos, lontananzas brumosas, crepúsculos desfallecientes... La rubia del norte salía entonces a la ventana para cantar ante el desmoronamiento sórdido de un día la vieja sonata escandinava del músico moribundo.

Entonces yo escribía en el margen del libro amigo algún verso albo, cuyas palabras eran como deshojamiento de azahares enfermos, cuyas frases eran voluptuosas como

el roce de dos muslos adolescentes, y acaso tan tristonas como la vieja sonata escandinava.

Y ella lo sabía, por más que yo no se lo hubiera dicho nunca.

¿Cómo lo supo? Nunca he acertado a explicármelo; pero nunca dejó de tener, en las mañanas de los domingos, aquella revista de carátulas antiguas, donde publicaban mis versos con dibujos tristonos. Ella no sabía mi nombre, pero sí que aquellos versos sobre cosas desconocidas eran de aquel vagabundo que pasaba en los días de buen sol con el libro del poeta noruego, en busca de paisajes languidecientes.

Y los entendía, como yo adivinaba lo que la vieja sonata me decía, al son del violín viejo, cuando el pobre anciano ciego saboreaba sus tristezas de repatriado en el fondo de aquella casita solitaria donde la rubia extranjera cantaba la vieja sonata del norte.

¿Sabéis que era triste esa sonata? Cuando la oía salir del violín desvencijado pensaba que acaso las cuerdas del escuálido instrumento eran rayos de luna...

¿Cuándo, cómo, dónde compuso esa página el músico de la Escandinavia?

Debió haber sido en otoño. Debió haberla escrito en la mentirosa convalecencia de una tisis, en uno de esos periodos en que la solapada enfermedad concede una esperanza conmovedora. Debió haberla escrito lejos de la buena madre, en una patria de malos extraños. No se podía oír aquella sonata sin bajar los párpados en actitud de ensueño.

Entre la rubia extranjera y yo, la vieja sonata vino a ser una dulce compañera de tristezas, una inefable tercera persona. En las noches de luna solíamos juntarnos los tres: la rubia extranjera, la sonata y yo. En las noches de luna solíamos soñar juntos, mientras el violín y el anciano ciego conversaban sus nostalgias en el fondo de aquella casita solariega, cuya ventana tenía siempre un manojo de lirios.

Aquella sonata, perdida para siempre, debe recordarnos aún. Debe recordarnos, ¡oh rubia triste como la sonata y como ella perdida!

¿Recuerdas aquellas citas? En las noches de luna solíamos juntarnos los tres: la rubia extranjera, la sonata y yo... Y eran tan sagradas estas citas, que las sombras

se reunían en poblaciones a proteger nuestros amores y las estrellas solían esconder su envidia entre algunos nublados de color canallesco que pasaban al acaso por la inmensa claridad del cielo.

En las noches de luna suelo recordar la entonación de la vieja sonata y recordar lo ido.

Nada de aquello vive ya. La rubia extranjera es la mujer de un hombre grueso. ¡Nunca más, asistiremos a las citas sagradas! No te será dado oír la tristeza de nuestra amiga buena.

Pero yo sí. Yo te recuerdo en las noches de luna, yo te recuerdo lejos de la buena madre, en una patria de malos extraños.

Y cuando en las tardes, sobre mi mesa con flores y versos, veo aquella revista antigua donde yo escribía versos para la rubia extranjera, recuerdo tristemente la vieja sonata escandinava.

Medito y sueño. Y a medianoche me duermo recordando las citas de los claros de luna: la rubia extranjera, la sonata y yo..., en aquella ventana donde había un jarrón lleno de lirios, donde el anciano músico tenía en su instrumento la sonata escandinava y las fantasías de su recordada patria del norte.

ORACIONES PARA LA AMADA

Hoy es Jueves Santo. Ve, niña mía, a la iglesia a tocar las llagas rojas del lacerado cuerpo del hijo de Dios con la tentadora llaga de tu boca, magníficamente ensangrentada.

No te rías porque te digo que soy un pobre Cristo.

También yo fui abofeteado por sangrientos dolores, escupido por tus desprecios, ultrajado por tus caricias y enclavado en la cruz del olvido, después de haber subido el Calvario de tu amor entre los ultrajes de tus alevosas traiciones.

Cambiaría toda mi bulliciosa vida de muchacho alegre por la vida tristísima del fralle enflaquecido por las penitencias, sólo por escuchar las cosas que vas a contar esta noche en el confesionario.

Si tú hubieses sido María, los judíos no habrían negado que Jesús era el hijo de Dios...

Cristo resucitó al tercer día. ¡Ay de mi dicha enterrada en el sepulcro de tu perfidia y que no resucitará nunca!

Encantadora beata. No te empeñes en alcanzar el cielo con plegarias y oraciones.

Tú no entrarás a él, porque eso sería tener un pedazo del infierno cerca de Dios...

Piensa, niña, esto.

Porque eres buena, tus pecados son virtudes; porque eres linda, tus virtudes son pecados.

*¡Hermoso Judas del amor! ¡Te he visto
darme besos de miel, embriagadores,
para entregarme como a un pobre Cristo
a la ferocidad de mil dolores!*

SALMO DE OTOÑO

La ventana de mi cuarto no ha sentido en sus cristales los golpes de luz con que antes se anunciaba la aurora.

He dormido hasta muy tarde. Y mientras me vestía, cantando la *Serenata* de Schubert, en una placidez acariciadora, he pensado en la última conquista: una campesina púber, soberbiamente gallarda dentro de sus frescos quince años, sorprendida en un rincón del sur, cuando sus sueños de mujer se entreabrían como flores en la ardorosidad de su sangre.

Después he salido a vagar.

El día bosteza arrebujaado en su capa gris de vagabundo; los árboles parecen manos enjutas rígidamente estiradas en la conclusión de un ademán; las calles arrojan sobre el cristal violeta de las almas ese aliento tísico que llamamos aburrimiento; allá, en los portales, desfilan las mujeres elegantes contrayendo los párpados en diabólicas miradas, mientras sus cabellos ligeramente peinados van contando los secretos de las alcobas en el idioma de su delicioso desorden.

Mientras vagaba por los portales, he pensado en mujeres desconocidas que allá, en la penumbra de las alcobas solitarias, leían mis versos en una enervante languidez de sentimientos. He soñado una cita ardientemente pedida por una de ellas en una original misiva. Luego mi gozo al leer esas líneas nerviosas y delicadas, escritas sobre un pétalo de camelia y traídas por una paloma a mi ventana...

He sido bruscamente despertado a la realidad por el saludo de un amigo, un pobre tísico que lleva en sus ojos una despedida desgarradora y que cuenta cosas tristes con su voz débil, como la lenta conclusión de una romanza sentimental.

—¡Mira —me ha dicho—, hoy no he tenido sol!... He tosido mucho esta mañana y parece que salía un jirón de mi alma en cada gota de sangre... Al levantarme, todos los objetos parecían hablar de mi próxima muerte; la caja del violín, sombríamente arrinconada en mi alcoba, no sé por qué me pareció ataúd...

"Anoche había ensayado un *Réquiem* que me agrada mucho; parece hablar de esas cosas sentidas por mí al caer esa noche que diariamente llega a mis pulmones, anunciándose con este dolorcito terriblemente persistente. ¡No sabes qué cosas canturrea ese músico, encerrado en mis pulmones, mientras los microbios abren cavernas como una inmensa cuadrilla de mineros sombríos!

"Anoche, al sentir las doce en el reloj de la iglesia vecina, dejé apresuradamente el violín y me acosté. Pues, mira: esta mañana me chocó angustiosamente la coincidencia de encontrar el violín y su arco en forma de cruz... Luego el viento que penetraba por la ventana mordía las cuerdas arrancándoles una melodía extraña y larga como el rumor de los violoncelos en las ceremonias fúnebres.

"¡Tú no sabes cuánto hay de amargo en escuchar este himno de vida que canta la animación en las calles y cuyas armonías son las risas, las conversaciones, los proyectos inextinguibles de los jóvenes, las mejillas sonrosadas, los ademanes deliciosos, las miradas, los niños con sus caritas frescas, el tráfico de los comerciantes eternamente colgados de sus intereses, los trajes de la temporada relucientes, abrigando formas por donde retoza una sangre opulenta, sana, ardiente!

"¡No sabes cuánto desgana este mutismo salvaje de los acontecimientos, que siguen, siguen y siguen su mar-

cha, sin detenerse a mirarnos!... ¡Luego esa mirada de odioso egoísmo que recibimos cuando se nos ve, melancólicos y agonizantes, eternamente importunos, con la importunidad de aquel mozo alegre que tuvo la humorada de ir al baile de máscaras en traje de difunto!

Y mientras mi pobre amigo decía todo esto, interrumpiéndose a cada rato para largar su tosecita seca, me empujaba suavemente a una cantina.

Unos cuantos mozos, entre ellos un militar, hablaban de los últimos sucesos: un comerciante en quiebra y un recluta de cazadores (¡pobre diablo!) que había dado de balazos a su capitán. ¡Un asuntillo de amor con la hermana del recluta!

Han continuado mis sueños encendiendo en mi cerebro sus alegorías de fuegos pirotécnicos: el amor, las mujeres, la tisis y una noche lírica empezada con rimas voluptuosas de poetas borrachos que se recitan, tendido en el canapé de la alcoba, mientras la querida desborda sobre los hombros las criminales trenzas negras...

He salido de esta divina estupidez de soñador, bebiendo apresuradamente la copa de *chartreuse*, al sentir que se desgrana sobre los deslumbrantes mostradores la lírica canción del oro...

—¡Adiós!

Y al ver alejarse al pobre tísico con su tosecita seca, regularizada en su garganta y tristemente monótona, he encendido, casi alegre, el cigarrillo legítimo de La Habana, para alejarme recordando un sueño que llega siempre a mí entre las volutas azules del tabaco: la cubana morena que se columpia entre los cafetales, tendida indolentemente en su hamaca, cantando a media voz una habanera cadenciosa, cuyos versos parecen de carne.

Después..., arrojando una moneda al miserable que vende las caricias de las flores de moda, he prendido al ojal de mi chaqué una camelia roja que se deshojará en la noche sobre el cuerpo débil, pero inagotablemente delicioso, de una Margarita Gauthier.

P E N S A M I E N T O S

¡Cuán bellas son las lejanías! Miradlo todo a gran distancia, pues las cosas queman de cerca, aun en los mejores casos.

Condenamos la tiranía, pero a menudo profanamos la libertad cuando ésta descansa en nosotros.

Hay un fondo de egoísmo aun en las más grandes virtudes.

La palabra honradez debió ser inventada para los primeros ladrones, para señalar a los que podrían robar con impunidad. Lo prueba el antiguo refrán que dice: "En arca abierta hasta el más justo peca".

Si queréis derribar pronto al adversario, dadle el golpe infalible: la estocada al amor propio.

El criterio es esclavo de las circunstancias.

A la disciplina del galoneado militar, prefiero mi libertad de pobre vagabundo, porque es más sufrible el hambre del estómago que la espantosa sed del espíritu.

Cuando vemos en algunas personas un mérito que también tenemos, y observamos que el ajeno supera al nuestro, nos empeñamos en reconocerle otros y aun en elogiárselos.

No busquéis al consonante, porque éste se halla en la cumbre de la idea. Elevad el vuelo.

El hambre es el más poderoso lente de pesimismo.

CARTA DE VIÑA DEL MAR

26 de mayo de 1904.

Cuando Santiago se envuelve en la inaudita tristeza de sus tardes, ¿no siente usted la vaciedad del vivir así? ¿No siente el ansia de erguir su voluntad por sobre la frialdad de su vida?

¡La voluntad, amigo! ¡Es necesario ser fuerte! ¿Quiere usted un ejemplo? Thompson hace *tarea diaria* de la educación de su voluntad. El último verano dijo una tarde: "Mañana me iré en el nocturno".

Al día siguiente comimos en el Matadero, en una galería con vista al mar. La charla era ingenua, sentimental, casi como las de nosotros. Nos embriagábamos de nosotros mismos. Para más tristeza, una italiana nos cantaba canciones de las campiñas romanas, llenas de amor... "¿Por qué se va, Thompson?", le decía Samuel Lillo. Volvimos en carro y nunca la vida era tan hermosa como en aquella noche poblada de estrellas. A lo largo vagabundaban los trenes de carga con sus palanqueros erguidos, cuyas siluetas cortaban con solemnidad la línea del horizonte infinitamente lejano. En Valparaíso recorrimos las calles como las recorríamos nosotros en Santiago, dichosos de sentir la bondad de la vida cantando en torno nuestro. Queríamos acabar la noche así y lo propusimos inútilmente a Thompson. Gamboa lo convidaba para irse juntos en el expreso del día siguiente. Inexorablemente partió esa noche. Con casos iguales educa diariamente su voluntad.

.....

Vea usted. Vivo en un pueblo donde es peligroso demostrar talento. Se le envidia brutalmente. ¡Cosas de pueblo chico, usted sabe; o mejor, usted no sabe! El medio es infernal. No hay con quién conversar de arte. ¡Ay de mí si lo conversara!

¡Cómo se cohibiera usted si, como yo, viviera heladamente, glacialmente activo (es una gran cosa la actividad caliente de Santiago), envidiado de gente con quien no quiero tratar por diversos motivos, y si usted supiera la sensación del *anónimo* que llega plagado de cosas venenosas!

Para abreviar, le copiaré mi horario:

8 a 11, clases.

12½ a 1½, clases.

2 a 4, trabajo literario.

4 a 6, paseos, saludos, relaciones.

6 a 7½, comida.

7½ a 9½, clases.

9½ a 11, correspondencia por orden de fecha.

Pero esto fríamente. Del día no topo al prójimo sino en los almuerzos y en las dos horas de paseo. Lo demás solo. Solo en clases. Usted comprende, ¿no? Solo en tarea literaria. Solo en correspondencia.

Mientras escribo literariamente, una niña toca sonatas, y aumenta la tristeza de mi trabajo, desde la casa vecina. Tengo algo más en contra: enfermedad nerviosa, que me ha echado al suelo mi sistema, haciéndome andar, pasear, andar para calmar la inquietud.

Se me ha desarrollado de manera enfermiza el amor al aseo y al orden, que me hacía perder en arreglar la pieza todo el tiempo de literatura. Es una terrible manía nerviosa que combato haciendo el arreglo los miércoles y sábados por la mañana, en que tengo dos horas menos de clases.

No sabe usted qué inmensa dicha, qué grandiosa dicha la de vivir en Santiago. El es generoso, él es grande de corazón, él es sentido. Víctor Domingo Silva, que acaba de llegar después de su *primer* viaje, viene loco con Santiago. ¡Qué vida esa del centro, de su Alameda en verano, de sus portales y teatros, de sus tipos impregnados de la grandeza santiaguina, con chifladuras que sólo se notan desde el provinciano frío de nosotros. Santiago hace llorar veinte veces diarias a sus santiaguinos, pero los hace reír treinta con inmensa alegría de almas llenas de vida.

¡Oh, qué juventud esa que se agolpa en las reuniones intelectuales! Poblaciones de mozos entusiastas, ansiosos de aplaudir, ansiosos de levantar a alguien. Allá también los chaqués pueden ser impunemente más hojalateros, como lo puede decir el que fue mío. Allá se puede llevar un libro y leerlo en la calle. ¡Ah, bendito Santiago mío! Nací en él; mía es su alma. Y la mía es suya.

Tengo en mis oídos su rumor de coches, su ruido de tráfico, sus gritos de vendedores, su siempre desconocida población, las voces de mis padres, mis sufrimientos tan amados hoy que están lejanos. ¿Recuerda usted? Mi voz era siempre acalorada; mis versos primeros, aunque horrorosamente malos, eran siempre buenos...; ¡la fe, amigo!

Sus edificios suntuosos, ¡qué deseos nos provocan de ser grandes como ellos! Sus mujeres hermosas, ¡qué lujuria nos hacen correr a lo largo de los nervios excitados por la vida!

Recibo recién una carta de Thompson, que me dice: *En el Ateneo se hace sentir su falta; es más: se le echa de menos.*

¿Ve, amigo? ¡Santiago que se acuerda de su antiguo poeta hambriento y aplanador de calles!

De modo, pues, que nos veremos en Santiago, de aquí a un mes, más o menos.

De modo que nos tomaremos del brazo para hacer una noche juntos y hablar de todo "a la luz de los mecheros".

FRAGMENTOS DE "VIDA MILITAR"

Es una mañana de bastante sol esta que sorprenden los aspirantes sobre el desabrimento de los campos. Los árboles enflaquecidos por la desnudez de sus troncos hacen ademanes angustiosos en el recogimiento de la soledad. Una inmensa sabana de luz se extiende por las campañas. Cierta alegría rejuveneciente invade los ramajes añosos, los potreros húmedos aún, los cerros fantasmagóricos por donde vagabundean pájaros alicaídos que parecen mirar de soslayo las profundidades y los piques.

Al lado nuestro se alargan cercas de moras y tapias desmoronadas que manchan el paisaje con agradables tonos de cosa vieja. En la cordillera hay comienzos de llamaradas rubias que un naciente sol de oro desparrama con fausto sobre las llanuras y los cerros. Muy lejos se ven ranchos de pobre apariencia, campesinos que espantan los insectos de los caminos solariegos con el ruido de sus herramientas y la monotonía de sus canciones. Perros huraños de largas hilachas grises se echan en los patios rústicos a recibir el cariñoso calorcillo de ese amable sol de invierno.

* * *

Es un coche. ¿De dónde viene? ¿A quiénes conduce? Estas primeras ideas nos distraen en el amargo aburrimiento de la marcha.

¿Seguramente en el carruaje vendrán mujeres y serán hermosas? Y en la brutalidad de nuestra rabia llama la vida los instintos de la carne. Se me figura que cada uno hace cuentas sobre la belleza de las supuestas paseantes.

A mí se me figuran, no sé por qué, dos mujeres jóvenes que vienen a una fiesta santiaguina con trajes de seda. De seda seguramente, porque casi siento el roce. Se me figuran gordas, pero esbeltas. La una tiene una pierna de curvas infernales; los tobillos delgados y redondos; luego una curva

violenta que sube por la rellena pulpa de la pantorrilla hasta bajar suavemente en la liga. Un olor delicioso de esencias raras y de carnes femeninas invade los vestidos.

La otra es más flaca, pero más elegante. Y mientras ésta hace seguramente comentarios sobre las conocidas que hallarán en la fiesta, la otra piensa en el hombre aún no hallado, en ese vago personaje de barbas rubias que aparecerá de improviso para hacerla suya.

Así avanzamos por la ancha avenida que poco a poco se convierte en camino rural.

Los ojos sanguinolentos del carruaje desconocido parpadean misteriosamente en la sombra arrojando reflejos lánguidos que se alargan. ¿De dónde vienen? ¿Serán hermosas? El ruido de las ruedas se arrastra por el camino áspero; luego repercute lentamente en los rotundos piques del cerro Blanco, que aún nos alarga una de sus laderas. Las pupilas rojas miran con melancolía y el ruido extiende la tristeza nocturna por los campos adormidos.

DE CHUQUICAMATA A CALAMA

Hemos dejado el mineral de Chuquicamata, donde asuelan el ánimo entristecido los lamentos de quince infelices apuñalados entre las fiestas del pago. Son las doce de un día hermoso, bajo el cual los cerros vecinos presentan la impasibilidad de sus laderas cuajadas de cobre...

En las plataformas de la primera, en el interior de los de segunda, prolóngase la cansadora algarabía de los mercachifles en joyas. Venden la libra esterlina de emisión 98 con el retrato de la difunta reina Victoria; otros, la buena navaja de afeitar; el *remontoir* marca Invar con horario, minuterio, segundero, calendario, brújula, barómetro, etc. Son turcos, bolivianos o chilenos; aventureros todos que arrastran por los escondrijos de la pampa su afán de lucro, agasajados un día por la tristeza sentimental de un minero que recuerda el terruño abandonado ha veinte años, abofeteados otros por un matón que "tiene encargo de apalear bribones".

El coche único de este ramal ferrocarrilero tiene dos departamentos, entre los cuales se acurrucan los pasajeros acomodados junto con los otros que se desquitan de las

comodidades no recibidas con francachelas tristonas, en que actúan los dicharachos groseros, las risotadas, los juramentos y las promesas de eterna amistad con que se obsequian los que tienen el vino triste.

Por sobre esta animación, que se nos antoja desgraciada, sopla incansablemente el hálito frío de la miseria humana. Uno es que agasaja al amigo por lo que podrá extraerle más tarde con una venta maliciosa; otro es que cuenta intimidades entristecedoras a otro que parece más fuerte en la vida; acaso a la conclusión de la novela le ofrezca una ocupación o unos cuantos pesos compasivos... Aquél es que desarrolla la aglomeración de proyectos acariciados al calor de un horno donde se ensayaban unas muestras de cobre halladas en un mineral virgen. Esto más que nada llama la atención de todos. Cesan alrededor los diálogos, para oír "al señor Olivari"... Cuando sea rico, será otra cosa.

A LA VISTA DE CARACOLES

I

Desde las azoteas de la administración, nos indicaba el jefe de Pampa Central los lejanos cerros de Caracoles.

Leyendas misteriosas de sus primeros cateos, crónicas casi olvidadas, dramas inéditos, concurrían a la evocación del viejo pampino. Y de año en año, de anécdota en anécdota, nos condujo al descubrimiento del famoso mineral, al radioso grito lanzado por Cangalla desde los cerros de Limón Verde.

—¡Ahí hay plata!

Una tradición indígena, ya muy vulgarizada en 1870, hacía la misteriosa confidencia de un inmenso tesoro escondido a cincuenta o más leguas de la Chimba (1). Un cerro de plata cuya ubicación perseguían miserables caravanas de indios a quienes mataba el sol del desierto o el hambre.

El cobijeño José Garabito lo encontró un día; pero, escaso de recursos, sepultó el secreto, en acecho de días favorables. Vino por esos tiempos un minero francés, a

(1) Nombre antiguo de Antofagasta.

quien propuso con buena acogida una exploración al desierto.

Partieron, pues, para aquellos parajes, de donde volverían seguramente millonarios...

Quince días después (y hasta su fallecimiento, que ocurrió algunos años más tarde), José Garabito estaba loco en Cobija. Hablaba incoherentemente de tesoros fabulosos, de luchas a puñal en que habían muerto casi todos los compañeros...

Esas palabras, que fueron el ornato de todas las conversaciones, dieron bríos a José Díaz Gana para emprender obstinada exploración por el desierto.

Nada desalentó al audaz minero. Fracasos sucesivos, escasez de recursos, noches sin abrigo, días sin agua... Cada día prodigaba a la pampa sacrificios más cruentos. Cada hora aferrábase con más ansiedad a su ensueño... Hasta el día en que *Cangalla* lanzó desde los cerros de Limón Verde, a catorce leguas de Caracoles, el más estupendo grito de gloria que ha oído el desierto:

—¡Ahí hay plata!

EPILOGO.—Los millones encontrados en Caracoles poblaron sus vecindades con veinte mil almas. Hoy tiene *ochenta y tres mil habitantes* y un ingreso comunal de *ciento treinta y seis mil pesos anuales*.

Por no haber servicios públicos en qué invertir esos dineros, los ilustres ediles (de esto sabe hasta S. E. el Presidente de la República) acuérdanse recíprocos ítem por comisiones imaginarias...

II

LOS ARGENTINOS EN LA PAMPA

Largos de estatura, inocentes de caras estos andariegos productos de la campaña argentina.

Aparentemente bobalicones, calculan ladinamente la ventaja pecuniaria que de esto o aquello se puede sacar.

Hablan lentamente, con entonación cantadita, de tonos dulzones y malicia labriega.

No saben nada de nada. Esa es su frase defensiva y ofensiva para conservar la intactibilidad del bolsillo o de la personalidad en cualquier asunto de cualquier índole.

No iréis seguramente a su lado con la lista de erogaciones para aliviar la suerte de un hermano enfermo. Ya se sabe que recibe la exhortación con inexpresiva cara de imbécil. Indudablemente intenta demostrar que no sospecha nada de lo que le habláis.

—¿Subscripción? —pregunta con el tono cantado de su voz, que pone dos acentos a cada palabra—. ¿Y párá qué? Nósótro no sábémos nádá de na.

Así le encuentra también la lista de subscripciones que en los días de la patria corren los pampinos para celebrar con algunas fiestas la clásica alegría del patriotismo.

Por esos días que estuve en Ballena se hacía una colecta con el objeto de recibir un matrimonio de pampinos recientemente desposado en Taltal, y se les pasó la lista a los argentinos.

—A quién le van a dar plata... ¿A Monardes?

—No se le va a dar plata. Se le va a recibir con algunas fiestas. Un matrimonio nuevo, hermano.

—¿Es nuevo?

Inocentadas tan ladinas como ésta suele contestar siempre.

No se les encuentra jamás.

La subscripción de un diario, que les hará pensar una vez cada día sobre asuntos que les conciernen, no les encuentra jamás.

—No sábémos léir, pues...

Y de ahí no se mueven. Pasa lo mismo cuando se les pide algo para el sostenimiento de una escuela. Cuando se les solicita para la organización de una banda, para el entierro de un amigo. No saben nada de na...

Frases omnipotentes con que lo excusan todo, excusa con que ultraján todo, ultraje con que se burlan de todo.

Allá, por los días de juerga, los cuatro chilenos que guardan silenciosamente la significación de aquella frase suelen recordarla en una cuchillada que deja a un argentino con el abdomen al aire y aplasta generosamente la brutalidad burlona de esa frase.

Despachados por el rencor de un pampino chileno, tendidos sobre la pampa solitaria donde ya no hay modo de aprovechar los ahorros así tan canallamente conquistados, parecen blandir al aire su frase.

Y entonces es cierto que ya no saben nada de na.

SEMANA SANTA

Un óvalo de carne rosada, con dos ojos de una tristeza encantadora, era lo único que se veía de aquella joven pensativa, que apagaba toda la luz de su belleza entre las sombras de su manto, negro como una aglomeración de tinieblas.

Sus dedos largos, como lirios de carne, sostenían un libro de oraciones, sobre una de cuyas páginas veíase un Cristo de barba negra y ojos claros, intensamente tristes, subiendo las abruptosidades del Calvario, floreado de llagas, con los cabellos sudorosos y lacios y la enorme cruz sobre el cansancio de sus espaldas encorvadas.

Los últimos rayos de un sol de verano penetraban por una ventana de vidrios rojos e iban a poner en la escena del libro como hilos de sangre.

A la claridad sangrienta de esa luz veíanse los ojos del Cristo, lacrimosos y hundidos en las ahuecadas cuencas, llenos de fatigas y sombras, como los ojos de un enfermo.

Linda prisionera, aquella esplendidez escapada de las alegrías mundanas tenía las muñecas aprisionadas por un rosario de marfil que se envolvía en ellas a modo de esposas.

¿Era una pecadora?

Sus labios tentadores que harían temblar la infalibilidad de Dios; pecadora que lleva el arrepentimiento en el alma y el pecado en los ojos; pecadora que lleva la oración en los labios y la tentación en sus formas, aquella mujer estaba ahí reparando en la sombra las encantadoras culpas de sus veinte años.

Arriba, las campanas arrojaban sus melancolías sobre las calles silenciosas y solemnes, con esa solemnidad de las tardes en el centro, a la hora en que los obreros y empleados están en sus hogares del arrabal.

Un grupo de palomas esperaban la caída de la sombra para dormirse sobre las ventanillas del altar mayor y en un ángulo oscuro brillaban dos bujías agonizantes como pupilas melancólicas de tísico.

Recogimiento.

Las naves inundadas de penumbras parecían solemnizar con su silencio de abismo la confesión de esas jóvenes que contaban sus locuras íntimas a un sacerdote anciano, en-

flaquecido por las penitencias y extenuado por la vida del claustro.

¿Qué decían aquellos labios que bañaban la rejilla del confesonario de alientos cálidos, de perfumes abrasadores y violentos?

Sueños de amor en las noches de estío, a esa hora en que surgen los deseos como repiqueteo de chispas en los incendios de la sangre; la cita con el amado, la caricia inconsciente sentida por estremecimientos de la carne y extraños arrebatamientos; el beso de amor fuera de la tierra, allá arriba, en el país de los sueños, donde se habla con la caricia y se besa con el alma; el deseo persistente, implacable, mordiendo los senos, cosquilleando los sentidos y poblando la imaginación calenturienta de escenas nocturnas a plena luna; noches de novios, interminables y locas, llenas de perfumes, flores, músicas y sueños.

Todo esto dicho con voz tímida, trémula por el rubor, en un delicioso atoramiento de palabras, ahí en las barbas de ese anciano arrancado a las cosas mundanas, en contra de las brutales fuerzas de la naturaleza.

—¿Y nada más, hija?

—Sí, padre. Una noche de baile en casa de un tío...

Y seguía el cuchicheo, ahí en la sombra, abrasador de misterio y de no sé qué cosa extraña que habla brutalmente en el silencio, el alba y la noche, la primavera y el invierno, el calor y el frío, la locura y el juicio, la carne y el alma...

MEMORIAS DE UN POETA

(FRAGMENTOS)

Martes 7 de noviembre.—Si nuestra amada es complaciente, la juzgamos mal; si es esquivia, coqueta e hipócrita, vivimos en perpetua queja, pero rendidos de amor, o lo que es, más bien dicho, pagar con cariño sólo a lo que se ríe de nosotros. ¡Ah corazón! ¡Cuán imperfecto eres! ¡Qué pequeños somos nosotros que, a pesar de conocer estas verdades, siempre somos esclavos de sus caprichosas exigencias!

* * *

Jueves 9 de noviembre.—Hablamos (1) de una pequeña revista que pensamos sacar en breve. Se intitulará "América" y publicaremos en ella sólo buenos trabajos. Para la publicación de los primeros números aporta Ignacio diez pesos. Trataremos de conseguir erogaciones y subscripciones. ¡Ojalá nos vaya bien! ¡Gozaríamos mucho! Nos hemos separado a las 5.55. En este momento comen en mi casa y aprovecho en escribir.

¡Salieron los versos! Un poco deslumbrado por mi vanidad de autor, por ahora los encuentro buenos. Veremos después con el juicio más frío. Allá van:

ANTE EL RETRATO DE UNA DESCONOCIDA

*Yo no sé quién será. Pero hoy la he visto,
en admirables tintas, perfilada;
he abismado sus ojos. ¡Y tras ellos,
en busca de una avispa de misterio,
sentí que se iba mi alma en la mirada!*

*Vaga en su rostro, del amor primero,
la sublime expresión,
¡y bajo el terciopelo de sus cejas,
una chispa incendiaria juguetea,
del fuego en que se abrasa el corazón!*

*Confusas las ideas en la mente,
no alcanzo a comprender lo que sentí;
¡sólo sé que, hoy, los hombres no aborrezco
y que entre locas ambiciones veo
abierto un nuevo mundo para mí!*

*¡Nuestra suerte es así! Subir llorando
la cumbre artificial del egoísmo,
retar la sociedad, lanzarle el guante...
¡Y tras de una mujer que nos atrae,
cual todos, despeñarse en el abismo!...*

* * *

Viernes 22.—El destino continúa cebándose. En la mañana dieron examen mis alumnos regularmente. Llegó la

(1) En compañía de Ignacio Herrera Sotomayor.

madre superiora en el momento en que ya iban a despedirse los frailes examinadores.

Les preguntó el resultado y ellos dijeron:

—¡Bien! ¡Bien!

—¡Oh —les dijo la madre—, no sean indulgentes!; digan la verdad...

—¡Bien! ¡Bien! —dijo el padre que examinó los niños de Pinilla.

—Bien..., bien... —dijo el de los míos más fríamente. Se conocía que estaba algo descontento.

Después vi a la madre superiora, la que me saludó con una inclinación de cabeza apenas perceptible.

Cuando llegó Pinilla, me dijo que la madre había recibido noticias de mis ideas anticatólicas. "Averigüe usted", le repetía a Pinilla al despedirse.

Sentí un profundo desaliento; presentía que mi ocupación de ayudante o maestro de escuela iba a tener fin, ¡quién sabe si para siempre! Algo como una sombra cayó sobre mi espíritu...; ¿qué será de mí? Mi madre, ¡cuánto se irá a aburrir de tener en su casa un poeta desocupado y que sólo le impondrá desembolsos con su incapacidad y dolores con su horrible carácter! Inmediatamente pensé en marcharme a Juan Fernández...; ahí tengo la débil esperanza de hacer alguna fortuna para casarme con Lorenza.

¡Qué horrible es esto! Pensar que tengo que dejar a Lorenza por algunos años y vivir siempre con los sufrimientos y temores que me da mi carácter desconfiado y celoso; pensar que dejaré a mi madre para no verla ¡quién sabe si nunca más!

Pensar que dejaré cuánto ser querido tengo en Santiago, con la idea amarga de que pronto seré olvidado...

No quiero pensar más en esto.

Sin embargo, tengo que volver; en la tarde estuve en el colegio haciendo los certificados de examen.

Pregunté a Pinilla esto:

—Dígame su opinión, ¿qué desenlace tendrá esto?

—Malo, malo —me contestó, y sigue diciéndome que busque otra ocupación—; Usted es tan fatal, puede sucederle algo, y es mejor salir que ser despedido.

Puedo ver, por otras cosas que me dice, lo que hay en esto: Pinilla ha intrigado e inició el ataque contra mí. A él sólo le debo esta salida.

¡Y cuán amargo es confesar que tiene razón, que tiene razón, y mucha!

Yo me he conducido en el colegio bastante mal: falté como cincuenta veces en el año, trabajé poco y me hice de malas compañías; hablé en su cara contra la religión; fue impuesto por alguien de haberme visto borracho dos o tres veces en la calle, en compañía de mujeres (esto es falso); llegaba tarde, castigué mucho a los niños y, para completarlo, provoqué tantas veces su envidia con mi superioridad intelectual.

Mi carácter indolente y poco cumplidor me conduce a otro nuevo abismo...

En fin, ¡qué diablos!, venga todo; todo lo recibiré en el vaso de mis lágrimas.

II. PROSAS COSTUMBRISTAS, SOCIALES Y DE CRITICA

"EL TAITA DE LA OFICINA"

Llegó a la Pampa hace muchos años, creo que cuando *guerreaba* don Peiro León Gallo con el Presidente Montt.

¡Tanto tiempo!... El estaba *guaina* entonces, y tenía unos brazos como naide, una cartera bien colmaa pa los amigos y unos puños agarrotados, que eran lo mesmo qu'icir: "El que me la hace, la paga".

Le llamaban "El Guapo" por mal nombre; más tarde le decían el "¡Ves qué niño!". Después, el "Mala Cara", y hoy, "El taita de la oficina". El verdadero nombre suyo no lo recuerda, ni hace falta...

"Las había echado" al norte por unos cuantos meses no más: quería juntar unos *cobrecitos*, comprar un peazo e tierra "pa tener en qué caerse muerto", y llevar donde el cura de Nancagua a la morena colorá que *palabrió* en la trilla de don Bacho Reyes...

—Por unos cuantos meses no más.

Anduvo corto en el cálculo, porque hace ya cuarenta años que no ve a la morena colorá ni al rancho de Nancagua, donde vio transcurrir plácidamente los olvidados días de su infancia.

Las greñas de sus bigotes hirsutos parecen agriar su formidable mirada de barretero bravío cuando con los ojos amoratados se pone a recordar su perdida felicidad.

—¡Güen dar que hei sío desgraciao!

Cien veces ha tenío el dinero para volver al sur. Una vez fue el *tacuaco* Juan Mella que lo llevó a los "salones de niñas" en Taltal: remolieron una semana con arpa y guitarra, "se cayeron" los mil quinientos pesos de ahorro al cajón del burdel y se acabó too...

—La copa, patroncito: ésa es mi perdición de siempre... Mire, una vez bajé en la expedición a Caracoles con don Pedro Díaz Gana, trayendo no menos que tres mil pesos en

metales míos. Cuando me entregaron los billetes en que los vendí, agarré una *rasca* que me duró pa un mes justo. Me *templé* con la famosa "Huifa", apuñallé a un pirquine-ro y me arranqué pa Bolivia. Ahí estaba cuando empezaron las primeras *diferencias* sobre la cuestión del salitre.

Y así habían pasado cuarenta años para "El taita de la oficina". De Calama a Uyuni, de Uyuni a Chuquicamata, de Chuquicamata a Sierra Gorda, de Sierra Gorda a Caracoles, de Caracoles a Antofagasta, de Antofagasta a Taltal y de Taltal a Lautaro. Ahí estaba ahora como último trabajador de la oficina.

—Eso sí, por la *maire*, que me quea el consuelo de haber sío el *numeruno* entre los entallaos de Taltal...

Encantador a veces, solía hablar con cariño de esas salitreras que ya le conocían. Para él no había como eso de "tirar costras" y "morder polvo" a pampa rasa, "encalillao" con una barreta de dos metros o con la cuña en un trozo "metía hasta el contre".

Su chiste era feroz como una cuchillada, no faltándole jamás el donaire para sostener que en la vida no hay más que comer, dormir y "colgar".

El hambre era para él "una tonada en las taipas"; la mujer, una "chancadora de chauchas"; el amor, una "rasca sin vino"; la cerveza, el "Dominus Obisco"; el matrimonio, un "sermón de las tres horas"; el trago, "un compañero", y la vida, "una payasá"...

Conocía al dedillo todas las labores salitreras. Peregrino de un viaje sin posible término, había disparado un *cachorro* (1) en Santa Luisa, se había hecho *ripiar* (2) en Ballena y había *tomao* junto con el patrón Daniel Oliva cuando en la oficina Atacama les *toreaba* los cobres de pago con damajuanas de chicha...

Le toleraban los patrones porque en cierto modo era el depositario de las tradiciones pampinas.

—¡Déjenlo a ese diablo!

"Ese diablo" era de los expedicionarios caracolinós, como que junto con Méndez y Porra recordaba haber dormido a plena pampa del litoral, echado muellemente sobre las espaldas y "abrigándose con la barriga".

(1) Cachorro se llama el pequeño disparo de pólvora con que se afloja el caliche.

(2) Trabajador que se ocupa en sacar la tierra suelta que sobre en los cachuchos hirvientes, después de liquidado el salitre.

"Ese diablo" era capaz de "volver loca una calichera", hasta extraerle de las salinosas entrañas "un mes de *toma-terras* abajo", es decir, en las casas alegres del puerto más próximo a la oficina...

No recuerda haber tenido más amigos de duradera compañía que el reflexivo "Pituco", un pobrecillo choco de ojos tristes, concentrado en su amor a "El taita de la oficina", inseparable compañero de todas las penurias que él había pasado de desierto en desierto.

Todo se había quedao atrás. Peiro Carvajal, aquel toro de puños famosos, murió quemado en los cachuchos de la oficina Germania; Juan Garcés, en la cárcel: aquel pampino llegado del sur, marinero del 79, salteador años después... Pancho Molina, el "Cuchillo Taimado", también ya estaba muerto: lo asesinaron los indios de Pachacamata por enamorado...

Recuerda él los tiempos en que bajaba de la pampa con los amigos.

—¿Onde vay, hombre?

—Pa Taltal, pues.

Lo decía ruidosamente, con aquella facha del que lleva trescientos o más pesos "pa darse gusto..."

No era lo mismo cuando volvía al trabajo, "en la mala" ya: sin amigos ni dinero.

—¿De ónde venís ahora?

—De Taltal, hermanito...

La voz era triste, con aquella melancolía feroz del que ha perdido el esfuerzo de una vida, el producto de su brazo incansable, ofrecido en el más tremendo desafío a las vicisitudes del vivir.

Nunca ya sus ojos nostálgicos volverán a ver el rancho de "l'hacienda" o el arrabal de la aldea nativa. Sus hermanos habrán muerto ha muchos años; los hijos de ellos apenas si tendrán noticias de que hay un tío muy viejo, del cual sólo saben el carácter aventurero que lo condujo "al norte", para no volver más.

El día que se aburriera, no había más que sentarse en la boca del tiro y encender la mecha. El dinamitazo lo elevaría, seguramente, a la gloria de Dios Hijo y too lo demás.

¡"El taita de la oficina"! Es decir el más viejo de los trabajadóres, el más corrido, el más espoliado, el más vicioso, el más pobre. El que reunía en sí aquellos atributos lamentables del pampino andariego, sin olvidar siquiera

los más odiosos o los más conmovedores. El que ya había dado tres *rebanás* en el abdomen del amigo no amigo; el que había amamantado a esos niños de la aventura con "la leche del mineral" o con la sangre suya; el que había dejado una pierna en los cachuchos, un brazo en las maquinarias, una cuchillada en el campamento, una deuda en la administración, un hijo en la querida, un recuerdo en la fonda (1). El que sabía hacer una buena *cangalla* (2), el que sabía soportar el hambre, el que desafiaba la *puna*, el que se reía de la suerte.

—¡El mañana! No *frieguen*, hombres... "Mañana será otro día" y no es pa que un hombre "de pelo en pecho" se eche a morir.

"El sur, patroncito; las trillas de Yaquil... Too lo tengo muy presente. Me parece tar en el fundo, cuando nos íbamos con el vaquero a ver las *apartas*. Ibamos por el camino de La Placilla, a la sombra de unas alamedas grandes qu'iban a rematar en la misma caja del Tinguiririca. Ahí en la orilla era onde vivía la Carmen Rosa, l'hija de don Bacho... Ahora ya se acabó too...

Y se perdía hablando solo, en dirección al campamento de la oficina. En la media luz de la plazoleta, se balanceaban lentamente sus grandes brazos, que eran como el despojo postrero de una talladura soberbia, ahora abatida por el cansancio de las espaldas.

IMPRESIONES DE VIÑA DEL MAR

I

EL ESTERO DE MARGA-MARGA.

En los buenos días de otoño y en algunos de invierno, no es más que un hilo de plata. Una hebra cristalina que se encoge y alarga en la voluptuosidad de opulenta curva a lo largo de las crespas sinuosidades del lecho.

En septiembre ya es distinto. Los deshielos hacen fecunda la preñez de las barrancas cordilleranas, y entonces

(1) En el norte se llama fonda a la cocinería principal del campamento.

(2) Cangalla es el metal que los mineros sacan a escondidas.

el agua se viene cantando serenamente su robusta canción de vida, hasta prorrumpir en estrepitosa desembocadura.

Por cierto que encanta este chorro de bondadosa frescura. Como que saben los campesinos de la ribera la fresca-bondad de esa agua amable que trae tanto riego para la buena tierra. La margen se llena de tonos verdes. Y entonces los árboles echan lujo de brotes y opulencia de hojas verdiclaras, como es de moda entre los árboles jóvenes por el tiempo de la primavera. ¡Qué bello es entonces!

Los campos se ponen bastante mozos. Y hasta poetas. Con esa sana poesía que hay en la apacibilidad de las costumbres campestres y esa sinceridad en el decir que tienen las cosas de pleno aire.

Más al origen (hablo desde el puente que va a la cancha) esto se pone más triste. Derrames tristonos de tonalidades benignas, tristezas incomprensibles en las curvas del agua, caprichosos recortes de sombras, misterios de follajes no lejanos, suavidades de líneas. Además, susurros, briznas, ruidos imperceptibles.

Y por el noroeste la melancolía de un cerro gris.

Toda mirada que viaja al cerro trae la visión de sus cosas salvajes. Pájaros vagabundos, troncos solitarios, líneas quebradas, desgarraduras de la piedra. Y caminos caracoleadores por donde corre la mancha blanca de un ternerillo que berrea... Abajo, muy abajo, la madre levanta los cuernos mirándolo... Este adquiere un airecillo bueno porque está en medio de sombreaduras delicadas. Las de una alameda, las de los arbustos enfermos, las de una cicatriz en la piedra, las de los ranchos abandonados y perros vagos que parecen buscarse en el silencio de la altura.

También suele venir una máquina en la visión de la pupila: alguna máquina herrumbrada que tapa la boca de un hoyo inmenso.

Por ahí anduvo la piqueta de algunos gringos ambiciosos. Por ahí anduvo el trabajo del minero del bracet con el ensueño. Abajo, muy abajo, después de mucho tiempo, estos viejos hermanos que se encontraron de mano a boca con el fracaso...

* * *

—¡Buenos días, Juana!

—¡Buenos días, señor!

Es la casa del jardinero Lucas. Se oye la voz de Teodora, la hija mayor de Juana y la más bonita de la orilla. Canta melancólicamente un airecillo de letra sentimental, y su voz se extiende con esa particular sencillez que recoge la voz en los campos:

¡Qué grande que viene el río!

¡Qué grande que se va al mar!

—¿Y Pedro, Juana? ¿En la fábrica?

—Por ahí anda... Se ha puesto tan malo desde que ha agarrao la junta con el hijo de ño Nicasio. Antes no faltaba el día lunes, y el sábado me treida toda la plata. Ahora no hay quién lo sujete en la casa.

La voz de Teodora sigue cantando melancólicamente:

¡Río, río!

*¡Devuélveme el amor mío,
que me canso de esperar!*

¡La pobre Juana! Así, en una chapurreadura de frases cortadas, me cuenta lo que sufre con su hijo Pedro.

—Desde que ha agarrao la junta con el hijo de ño Nicasio...

Este hijo de ño Nicasio de que habla la hija del jardinero es un muchachón que se trae revueltas a todas las chicas de las chacras. El tipo del peón alegre, inocentemente corrompido.

Hace tiempo hablaron mucho de sus amores con "La Pintá", una muchacha que baila todos los domingos en las fondas de la Población Vergara. Recuerdo haberla visto una tarde.

Era una muchacha buena, si se quiere, que no tenía otro pecado que el de arreglar sus cabellos y trajes con cierta gracia canallesca. Una santurrona endemoniada.

Espeso cortinaje de pelo negro sobre la frente. La mirada con un no sé qué ensoñativo. Llevaba un traje rosa con cintas de un verde chillón, y en sus labios, de expresión indiferente, cierta violenta de tonos, sugestiva a pesar de infame. Así y todo, no era ella en absoluto la que se cogía a los chicos. Más que nada la locura del baile, la cosa arrebatadora, el tono fuerte.

Nunca he visto mejor que entonces la alegría popular. Salvaje, espontánea, brutal, esparcía amarga fuerza de sentir en torno.

Adornos charros, banderas nacionales, bailarinas de papel ordinario, que reían estrepitosamente echando la pierna al aire. Entre dos faroles chinescos una oleografía de comedor pobre, en que un pícaro franciscano guiñaba un ojo mientras sorbía rapé. Más lejos, los mesones llenos de un licor amarillo, sobre cuyo olor azucarado revoloteaban cientos de moscas.

En medio de todo, "La Pintá".

Bailaba, y el movimiento de caderas, que hermanaba con el compás de la cueca, tenía una voluptuosidad que era la más bestial rememoración de los placeres clandestinos. Los hombres, de chaquetas cortas y anchos sombreros, movían cadenciosamente las piernas, entre la gloria de los pantalones bombachos, que son el grado insuperable de la elegancia popular. En la actitud tenían mucho de humildad simulada, como para ocultar la riqueza de canalladas fuertes que sacarían al aire en caso necesario. Otros, con sus ramos de flores lacias colgando del ojal, bailaban con gestos de suprema embriaguez, mirando una cinta verde que interrumpía la curva incitante sobre el desnudo cuello de "La Pintá".

Violentaban el arretrato de la cueca el tamborileo endemoniado que saltaba de una mesa con cubierta de latón y el sonido decrepito de un arpa enferma que, a fuerza de oír frases de borrachos, hacía una expresión semejante.

*Lloraré, lloraré...,
dime por qué..., ¡ay, sí!*

—La copa, señor. ¡La copa me lo ha echado a perder!

* * *

A lo largo del estero, junto a las grandes piedras que se utilizan en los trabajos de la defensa, revolotean ociosas bandas de pájaros. Manchas parduscas brincan al aire. ¡Chiu! ¡Chiu!

Por la inmensidad, las nubes vagabundeando. Abajo, el tono desabrido de las piedras y el tajamar que se prolonga hastiadoramente largo. Por entre los escondrijos de los

gigantescos bloques de granito, varios ociosos que juegan al monte.

El día lunes (un día de mucho tedio para los trabajadores viciosos) pueblan el hastío de los cortes abandonados las siluetas oscuras de unas cuantos abusillos. Son los que han gastado el jornal de la semana sobre el mostrador de la fonda dominical. Suelen ser religiosas esas grotescas amalgamas de ojos descompuestos, hastíos de borrachera, ascos por el trabajo, horror por la fatiga, repugnancias de vivir. Esta noche habrá en el hogar muchas lágrimas.

Tendidos en posturas que nunca resultan suficientemente cómodas, conversan banalidades tediosas: murmuraciones interminables, ensueños voluptuosos, comentarios cansados... Y es que ahí sienten el fastidio de una pobreza que el vicio ha hecho incurable.

Laxitud, aburrimiento, pensamientos oscuros. Si a la tarde pasa un hombre de buen traje o una muchacha que vuelve de compras, seguramente habrá alguna violencia...

—La copa, señor, la copa me ha perdido al chiquillo... Además, la inundación del año pasado nos dejó en la calle...

También esta hebra cristalina de agua suele tener sus dramotes. ¡Y tan temibles!

Buenos miles de pesos han tirado los decretos oficiales sobre la defensa del estero, buenos miles que el agua absorbe rabiosa cuando el malhumorado caudal de arriba se viene a golpe y escape.

¡Buena que se está la poesía entonces!

Los bueyes ramoneadores dejan el paisaje muy libre de manchas monótonas y tonos apacibles. Porque se retiran bien lejos, al lado del rancho donde vive el carretero que los unce al yugo y les agujerea las carnes. Entonces llega a contemplar las nerviosidades del estero esa endemoniada neblina que es tan triste.

—Además, la inundación del año pasado nos dejó en la calle...

—¡Cómo! ¿También este diablín hace tunantadas?

—¡Y bien grandes, señor! El año pasado, sin ir más lejos. A Francisco, ¿recuerda, señor? Aquel hombre que andaba todos los días en la *acarreadura*, por el camino del Médano... ¡Pues vaya a ver! El rancho, las carretas, los bueyes y el hijo mayor cortaron aguas abajo... Fuera de un curita que se ahogó en la boca.

Ciertamente. Los diarios de Santiago hablaron de esto hace tiempo (me refiero al curá: los diarios santiaguinos no hablarían, probablemente, de la carreta y el hijo de Francisco). La buena mujer no sabe que el curita era un mozo tan bueno para decir un latinazo como una galante-ría. Mirada celestial y frase lánguida; ambas como oraciones. Como este simpático clerigucho, pocos tan amados. Cualquiera pudo dudar de que esos frescos veinte años tenían diez de Seminario.

Las aguas le dieron un abrazo estrecho, cordialísimo si no fuera pecado. Y mar adentro jugaron con él lamentablemente...

Imposible creer estas picardías de esta agua romántica, que enseñoorea su apacibilidad sobre este agrupamiento delicioso de árboles jóvenes, ranchos agrestes. Imposible, cuando se mira alrededor de las viviendas campesinas, la detalladura sugestionante de los troncos resinosos, cerca de los que hay patos en desperezamiento de alas, gallinas ociosas picoteando la tierra, ropas blancas asoleadas a sol de oro, perros huraños que buscan una postura cómoda, bestias de carga inmóviles, tiestos desordenados, cantine-las de hogar, alharacas de niños y aves.

* * *

Un silbato.

—¡Cuidado, señor! ¡Quítese!

Por la curva del terraplén se arrastra un traqueteo sordo. Es "Laura".

No es ella una muchacha, por cierto, aunque es vivara-cha como una moza. Toda pizpireta, pues que es joven, pasa el santo día correteando por la orilla del estero. Tra-catric... Traquitrac...

Trae desde el muelle de la Población Vergara muchos carromatos cargados de azúcar peruana. En el patio de la Refinería le extraen la dulce carga; luego regresa muy descansada; pasa el Puente Negro (así lo llaman los cha-careros de la orilla, por el color que deja en sus durmientes el carboncillo del humo): y ya en el lado opuesto se dispara a todo correr por el campo...

¡Y con qué gracia! El trabajador de la defensa la mira largamente. Posiblemente en esas miradas hay un poco de sorpresa y otro poco de dolor ante estos latrocinios del

ingenio humano, que paulatinamente roba el trabajo al brazo del hombre para entregarlo a la mecánica. Y digo posiblemente porque el estúpido éxtasis con que el peón analfabeto mira estas cosas es de una nebulosidad atontadora.

¡Ah! Me olvidaba de que "Laura" es bonita. El gringo que la maneja debe comprenderlo así cuando se empeña en mantener irreprochable la gentileza de su pequeña máquina. La calderilla, de una perfecta redondez, voluptuosa si se quiere. La trompa desplegada en forma de abanico, la chimenea erguida con la gracia de un cuello femenino. Cuando la velocidad aumenta, derrama en la trocha un reguero de chispas rubias, mientras que arriba el humo negro ondula como una cabellera obscura. Fuera de la campana, que en los días de harto sol semeja un fragmento de oro, queda por recordar un farol de cristales ahumados, donde se guarecen como en una plancha fotográfica las siluetas maravillosas que concurren a la perpetua fiesta del campo.

La curva que hace la línea al acentuar la dirección hacia el muelle es inefablemente suave. "Laura" entra en ella con lentitud, como saboreando las dulzuras de esta línea que la naturaleza ha colocado sobre sus cosas más bellas: los senos de las mujeres, etc.

* * *

Pleno sol, pleno campo, pleno viento, como dijo un poeta. Al crepúsculo, la orilla del estero es un trozo de vida hartamente sugestionador.

Los árboles inmóviles. Junto al puente principal, la silueta de un foco eléctrico. Y sobre el globo de cristal sólido, la inalterable firma de fábrica que es el reclamo con que la civilización pregona la propiedad de aquella fechoría del ingenio: *Laterne-Haller-Berlin S.* Y por el otro lado: *Lucas Licht.*

En pleno campo, un camino. Por ahí anda la mancha agreste de la poesía rural: recuas de borricos que traen muchas cargas de leña. Los campesinos pobres la cortan en los cerros vecinos y bajan al pueblo para obtener en cambio el generoso pan del día. Acude a la evocación el trabajo de aquellos pobres; un día de sol ardiente, perdidos en la soledad de los montes, canturreando algún aire

triste mientras los borricos siguen sus huellas con las cabezas inclinadas al suelo...

Ya de vuelta, los borricos ensayan un trotecito alegre por el camino gris.

El leñador canta todavía, aunque un aire menos sentimental y más picante, que ha cambiado por el otro, viejo y triste.

Orilleando el estero en dirección al Salto, los alambres del telégrafo. Por entre los altos postes, las mismas bandadas de pájaros ociosos, las mismas manchas parduscas. ¡Chíu! ¡Chíu!

Pleno sol, pleno campo, pleno viento... Allá en el fondo del paisaje, en la ventana de un chalet moderno divisanse a medias los contornos de una vieja de anteojos que se entretiene haciendo calcetas...

¡Pleno aire! Creo que así se llamaba un cuadro del pobre Lantier ("La Obra", de Emilio Zola), ridiculizado estrepitosamente en el Salón de París. No lo hubiera sido al coger por tema esto que pueden ver cuantos se den una hora de vagancia por la orilla del estero.

Al mediodía (aire puro, sol de oro) se juntan unos cuantos muchachos pobres en el cauce.

Calzones arriba, piernas desnudas, ánimo alegre, los muchachuelos se hunden hasta las rodillas en el agua. Ella les moja y esa frescura se mete en la salud, en el ánimo. ¡Qué gritan los chicos cuando se bañan a sol y agua en la inconmensurable libertad del aire libre! Las manos huragan el cauce; salen riscos agrietados y piedrecillas deformes que los chicos echan al aire y que después caen en un golpe cristalino, levantando sobre la clara superficie miles de chispas blancas. Los gritos, las chuscadas, las risas se confunden al gorgoriteo chapurreado del agua, hasta no haber distinguos posibles entre las voces inconscientes de un chiquillo y el chapaleo de la onda. Muévense los brazos, los ojos, los labios. Insinúanse gestos, ademanes, palabras. De pronto hay risa general... ¿Algún chiste? ¡Nada! El agua, el agua, el agua...

¡Aire libre! Hasta las gallinas que amenizan los ranchos de la orilla vienen a la bulla... ¡Al estero! Chiquillos pobres, perros flacuchentos, aves alegres, gallinas ociosas... ¡Al estero! Para unos, agua y sol; para otros, desperdicios; para éstos, briznas; para aquéllos, ruidos; y para todos, aire, sol y agua. ¡Al estero! ¡El agua suele cantar, suele

reir, suele llorar para vosotros, enamorados, alegrotos o sentimentales! El agua baja de arriba diciendo delicias sin asunto, pero delicias al fin... En el fondo hay muchos rayos de sol que se bañan. Y las nubes desfilan formando una procesión subterránea, cristalinamente encantadora, encantadoramente cristalina.

* * *

Entre la puntilla de Miraflores y el Salto, junto a una decrepita palma de dos ganchos, hay unas excavaciones que alguien hubiera podido suponer un proyecto de palacio subterráneo o un túnel al centro de la tierra... Pues, nada. No son palacios encantados ni túneles inverosímiles. Son unos cuantos hoyos abiertos por la piqueta de otros cuantos hambrientos.

Algún mal intencionado, alguna vieja de imaginación histérica hizo correr la noticia perversa de que allí se ocultaban seis cargas de plata, dejadas por un español inmensamente rico, que las huestes de San Martín empujaron hacia España. ¡Segurísimo el tesoro!

¡Y qué cosas tan tristes se vieron! Ambiciosos desesperados que pagaban peones para cavar día y noche; pobres diablos que gastaban los sudados ahorros de cinco años; padres de familias que hacían proyectos conmovedores: comprar una casa en Miramar, junto a los baños, ¿no? Dotar la hija... ¡No más trabajo, ya! Y hablaban todos nerviosos, las manos temblonas, los ojos agrandados... ¡Y que se irritaban si se les contradecía!

¡Cómo, si hay datos seguros!

¡Segurísimos ya! Como que un mes después había un grupo de caras mohínas, un semicírculo de ojos lastimeros, alrededor de las excavaciones inmensas.

Las miradas de odio caían en las tenebrosas fauces de los hoyos solemnes. La sombra de abajo recibía inmutablemente las imprecaciones de arriba. También se había tragado inmutablemente la casita en Miramar (¿junto a la plaza, eh?), la dote de la pobre hija, los ocios de rentista, los futuros coches de paseo, los vengativos desprecios para el enemigo, los proyectos conmovedores, los sudados ahorros de cinco años, los ensueños de súbito crecimiento, las fantasmagóricas construcciones de pirotécnica imaginativa. Aquellas esperanzas que atravesaban

toda la vida futura al estruendo glorioso de los éxitos mundanos, entre el campanilleo inconcebible de los millones precipitados al mutismo de la indiferencia humana.

Y de todo aquel mundo de oro creado por el maravilloso ¡hágase! del ensueño no quedaban más que las bocas negras de las excavaciones y las carcajadas crueles de toda esa, muchedumbre que desfiló por aquellos días a lo largo de las obras fatales.

¡Dios mío! Los árboles inmóviles, las aguas malhumoradas del estero en crece, las rocas salvajes de los cerros vecinos debieron sentir estremecimiento de compasión cuando por la orilla del cauce volvieron los fracasados.

Iban con las cabezas inclinadas, mirando el agua... Mirando esa agua que andaba, corría, pasaba sin detenerse ante los paisajes tranquilos y las miserias de la orilla. Mirando esa corriente que se lleva aguas abajo el oro de sus lavaderos lejanos, los ranchos del campesino, los hijos del pobre, confundidos con los sueños idos de todos los ambiciosos que llevaron sus empresas descabelladas a las entrañas de la tierra.

Las ociosas bandas de pájaros debieron parar su vuelo para verlos pasar.

¡Chíu! ¡Chíu!

Y hasta la gentil "Laura" debió forzar sus calderas para escapar de aquellos suspiros que bajaban con el estero, de aquellas dolorosas miradas que se iban en el agua, de aquellas maldiciones que el eco solemne de los campos tranquilos repetía de cortijo en cortijo.

Sí que debió correr la gentil "Laura" a lo largo de la vía, mientras el gringo enhöllinado que es el señor de sus gracias mecánicas se afirmaba de codo en la ventanilla para contemplar ante el desmayamiento del crepúsculo la inmensa paz que parecía subir de la tierra hasta las misteriosas lejanías de la inmensidad.

II

LA CALLE DE VIANA

La hermosa María (que es tan testaruda como hermosa) ha discutido largamente, en esta mañana de primavera, la amenidad de las callejas viñamarinas. Ella está por la de Viana.

—¿Pues, qué? —diceme con toda la audacia de sus quince años—. ¿No están ahí los edificios más cucos?... ¿No viven en ésa las familias más respetables? Las Argandoña, las Varas, las...

Y sigue la graciosa enumeración.

Y la perdono, como buen admirador que he sido siempre de las cosas distinguidas y de los argumentos femeninos. Además, ¿se ha dado alguna vez el caso de una mujer hermosa que no esté en la razón?

Las mocitas como ella discuten de una manera indiscutible...

Cedámosle, pues, la razón, ya que ésta parece haber sido inventada para sacrificarse a la fuerza, ya resida ella en la autoridad de un funcionario, ya en la gracia nunca vencida de una mujer airosa.

...A lo largo de la vía ferroviaria que se prolonga cansadamente en dirección a los paisajes del Salto, la calle de Viana se recuesta como en una hamaca invisible bajo el profundo celeste del cielo viñamarino.

¡Tan triste!

Allá el cerro de las Colinas, casi pintarrajeado por construcciones de estilo moderno, por inmensos palacios que parecen erguirse con gravedad en el tranquilo sopor de la vida burguesa.

Acá la parroquia sencilla, cuya torre bondadosamente aldeana asoma su inocente blancura entre los pimientos copudos que bordan la línea. Aquí las aspas de los molinos chillones, las aspas siempre movidas por el viento (y también siempre manchadas por el infame aviso comercial: *Cucurull Hnos.*)...

Pesa sobre esta calle un silencio de montaña, que sólo turban el grito de un vendedor o los hastiados rezongos de las locomotoras viejas. Arboles aquí, pájaros allá. Gorgeos tristes, canturreos sencillos por sobre los ramajes donde los parleros poetas del campo vienen a cantar el dolor de esta naturaleza que se siente falsificada por construcciones de arquitectura fiduciaria y estilos bursátiles. Melancolías que llegan de no se sabe dónde a perfumar, con un tono agreste de apacibilidad campesina, las viviendas en que engordan los comerciantes de Valparaíso. Rumores de procedencia desconocida, hálitos de magnolias, alientos de clavel...

Las familias de estos comerciantes presentan a la mi-

rada del pasajero escenas exquisitas. Niños de rostros coloradotes que juegan, ayas de tocados europeos que se entretienen haciendo de madres, mozas que arrancan rosas para enviarlas al hombre amado.

Las rejas que separan estos jardines de la calle están casi siempre apretadas de enredaderas. Campanillas, madreselvas... Pero hay algunos claros por donde el pasajero curiosear la intimidad de esos ricos. A medias sí, porque las casas están generalmente a treinta o más metros de las veredas públicas.

Este divorcio entre las ventanas que eligen las señoras madres para leer novelas inglesas y el movimiento de esta calle sirve admirablemente para que se refugien en ella todos los infelices que por su exterioridad tienen algo que temer de las miradas ajenas.

Hombres sin ocupación, perros vagabundos, mercachifles arruinados, muchachos haraposos, empleadillos hambrientos, señoritas humildes, etc., todos se guarecen en el amistoso silencio de esta calle hospitalaria.

La calle de Valparaíso, con su tráfico de mujeres aristócratas (por dinero o por sangre), es terrible.

No siempre son buenos los ojos de largas pestañas que descubren en el traje de la señorita cursi detalles ridículos, infracciones a la moda, bullones mal adornados.

El cuello sucio de un caballero pobre es cuidadosamente lavado por la crítica. El vestón raído del joven cesante es remendado por el ojo alegre de la señorita pudiente.

Nada se escapa a esa inspección minuciosa que se pasea desde el sombrero al calzado.

De ahí que esta calle de Viana sea la protectora de los caídos.

La señorita de nariz chata no irá a la misa de diez si no lo hace al amparo de la silenciosa vía. Es la única donde esas pobres mujeres que nacen mal parecidas no pagan contribución de tráfico al buen humor de los críticos ambulantes. Es la única en que pasean su melancolía los cesantes de calzado silencioso, el estudiante de familia pobre, la señorita de medio pelo.

En las calles centrales se critica mucho, cuando no se desprecia todo.

Los que no habéis vivido la vida de los pueblos chicos,

no sabéis la bondad de estos refugios callejeros. ¡Ah! Si conociérais a Viña del Mar, con sus gringos aristócratas, sus caballos de fina sangre, sus árboles corregidos, su verdura de buen tono que vegeta en los jardines en forma de lira, de rombo o de triángulo.

La calle de Viana es buena. La aristocracia esa está muy adentro, con sus caballos, sus orgullos y sus millones, y se diría que un sentimiento cristiano esconde la suprema dicha de esos poderosos a los ojos de los infelices.

Es buena porque el aislamiento de sus grandes casas aleja el bullicio particular del tráfico casero en dirección a los últimos patios, lo que permite cierta libertad compasiva a los pobres diablos que se defienden en ella de miradas indiscretas y críticas hostiles.

Las viviendas, ennoblecidas por el silencio exterior, evocan el recuerdo de ciudades muertas, de pueblos abandonados muchos años ha...

Nadie parece vivir en ellas. De ahí que los traficantes haraposos miren a esta bondadosa calle con intimidación, pidiéndole de mañana en mañana un poquito de sol.

Sólo una que otra vez llega hasta las veredas el rumor de una charla, la risa con que se celebra un chiste desde el segundo patio. Entonces se siente afuera un vientecillo rabioso que parece hablar de las feroces desigualdades producidas por la civilización. Yo os quisiera pintar la tristeza estúpida que asombra algunas pupilas cuando la salida de una mujer elegante perfuma la calle. Los gestos se hacen agrios ante esos soplos de juventud, de carne y de vida. Todo eso demuestra con un lenguaje pecaminoso que adentro hay riquezas irritantes, mocedades que estallan, dichas no imaginadas.

¡Cuántos poemas biliosos de envidias y desesperanzas quedan a la espalda de una señora opulenta, seguida que es en su paso por perfumes de supremo artificio, por sugerencias aplastadoras y exuberancias indecibles!

Los carruajes suelen agravar esos estados de ánimo. Presencí en una tarde la partida de una victoria particular, en cuyos cojines se echó soberanamente una enorme mujer,

Había no muy distante unos cuantos obreros desocupados. Al trote violento de los caballos que partían, se levantó una polvareda que les azotó en el rostro como una

bofetada, envolviéndolos y cegándolos. Al través de esa nube de polvo divisé varios rostros estúpidos, de ojos inmóviles, con la repugnante estupidez de la humillación, mirando con sombría expresión de imbecilidad aquel viento todopoderoso de dicha que se iba como un relámpago, dejando en pos de sí una polvareda larga, violenta y brutal como un insulto...

Hay otras escenas de una tonalidad más sobria. Suelen verse a las doce del día.

El sol llena el suelo terroso de sombras minúsculas y los dedales de oro que florecen a montones sobre el terraplén de la línea salpican el paisaje de colores alegres.

Ahí está la mujer del guardián, que trae al infeliz el almuerzo humilde.

Sentados en el suelo, comen, conversan, ríen...

¿Os conmueve? Agradecedlo a la calle de Viana.

Lejos viene una señorita de modesto porte. Es la ayudante de la escuela pública, cuyo sueldo mantiene a toda una familia.

La calle de Viana sabe que el dinerillo no alcanza para trajes y se calla respetuosamente ante la mal confeccionada chaquetilla.

Más allá encontraréis a la señorita del telégrafo. La calle de Viana es su amiga a pesar de su boca desdentada, del andar sin gracia y del color acerado de las mejillas.

Tísicos que vienen a tomar el aire, estudiosos que leen a escondidas para impedir que se les tache de inútiles, madres que pasean al niño enfermo, guardianes idiotizados por el odio del pueblo, enamorados que se dicen ternezas a escondidas de la calle Valparaíso, vendedores que hacen la cuenta de sus andadas y angustiosos gritos, todos han tenido una hora de ensueño en la quietud de esta calle.

En ella se ven hombres sin hogar, que andan sin dirección conocida; pobres diablos que matan el tiempo en espera de nada...

En ella también hay tres o cuatro casas sin moradores, cuyos dueños santiaguinos no quieren arrendatarios que se las inutilizarían para los meses de verano...

¡Oh, la tristeza de estas viviendas sin moradores, cerca de las que rondan tantos moradores sin vivienda!...

¡Infelices! Por ahí pasan días enteros, días de inmo-

vilidad sobre una vereda, como árboles que germinaran frutos de tristeza bajo el cariñoso riego del egoísmo humano.

No todo es triste, sin embargo. En la tarde suele pasar un tren de carga que bufa como un toro herido...

Su aliento malhumorado perfora el aire con traqueos cascajosos y sus ruedas relampagueantes soplan furiosamente en la vía.

Los pájaros se asustan, los árboles tiritan.

En los carros sólo entrevistos al paso del tren, asoman sus cabezas estúpidas los animales que el comerciante del Puerto envía al caballero gordo de Santiago. Un viento de tempestad borra las líneas.

Y encima van los palanqueros.

De pie sobre la techumbre de los carros tempestuosos agigantan la grandiosidad del paisaje en la vertiginosa rapidez con que pasan sus siluetas ennegrecidas, llevando en la diestra la doble banderilla de semáforo.

Parecen los soberanos del viento o los reyes del paisaje.

Ahora, venid en la tarde. Los alambres del telégrafo son arañados dulcemente por el viento del mar, que les arranca cierta lamentación humilde y dulzona. Una tristeza apacible se escapa de ese rumoreo siempre monótono, que acaba por penetrar al espíritu hondamente para turbar el sueño de las angustias dormidas en el lamentable hacinamiento de los años. Es una armonía íntima, una confidencia en música que persiste en el oído, que se insinúa con incansable desgarramiento.

Solos, abatidos, los infelices a quienes sorprende en la calle de Viana la tragedia incomprensible del crepúsculo, se arrastran escuchando... ¿Es que entienden el lenguaje misterioso del vientecillo que llora en los alambres?

Apagados por el comienzo de la noche, sólo dejan ver los contornos de sus figuras, el bosquejo rápido, las siluetas errantes...

Parecería que sus cuerpos desgarrados hubieran ido de la calle, dejando las odiosas sombras en la vereda.

Ya viene la noche sobre la ciudad. En los lagunotes de agua que dejara el riego de la tarde, asoma sigilosamente la luz de alguna estrellita que parece compadecer a los pobres.

Aún me acuerdo de aquella noche en que conocí al pobre Marusiña.

Fue en un endiablado centro de bailes nocturnos, adonde solía llegar algunas veces en la amable compañía de tres o cuatro muchachos tunantones.

Se bailaba con señoritas obreras; se hacían peroratas enternecidas sobre la fraternidad de las clases trabajadoras; se improvisaban discursos líricos sobre los encantos de la mujer, interrumpiéndose muchas veces en períodos llorones y trozos patéticos para pagar la cuenta del consumo al mozo de la cantina.

Y entre este barullo de copas, frases sentimentales, declamaciones emocionantes y arrumacos alcohólicos, el pobre Marusiña bailaba como un desesperado o hacía el reemplazo de un orador inasistente, cantando a la reunión una canción de zarzuela chica que empezaba:

*La marusiña
con el marusiño...*

Aquello era encantador. Su boca descomunal de muchacho glotón se entreabría cariñosamente en gestos de suprema bondad, mientras sus ojos un poquillo lánguidos empezaban una risa bobalicona que concluía por alegrar del todo a los afiebrados bailarines.

¿Encontrábanle gracioso? Difícilmente se hubiera podido saber. Además, eso no le importaba mucho, arrebatado como se hallaba siempre por el propósito de ser útil a los semejantes, sirviéndoles siquiera de chunga.

Su figura era de lo más estrafalaria. Una cabeza descomunal: ancha, testaruda y original. Un gesto de niño bueno, una risa espontánea. Todo esto sobre un cuerpo flacucho de piernas enclenques, cuyos despaturrados ángulos hacían caracoles caprichosos en los requiebros y vueltas de una mazurca, una polca o un vals. ¡Y el chaqué! Cinco años que se agazapaba sobre las espaldas de Marusiña, que, a decir verdad, eran lo único robusto en aquel conjunto de debilidades; cinco años que habían acumulado mugre, verdor y grasa sobre el invisible cuello, a la sazón acribillado por costurones de hilo blanco...

¡Oh lá catadura caricaturesca de Marusiña!

Se pirraba por decir muchas cosas, casi siempre bellas. Gustaba de leer versos, de hacer frases entusiastas, de alabar a los que estaban con él. Sí, elogiar, encontrar buena la humanidad y hermosa la vida. Reír para todos, gastar para los amigos, sacrificarse para los demás.

Los discursos de fraternidad le hacían llorar de alegría, como si esas promesas de perdurable amistad hubieran respondido a una vieja aspiración de amor universal que arrastraba desde antes que naciera.

Obraba por impulsos, sin el más leve temor por el decir de los otros, absolutamente convencido de que todos le amaban así como él los amaba a todos...

¿Se quería bailar? Pues, se bailaba. ¿Se necesitaba reír? Pues, se reía. ¿Se quería beber? Pues, se bebía...

A la sazón le había entrado por bailar con una señora gorda. Por supuesto que la halló inmediatamente. Al ver su alegría generosa, que estaba siempre en la tarea apresurada de encender alegrías ajenas, nadie se negaba.

Luego era tan sabroso verle hacer piruetas con sus flacuchentas extremidades de pidén gracioso.

La cueca de Marusiña fue una cosa estupenda. Aquel caballero aflautado que se deshacía junto a la complaciente señorona era cosa nunca vista. Se les comparaba a los siete años de abundancia y a los siete años de escasez... Se reía de su zapateadura endiablada, hasta vaciar el estómago. Se hacían ovaciones a su chaqué ruinoso, por uno de cuyos faldones asomaba un formidable pañuelo de hierbas.

Aquello era una interminable carcajada de cien gargantas enronquecidas por el polvo del baile, por los discursos de fraternidad y por la cerveza que parecía bajar como de un torrente desbordado sobre el mostrador de la cantina.

La cueca no concluía jamás. Dieron las doce; luego la una, las dos, las tres...

El baile seguía, los discursos se reemplazaban nutridamente, los galanteos eran más amorosos que nunca. Se había abierto el chorro en el alma de cada uno a las incontenibles cañerías del sentimentalismo.

Y en medio de la algazara general, Marusiña se deshacía en requiebros, exclamaciones, gritos, risas, gestos. Aquel rostro ancho de muchacho bueno parecía hacer cosquillas en el ánimo de las mujeres.

Por supuesto que aquello concluyó por entusiasmar me. Tentado por Marusiña y su júbilo contagioso, me eché en brazos de una joven obrera, con quien me perdí en una de requiebros, promesas y juramentos. Fue una embriaguez de alegría, cuya imposición nadie pudo eludir y que concluyó por anegarnos en dicha.

En aquella noche no pude hacer más observaciones. Sólo recuerdo que entre el arrebatado del bullicio fermentaba en mí una colosal gratitud por ese muchacho, cuya sola ingenuidad (pues que no era gracioso, sino entusiasta) tenía la virtud de hacer siquiera momentáneamente la felicidad de todos.

Fue así como conocí al pobre Marusiña, muchacho bueno si los hay en la vida.

¡Cuánto me hizo sufrir su virtud! Las pocas veces que lo encontré en mi camino fue para conocer alguna pellejería suya.

Una de estas veces lo hallé empeñado en preparar "una gran fiesta patriótica" para los vecinos del cerro Cordillera.

Era miembro del comité organizador, y hacía una semana que no iba a la ocupación por trabajar en los preparativos de la famosa fiesta. Era una gloria para los habitantes del cerro, toda gente pobre, olvidada que había estado siempre por esa señora Municipalidad, que sólo hace fiestas para los ricos...

Ya se había acercado a los diarios. Los cronistas eran muy buena gente, sin duda. (No olvidéis que para el pobre Marusiña todos los hombres eran buenas gentes)... Gracias a un poco de trabajo, habría hasta fuegos artificiales para los pobres y muchos juegos para los niños. ¡Cómo iban a gozar esos pobres chicos!

De improviso se interrumpió para entrar a una cantina!

—¡Vamos, hombre! Una copa solamente...

Acepté aquella copa por complacerle. Solamente que entre confesión y confesión acabó por contarme sus actuales penurias. Había perdido su ocupación por servir a los vecinos del cerro Cordillera. ¡Qué importaba! Mientras se tuvieran entrañas, lo principal era servir a los pobres. Se habían ido algunos dineros en gastos y actualmente el dueño de la pensión se negaba a entregarle la cama. Dormía en los bancos de la Plaza Victoria y almor-

zaba con los amigos. En cambio, los niños del cerro Cordillera iban a tener hermosas entretenciones para los bellos días de la patria.

Acabé por acribillarle a consejos. ¿Era posible así descuidar nuestra propia vida en beneficio de los demás? ¿Era siquiera vecinado de aquel cerro? Concluía por cargar esa abnegación incondicional. La vida era así y los hombres debían ser asá.

Se rió escandalosamente de mí con su gran boca de muchacho glotón; me trató de egoísta y concluyó por negarse terminantemente a aceptar que yo pagara la copa.

Un año estuvo sin cama. Y no es que ella aún permaneciera retenida por "aquel buen hombre". Se la habíamos rescatado por tres veces a punta de subscripciones. Pero él la volvía a empeñar, para los gastos de no sé cuántos "reos inocentes", cuyo indulto acababa por conseguir a fuerza de majaderías.

Un año sin cama, con sus correspondientes noches al aire libre y su cortejo de días en blanco (así llamaba a los endiablados días en que no le convidaban a comer); un año de trajines mal recompensados por gente desagradecida no le curaron. Un día de tantos conoció a un tal Mundt, que se las daba de librepensador en propaganda viajera: sablista, borracho y sinvergüenza, según la biografía de otros. La misma tarde en que Marusiña estrechó su mano de amigo y en que se hicieron brindis de fraternidad sobre el mostrador de una taberna, Marusiña supo que el librepensador en propaganda viajera no tenía alojamiento ni dinero con qué procurárselo. ¿Era posible eso? Marusiña acabó por hablar pestes del orden social, causa de que los pícaros engordaran a razón de dos kilos diarios, mientras los hombres de pensamiento se estaban bonitamente al sereno. Eso no podía permitirse. El tampoco tenía actualmente alojamiento, pero un amigo suyo se lo daba. Participarían, pues, de la cama aquella mientras permaneciera en viaje de propaganda.

¡Infeliz! El amigo suyo no lo era tanto que pudiera permitir tales cosas. Aquella misma noche puso a los dos de patitas en la calle...

Así terminaban sus sacrificios. El Comité Patriótico del cerro Cordillera le había expulsado ignominiosamente de su seno por consideraciones de economía. Aquel individuo de sesos nunca vistos (textualmente) se enredaba

en maquinaciones estrafalarias para conseguir de los socios que los fondos no se fueran obligadamente en fiestas públicas y se destinaran a la fundación de un dispensario para enfermos pobres. Lo que había de grave es que Marusiña acababa por conseguir estas cosas de caridad pública, que, indudablemente, no correspondían a comités patrióticos... Tanto majadereaba.

Así y todo, seguía sosteniendo que los tales del comité patriótico eran personas buenas. Unicamente que no le entendían...

A decir verdad, no era cosa muy sencilla aquello de entenderle, cuando ni él mismo lo consiguió jamás.

Se aficionaba por aquel tiempo a reflexiones muy serias. Al fin y al cabo, aquello de comités patrióticos no era una cosa decente para estos tiempos en que había tantos desgraciados. El ideal verdaderamente humanitario era la anarquía. Igualar la riqueza de todos; suprimir la circulación del dinero; hacer de la humanidad una gran familia en que no hubiera tuyo ni mío.

Llevado por teorías de esta especie, acabó por hacerse un propagandista libertario, como decía seriamente. Entonces desaparecía su sonrisa bobalicona de pobre diablo, se ennoblecía su gesto de bonhomía y las ideas de regeneración social brotaban a borbollones de su enorme boca de chiquillo hambriento.

Y como si la bondad de aquellas ideas estimulara sus formidables mandíbulas de gastrónomo, concluía por hablar a dentelladas, mascando sus argumentos de revolucionario, paladeando el sabor amargo de sus frases ardientes, prolongando si era posible sus terribles mascadas de filosofía libertaria, sus mordiscos feroces al capital explotador, al lujo desenfrenado de los burgueses, a las mujeres de ancas descomunales y vestiduras exorbitantes...

Por supuesto que sus oyentes le pullaban. Era atrozmente gracioso eso de oír peroratas humanitarias en los labios grasosos de aquel muchacho sin cabeza (pues que nunca tuvo más que corazón). Sin embargo, el grito de anarquía no era del todo chusco en su boca. Su hambre nunca saciada, su nariz abierta a los olores de la lujuria, la expresión de esperanza de sus ojos adormilados, prestaban a sus prédicas anárquicas de apóstol callejero una melancolía de sacrificio, cierta tristeza de raza que parecía llorar por todos los dolores de la humanidad.

Buscaba los hombres de abajo, los obreros de manos encallecidas. Se engolfaba con ellos en interminables disertaciones sobre el capital y el trabajo, sosteniendo que había llegado la hora de reivindicar todos los derechos.

Concluía por pagar las copas e irse por las calles del puerto hasta horas imposibles de la noche. Y cuando el aire frío de la madrugada refrescaba sus ardores de regenerador, lanzaba al aire su famoso estribillo, mientras las estrellas le hacían cariñosas señales desde la profundidad del cielo:

*La marusiña
con el marusiño...*

Pero todas estas luchas revolucionarias a que le conducía su inmenso amor por los semejantes acababan por costarle nuevas amargas.

Se corría entre los obreros que el individuo aquel era un agente pagado por la Sección de Seguridad para sorprender los movimientos de emancipación de las clases trabajadoras. Se le miraba con desconfianza; se le hacían indirectas mal intencionadas. Hasta se hablaba de darle una fenomenal paliza. Acaso así entendieran los rufianes de la pesquisa que aquello de espiar a los hombres de trabajo no era broma.

Se la dieron, efectivamente. Una paliza de encrucijada que se paseó a lo largo de sus costillas durante una hora, y que concluyó por dejar al pobre como un santo Cristo.

Una noche me detuvo para contarme estas pellejerías.

Ni siquiera entre los más humildes encontraba ese amor que él tenía por todos. En cambio, algunos audaces se hacían llamar defensores del pueblo con la mañosa esperanza de ser elegidos municipales. A la sazón engordaban como unos cerdos. Y a él, que no les pedía nada, que se lo daba todo: pan, cariño, fraternidad, etc., sólo le daban como recompensa hostilidades, calumnias y palizas. ¿Espía él? Vivía en perpetuo olvido de sí mismo; amaba a los hombres como si hubieran salido todos de un solo vientre. Imitando al célebre personaje antiguo, él deseaba que todos sus hermanos de la tierra no tuvieran más que un estómago. Se los llenaría de una sola panzada.

Concluía por llorar de pena ante la ingratitud de los obreros.

Y en aquella noche llena de melancolía que se espezaba bajo una luna triste de primavera, sus ojos largos dejaban caer inmensos lagrimones que se me figuraban diamantes escapados de su alma purísima, inagotable mina que era de purezas humanitarias y melancolías cristianas.

Por aquellos días, precisamente, Marusiña se dedicaba al periodismo, sirviendo en calidad de reportero a un diario defensor de las clases trabajadoras. Estaba a mérito, "mientras tanto", y desempeñaba su cometido a las mil maravillas.

Porque era curioso. Para servir las ocupaciones en que ganaba el pan era indolente, torpe y descuidado. Le cargaba aquella prosa de cambiar esfuerzos por billetes sucios.... Para servir a mérito era, en cambio, entusiasta, tesonero e incansable. Encantaba su actividad.

Pues bien. Dos meses que sirvió en aquel diario le hubieran dado derecho a un sueldecillo o una recompensa en forma práctica.

Se la dieron, en efecto. Un día asistió a una fiesta de obreros en representación del diario. Tomó apuntes, hizo una crónica de la fiesta y hasta un discurso por el amor universal, su tema favorito. Al día siguiente leía yo una extensa relación de la fiesta, precisamente la que él había confeccionado. Sólo que a la conclusión venía este párrafo:

"Tenemos sí que lamentar una nota desagradable en esta fiesta. Un señor Fulano de Tal, conocido con el apodo de Marusiña, se permitió declararse representante de esta hoja y hablar en nombre de ella, cuando en realidad no pasa de ser un sinvergüenza"...

Algunos meses más tarde leí en otro diario de Valparaíso una invitación a un *meeting*. Se trataba de conseguir el indulto de un reo condenado a muerte por violación y homicidio. Había empeño entre la juventud por alcanzarlo, y aquello resultaba.

Asistí al *meeting* esa noche. Los discursos eran conmovedores a propósito del reo: un inocente que lloraba ante la perspectiva de abandonar a su madre en mitad de la vida, cuando la muerte, las enfermedades y la miseria merodeaban en torno de ella. Se agregaban escenas horribles, en que el reo aparecía de hinojos pidiendo a

Dios la vida, solamente para evitar a la anciana el inmenso dolor de ver a su hijo afrentado. Algunos lloraban.

Yo también hube de caer en el lloriqueo. Pero, a la verdad, no era tanto porque me impresionara el reo y su próxima ejecución.

Lloraba por Marusiña, uno de cuyos lances me contaron esa noche. La idea de hacer un *meeting* había sido suya. Había abandonado otra nueva ocupación, conseguida por sus amigos, para trabajar durante un mes por el indulto de Robles. Rogó, suplicó, entusiasmó... A la sazón había empeñado por vigésima vez la cama para costear los gastos del *meeting*. Estaba en medio de un grupo hablando de perdón, de humanidad, de abnegación... Aquellas palabras parecían haber sido creadas para sus labios de niño bueno, incorregible en su virtud. Habían llegado hasta su corazón y no debían soltarle jamás.

¿Se quedaba sin pan? ¡Eso no importaba! Lo principal era la vida de los infelices. El mañana era mañana, según sus teorías, y el hoy era hoy. Indecencia era pensar en la comida, cuando había otros que iban a perder la cabeza...

Desde entonces nunca más volví a verle.

Un diario de hoy trae un párrafo de crónica sumamente sencillo. Se trata de un vagabundo, conocido con el apodo de Marusiña, joven al parecer y de malas trazas, fallecido repentinamente en la calle de la Victoria. ¡El médico que verificó la autopsia declara que el occiso ha muerto de hambre!...

AQUELLA TARDECITA HELADA

Iba con mi amigote Federico, tenedor de libros de la Casa X Hermanos. Hablábamos de la vida y decíamos que era buena.

Cierto que lo estaba aquel día. Cierto que inspiraba donosuras de pensamiento aquella estación floreada de árboles corpulentos y escenas ruidosas.

Unidos en esa amigable cordialidad de los brazos enlazados, andábamos lentamente, mirando con amor las cosas que parecían entregarse a nuestra observación. Ciertamente que la vida era buena aquel día.

El viejo edificio de la Estación se alargaba como em-

pezando un abrazo a las múltiples escenas que se reemplazaban incansablemente en el bullicio de los trajines diarios. Los gritos de los vendedores eran amables, y su monotonía era simpática, en la tranquila serenidad de las cosas vulgares.

Caían las primeras hojas miserables de los altos acacios que obscurecen las avenidas. Los perros vagos hacían aparecer las miserias de los tiempos fríos husmeando el suelo en interminables jornadas, mientras que un otoño prematuro invadía la gloria del verano con no sé qué incomprendible tristeza.

¡Ah, qué buena la vida de aquella tardecita helada!

Rato hacía que Federico canturreaba este estribillo filosófico a la conclusión de cada comentario. Hallaba buena la vida y se interrumpía bruscamente para contemplar con miradas tranquilas las locomotoras que pasaban a escape por la línea.

Aquella, "Centinela"; esta otra, "Los Loros"; precisamente el maquinista de ésta le hacía mucha gracia: un gordo de muchísimo buen humor, que no perdía oportunidad de echar chistes a lo largo de su conversación enmarañada de refranes y aforismos perogrullescos. También conocía a la "Santa Juana", una vieja máquina que pasaba meses enteros en la Maestranza, reponiéndose de las pellejerías del trabajo: una válvula averiada, un caldero raído, un eje partido en mitad de una carrera desesperada por la pintoresca vía ferroviaria, que se hunde entre cordones de casas alegres, hasta perderse en la premeditada curva de Miraflores.

¡Y cuántas más! Todas ellas eran sus amigas. Sabía sus crímenes (perpetrados santamente), sus debilidades incurables, sus viejas heridas de trabajadoras cansadas. Y en aquella tardecita helada de otoño prematuro, él me hablaba de todas, mientras íbamos allegando nuestros pasos a los ruidosos grupos que pintaban sus movimientos entre los árboles enjutos.

Mujeres de siluetas desentonadas con sus escuálidos primogénitos de la mano iban como arrastradas por la fatiga, desordenando sus pasos deschavetados bajo las corpulentas acacias de hojas temblonas. Más lejos, los cargadores encorvados con equipajes de gran peso; ruidos de carretones llenos, crujimientos de vehículos viejos, quejas

de carga. Allá, un corredor de cigarrillos que tomaba asiento en los bancos tierrosos para hacer apuntes en una libreta rota. Cerca, un viejo miserable, con las manos aplastadas bajo las piernas enclenques, parecía mirar el movimiento cansado de toda esa muchedumbre que hacía sus labores con ademanes tardos, como si les pesara el cansancio de la brega.

Federico se sentía feliz. En verdad que tenía sus razones.

La Casa X Hermanos era buena y le daba un sueldo subido que le permitía encontrar la bondad de su situación ante esos trajes raídos y esas miradas largas.

¡Ah, qué buena la vida en aquella tardecita helada!

Llegaba un tren del puerto. En ese instante pasó a nuestro lado un suplementero de alegre facha.

—¡“Mercurio”!...

Ciertamente. Federico recordó su interesante guerra del Asia, que por entonces afiebraba la atención del público. Llamó al muchacho y le entregó en silencio una moneda de cincuenta centavos; el chico dio un “Mercurio”, mientras hundía las manos en los bolsillos buscando las monedas de cambio. Luego dijo, malhumorado:

—No tengo sencillo, patrón; ni un cinco siquiera.

—¿No tienes? Pues entonces a la suerte. Si me ganas te pagas de un diez; si no, pierdes “El Mercurio”.

El muchacho pensó un momento.

—Bueno —dijo—. Tírela usted...

—¿Cara o sello?

—¡Cara!

La moneda subió dando volteretas en una ascensión tranquila. Arriba topó en la rama de un árbol, que con el choque soltó una hoja al suelo. Luego cayó de golpe. Abajo hizo un cantito metálico que se replicó en un rebote.

—¡Sello!

El muchacho hizo una mueca de indiferencia y se alejó silbando un pasodoble muy en boga por aquellos días.

Los harapos colgantes de sus mangas viejas se entregaban a las caricias de un viento benigno, y las greñas del cabello sucio descendían por las manchas grasientas de la chaquetilla. La tranquila miseria del muchacho se perdía entre los corrillos de pasajeros en su involuntaria

indiferencia. Tal vez el niño no había pensado jamás en ella.

De pronto Federico tuvo un movimiento. Quería llamar al muchacho. ¿Para qué ser crueles? Tal vez el chico necesitaría esos centavos más que nosotros, siquiera para darse el placer de jugarlos.

Federico hizo un silbido fuerte. El muchacho volvió.

—¿Qué hay, patrón? ¿Me quiere ganar otro diario?

—No, chico. Es para darte el diez. Haz cuenta que yo lo haya perdido.

El suplementero soltó una risa de gusto y se alejó tarareando el mismo pasodoble callejero, indiferente a la generosidad de Federico tanto como a su miseria.

Seguíamos vagando bajo los árboles friolentos. El benefactor apoyaba su brazo sobre el mío, en su actitud de filántropo satisfecho. La bruma empezaba a borrar su silueta.

En verdad, no leía mucho ni poco aquellos telegramas. Le roía por dentro la vanidad de su obra cristiana y se sentía feliz. Verdad que aumenta la satisfacción de vivir en el convencimiento de que se es bueno.

—¿No es natural? El muchacho es más desgraciado que nosotros y, seguramente, le hará falta ese cinco. Si todos los felices fueran como nosotros, los pobres serían más fuertes en la vida.

Seguía el movimiento de la estación, aunque más débil ya. Pasó un tren en que volvían los peones de la línea. Los carros eran planos, y en ellos iban muchos hombres de rostros amoratados, que miraban como en sueño el aspecto suntuoso de los edificios vecinos. ¡Cuánta dicha habría adentro! Al frente de nosotros, el mozo del jefe barría cansadamente la oficina. Subía una oleada de polvo que hacía ondear en los aires inmensas nubes de tierra fina. La mugre de los objetos llenaba la anchura de la estación con pegajoso vaho de podredumbre, que parecía arrancar de las veredas hastiadoras en el aburrimiento de los trajines ordinarios. Pasaban algunos domésticos con paquetes de diversos tamaños; sus movimientos no eran graciosos, y en ellos se reemplazaban los ademanes descuidados que son propios de los sirvientes.

Federico seguía mirando. Una profunda compasión por los desgraciados lo hacía suyo. El era joven, y, por consi-

guiente, fuerte. La Casa X Hermanos también era justiciera... ¡Ah, sí! Su pan de dicha era generoso.

¡Qué buena la vida en aquella tardecita helada!

Y todos los días, cuando solía divisar al suplementero, era lo mismo. La alegría de vivir se apropiaba de sus palabras. Volvía la compasión por toda esa gente desgraciada que llenaba la estación en los días de trabajo, haciendo la múltiple labor diaria. Gente campesina, obreras de las fábricas, mozos con el abrigo de los amos, cargadores encorvados bajo los grandes bultos, vendedores de frutas embutidos en sombreros arrugados y chaquetas sucias, peones que volvían en carros lastreros de sus obras lejanas, viejos de caras fastidiosas mirando la belleza de las cosas que parecía entregarse a los hombres más jóvenes. Y siempre aquella complacencia de ser bueno con los más infelices, que lo hacía suyo en la tarde aquella.

Sólo que no pasaban de cosas mentirosas las compasivas reflexiones del bueno de Federico, ahora ex tenedor de libros de la Casa X Hermanos.

Sólo que no pasaban de mentiras malvadas, ¡muy malvadas!, pues cuando en los siguientes meses de cesantía vagaba por el pueblo, muerto de hambre, solía encontrar al mismo suplementero, tan pobre, tan sucio como antes. Casi siempre estaba entre un grupo de compañeros, sentado a pleno suelo, siempre con el cuerpo atiborrado de golosinas sucias y la cara gordinflona a reventar de risa. ¿Por qué afligirse? Su traje era el mismo, cómodo, pues que jamás se lo quitaba; su calle era la misma, cariñosa y ancha, con los rapaces que no desean más que comidas burdas y chuscadas fuertes.

Y recordaba que él había compadecido a aquel muchacho. ¡El! ¡El pobre diablo, colgado de la eventualidad, expuesto a la maldad de la vida, mucho más que esos suplementeros! Y recordaba esa tarde de un otoño prematuro, en que todos eran poco felices a su lado.

¡Ah, qué buena la vida en aquella tardecita helada!

EL NIÑO DIABLO

Si os agrada, conversaremos esta tarde sobre este simpático tipo del pueblo, muchachón endemoniado si los hay, vigoroso de puños y ágil de palabra.

Por supuesto que este niño diablo no tiene nada de común con las clases trabajadoras, ni con sus lucubraciones afiebradas sobre el capital y el trabajo. Ni con la abolición de los privilegios, ni con las sociedades de resistencia.

Maestro insuperable en el arte de vivir, él se reirá en vuestras barbas de todos los principios igualitarios, empezando por esta confidencia, que es rotunda: él prefiere una cazuela de ave con aliños picantes a una doctrina tan poco substanciosa como la del socialismo, y un valdiviano con huevos, a la democracia.

Verdad que algunas veces parecería profundamente convencido; pero es sólo apariencia. A vuestra salida os enseñará un decímetro de lengua, muerto de risa por el candor de vuestras sociologías...

Todas esas cosas, según él, concluyen en la cárcel. ¿Y para qué? ¿Para obtener las ocho horas de trabajo? No pierdan cuidado, que él se basta para cuidar sus pulmones.

Efectivamente. El niño diablo no es hombre que encañee sus manos en un oficio. Las tareas pesadas le son antipáticas hasta el extremo de considerarlas patrimonio de tontos. Solamente uno que otro aprende el oficio de zapatero a razón de tres días por semana de trabajo... Pero conste que nunca pasa de aprendiz.

Despojado de amor propio, libre en la suprema libertad del que no tiene ambiciones, ni esperanzas, ni ensueños, se gana su comida descansadamente lustrando calzado en los paseos públicos, cobrando buenas propinas como criado de restaurante o limpiando los bolsillos del prójimo en las apreturas de cualquiera fiesta pública que aglomere masas de gente entusiasmada.

No tendría razón para agitarse en vano. Obligaciones no tiene ninguna, pues su querida es casi siempre una sirvienta de casa rica a quien obliga al desvalijamiento de sus patrones. Suele irse con ella de remolienda y obsesquiarla con mojicones a la postre de una cueca arrebatadora.

De ahí su famosa sentencia sobre la lucha de clases: "Hay dos en esta vida: la que paga el pato y la que se lo come". El pertenece a la segunda...

Trabajar de seis a seis, satisfacción del deber cumplido, callosidades honrosas, sudores regenerantes, etc., son cosas

esas que, según la robusta frase de su estilo, ya los tienen barbones...

(Parecen resumir en esta figura la significación de aburrido, viejo y estúpido. Estar barbones de sufrir una cosa es el grado último e insuperable de la paciencia y de la estupidez.)

Para abarcar en una frase la tonalidad sintética de su carácter encuentro ésta: Es tan pícaro como su sombrero...

Según el gusto suyo, debe ir siempre a los ojos. El no sabe por qué, pero lo siente. Acaso así encuentra el tono de su socarronería audaz.

En efecto. Nada más picaresco, nada más ladino que ese sombrero de alas un tanto grandes, caído al sesgo sobre el ojo con intencionada malicia. Toda la canallería de su modo, toda la gracia de su genio parece agazaparse en los pliegues del ala que obscurece su cara misteriosa de pájaro rapiñero.

Refugiados bajo ella, los ojos del niño diablo empiezan relampagueos salvajes de ironía y gestos endiablados de muchacho cazurro, ladino y burlón.

La mirada de reojo parece tantear la presa en los bolsillos ajenos; la sonrisa incipiente se clava en el desconocido que pasa, buscando el detalle ridículo en que ha de colgar una ocurrencia grosera o un dicho brutal.

Se diría que en el desorden de las alas sesguicaídas se agazapan mañosamente todos los geniecillos de la astucia, entre bailoteos estrafalarios e inconcebibles contorsiones de gracia.

El ideal inconsciente del niño diablo parece ser uno bien noble: vivir.

Son sus complementos indispensables la cocinería, el plato substancioso, el buen vino. Tener dinero para gastarlo con amigos, ir al circo, reír con las gracias del *clown* Seyssel, aplastar a medio mundo con una palabrota de efecto chusco.

De aquí se deduce que no es politiquero ni religioso.

Si es ciudadano, vende sencillamente su voto en diez o más pesos, que se gasta en la misma noche. En cuanto a religión, no ha ido a la iglesia más que una sola vez cuando niño, precisamente en la capilla de la cárcel... O bien en una corrida de ejercicios espirituales en que mató el hastío de vivir, después de haber gastado en una

semana íntegra de juerga los doscientos pesos que se ganara al monte.

En cuanto a su modo de vestir, es una herencia de raza, como que es solamente un resumen menos violento de los gustos que son familiares al chulo español.

Le agrada el pantalón bombacho: anchísimo de muslo y estrecho de tobillos. Chaqueta corta y sombrero *aniñado*, que dice él. Zapatos de tacones altos y de punta fina.

El niño diablo es el enemigo más empecinado de nuestro futre. (Y a este propósito, no estará mal una palabra sobre el futre de Chile, personaje desgraciado si los hay, que con ser virtuoso en familia y valiente para la lucha, arrastra sus descabelladas aspiraciones entre la hostilidad sardónica de los pobres y el desprecio sistemático de los aristócratas. Es el resumen conmovedor del martirio en que hace su vida la clase media en la persecución desesperada de todas esas glorias que da el dinero. ¡Ah los ojos de pupilas ambiciosas donde parecen llorar las esperanzas acuchilladas y los ensueños moribundos!)

El cesante de rostro paliducho oirá siempre una palabra cruel al paso del niño diablo. Según éste, los futres andan siempre con los pies helados... (Expresión que significa ir sin un cinco en las faltriqueras y sin un bocado en el estómago.)

Y si el pobre cesante se permite en revancha un depreciativo ¡roto!, no será cosa difícil que aquél le propine un par de mojicones, amenazándole con hacerlo sudar...

El caballero que resbala al subir un tranvía le hace reír escandalosamente.

—Se cavó el patrón... ¡Venga p'acá pa pararlo!

Es el mismo que interrumpe la grandilocuencia de un agitador populachero con aquella frase aplastadora:

—Ta bien, pues, ño Simón.

Expresión soberana en que descubre su desprecio por los ensueños políticos, su concepción de la debilidad humana y su desconfianza instintiva por todo lo que no se manifieste en bocado inmediato. Parecería que su buen humor estuviera en las profundidades del estómago, en la pasmosa fabricación de frases insolentes por su gracia, de conceptos grasosos a fuerza de prácticos, de blasfemias humorísticas para todas las abstracciones del espíritu, para todas las intangibles recreaciones del pensamiento.

Nada se escapa a la profanación de su gracia. El sacer-

dote de pupilas castas, el pastor evangélico, el joven de chaqué verdoso, la niña de rostro pintado, la vieja de tocado cuidadoso, el galán que corteja a pleno sol, la conductora de uñas exorbitantes..., todos se verán corregidos, retocados y arremetidos por su implacable buen humor.

A este propósito es oportuno intercalar alguna de las estrofas en que vacía su humorismo grosero de bufón popular.

Recuerdo una que oí al niño diablo en cierta fonda de Santiago. Llegaba con intenciones sencillas de bailar su cueca. Y como no encontrara una sola niña en punto de baile, solicitó cachazudamente a la más vieja de las cantoras, murmurando entre mohíno y alegre:

*Dicen que de espanto muere
aquel que visiones ve:
yo vi una vieja bailando;
no sé si me moriré...*

Alegaba fatalidad hereditaria en aquello de llegar siempre tarde a una fiesta; pero lo sostenía de un modo tan pícaro, que en esa misma confesión había alarde de buena suerte...

*Mi caballo se ha perdido;
mi suegra, por cierto, no;
mi mujer se fue con otro...
¡Ave María, por Dios!*

El niño diablo es el autor de esa estrofa en que se alude a las veleidades femeninas con la sesuda exposición de aquella historia:

*Yo llevé un amigo a casa
de la joven que yo amaba:
primero yo lo llevé
y después él me llevaba...*

"Manda fuerza" es una expresión del niño diablo. El que manda fuerza es para él un hombre habiloso para todo: fuerte, audaz y canalla. También manda fuerza el que tiene más de lo que debe tener: un trabajador con reloj de

oro, una conductora de físico agradable, un borrachón con aficiones al agua...

Manda fuerza el hombre capaz de abrir un abdomen a puñaladas; el que se levanta una cartera maestramente, al ligerísimo roce de un señor que pasa; la mocetona de ancas descomunales, cuyos robustos pechos pudieran ser la alimentación de cincuenta hijos... Manda fuerza la manceba impetuosa que sacia a su hombre, que le mantiene halagadoramente, que hace por su cuenta la engorda del querido, arrastrándose a lo largo de las tiendas centrales con el objeto de comprar unas sedas que no encuentra legítimas... (Pero que escamotea.) Manda fuerza el hombronazo cuya especialidad es la muy peregrina de aporrear guardianes... (Tundas que no son tales tundas, si no acababan todas con las tradicionales patadas en la cabeza... Recuerdo para la familia, como dice él.) Y, en general, todo el que vive para su estómago, sin preocupaciones antipáticas de comercio ni emulaciones económicas.

Evidentemente que estas comodidades subentienden la carencia de peligro. Por esta razón el niño diablo no es jamás forajido de asalto. Aquello tiene un inconveniente: el de llevarle *a casa* por cinco años...

El niño diablo es el hombre más libre. Su acción no reconoce moralidad: se mofa concienzudamente de ella. De este modo su voluntad de hacer empieza en el gusto propio y concluye donde la ley prohíbe. Por supuesto que si puede burlar la ley, se ríe tanto de ella como de los futres.

Se embriaga porque un artículo de la Ley de Alcoholes lo prohíbe; atraviesa mitad por mitad un jardín público precisamente porque un rótulo municipal encarga *no pisar las plantas ni las flores...*; pega una tunda a un guardián de calle atravesada por aquello de ser representante de la autoridad y guardador de las leyes.

Acaba por ser graciosa su manía de quitar el bulto a todas las leyes imaginables. En las fiestas públicas de septiembre se le encuentra a la caza de bobos e inocentones con un naipe de tres cartitas y un poncho que tiende en el suelo para hacer maravillas en el mañoso barajamiento de las esquivas cartas. Suele estar la policía a diez pasos de distancia. El se injerta en un grupo para tender su poncho entre enjambres de redondillas populares, refranes, aforismos y disparates. Es seguro que mucho antes de concluir el guardián su ensimismamiento de autoridad bobali-

cona, el niño diablo se ha cogido cuatro tontos a raíz de las faltriqueras y se ha ganado unos cuantos pesos en menos que dijo veinticinco cuartetos de zumba.

Leyes del Estado, leyes de la Iglesia, leyes de Dios... A todas se las mete en el bolsillo del chaleco.

Nada dice de aquella tontería del Supremo Hacedor: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente"... Jamás ha hecho tal disparate...

El momento peligroso de este niño diablo es el que sigue a una encerrona en que se gastó el dinero suyo y el de sus amigos, incluso todo el que se obtuvo por una remesa de ponchos, sombreros y paletos enviados al montepío.

Se escabulle silenciosamente en dirección a las callejas del arrabal, aguzando su mirada felina de gavilán en acecho. El cuchillo, la piedra, el palo, serán sus amables compañeros de ataque.

El niño diablo no conoce la tristeza. ¿Sufrir? ¿Pensar? Una copa bebida al son de arpa, guitarra y piano no reconoce parentescos con la melancolía. Agasajado por los amigos, querido por sus mujeres, halagado por la vida, él se ríe de todo y por todo.

Y no es que le falten sus gentilezas de carácter.

En la tarde de un domingo se enreda de bofetadas con uno que le es sumamente *pesao*.

—¿Quiere salsa, amigo?

Después de las trompadas, si el bolsillo y la policía lo quiere, convidará al enemigo de poco antes con el objeto de echar una copa por la amistad.

Sin embargo, de ser apto para heroísmos y capaz de entusiasmos, no es un patriota. En tiempos de guerra, escabulle mañosamente el bulto a los escuadrones reclutadores, declarando que sólo los tontos no *raspan la bola* (huir)...

Y no es que no sean valientes. Ellos miran la vida cara a cara; comen el pan de la misericordia divina, y sin pensar nunca en el mañana se tienden bajo un árbol cualquiera, colgando la chaqueta raída sobre las ramas en que retoza el hálito salvaje de la hojarasca greñuda.

No sueñan jamás, porque nada habría tan halagüeño que mereciera la absurda dignidad de permanecer una hora en su travieso magín.

Lo desprecian todo, y, sin perseguir nada, lo alcanzan... Tal los pájaros vagabundos viven en las selvas enmara-

ñadas, donde la gracia de Dios tiene una brizna para los nidos, una migaja para los buches exhaustos y una sombra para los idilios...

Llena la boca de groserías y la imaginación de chistes, alargan esta jornada que a tantos cansa y fatiga, haciendo temblar la tierra con la planta de sus talones bravos.

LOS TACTICOS

La necesidad de presentar mejores apariencias en la lucha por la vida, el afán de aparecer más fuerte de lo que es, la certidumbre de que no se poseen las energías necesarias al triunfo, han logrado producir en forma abundante cierto tipo ya muy conocido de todos: el táctico.

Son generalmente personalidades rollizas, caballeros de moflete rubicundo y de abdomen colgante; hombres que se comen al mundo de una sola mascada, cómicos inocentes, para quienes la humanidad es sólo esa buena gente de la galería... O sujetos soplados, puestos de ruidosa actualidad por la propagación de la viruela. Hombres de paciencia pachorruda que devoran el contenido de una mesa en dos horas de melancólica masticación, sin dirigiros la mirada una sola vez, tal que si fuera el comensal del lado un simple utensilio de mesa.

Le conocéis ya.

Alguna vez de paso por un pueblo de provincia le encontrasteis en el mesón del bar; bebía fruiciosamente su vaso de malta, hablando de empresas fenomenales o barajando apellidos ilustres con encantadora displicencia.

—Las acciones de la Santa Luisa subieron hace pocas horas de veinticinco pesos a seis mil... El pobre Vicuña (o el infeliz Undurraga) se ha perdido medio millón de pesos... También perdió algunos miles ese joven de Santiago... ¡Este muchacho, pues!

—Juanito Ross, Pepe Cruchaga, el chico Sanfuentes —le dices para ayudar su memoria.

Y él responde con toda seriedad:

—Ese no; el otro Sanfuentes: Juan Luis.

Los hay hasta peluqueros, que os rapan las patillas con elegantes corridas de navaja, mientras de frase a frase se introducen por el gazonate la persona del zar, pongo por caso.

—Es un tipo de época pasada. Un buen joven que se deja conducir por la señora...

En el fondo, el táctico no es más que un farsante. Nada más que un infeliz empeñado en meter cuco con una superioridad que parece estúpida.

¿Os acordáis? Iba a nuestro lado, en un coche de cualquier ferrocarril. Sumido en profundas meditaciones, fijaba los ojos distraídos sobre el panorama. Parecía madurar un cataclismo bursátil o una catástrofe de índole social. En realidad, no había nada. Sólo decía para sí: "Este que se sienta a mi lado tiene una alta idea de mi personalidad".

Y si intentan conversar con él, se hará de rogar. Puede que a los cinco minutos conteste la pregunta u observación con cierto cansancio de hombre resignado a todo.

Los hay periodistas: matones de la literatura, Pinis de la expresión, Hércules del arte, que os enjaretan juicios arruinadores, verdaderos bloques de raciocinios aplastantes.

—Zola, un "buen" escritor. Y esté otro, el viejo de la Rusia... —Tolstoy, le volvéis a decir—. Ah, sí; ése, ése...

El táctico suele ser carnicero acomodado, como puede ser alcalde de provincia menuda. Y es doctor infalible que con pretexto de reumatismo en la diestra, saluda indolentemente con la izquierda.

Español, algunas veces. Buen sujeto, que en el fondo guarda un miedo espantoso por el talento de los demás; cobarde digno de compasión, agazapado con debilidad y todo en ciertas maneras fastuosas de hombre sesudo.

El Monsieur Prudhomme de Paul Verlaine, conocido entre nos con el cachazudo título de "caballero gordo", pertenece a los hombres tácticos.

"El es grave. Es padre y madre de familia; quería casar a su hija con el señor Machin, que es el modelo de joven: serio, noble, botarate y panzudo..."

...Alguien dicen que no siempre es un inocentón débil.

De todos modos. Si es el imbécil que se acurruca en el aparente desparramo de la táctica, es digno de lástima. Si es el canalla, calculador, valiente, rapaz, que esconde la garra filuda bajo su moderado continente, no es por cierto más digno que aquél de rozar vuestra mano.

EL CANDOR DE LOS POBRES

El sembrador de don Pedro Fernández se ha ido esta mañana en el ordinario.

Se ha marchado de una manera misteriosa, ocultando cuidadosamente el motivo de su viaje, los recursos con que lo hace y la dirección que sigue.

Y con razón de esto, los vecinos de las chacras cercanas hacen conjeturas extravagantes... ¿A dónde irá? ¿Con qué? ¿A qué?

Nadie lo sabe. Pero la chiquilla mayor suya lo ha revelado en casa del jardinero Lucas.

—¿Mi taitita? Ice mi mama que va onde el niño Davicito.

Los que conozcan al sembrador de don Pedro Fernández, con sus siete muchachos flacuchentos y sus setenta centavos al día, sentirán la significación de este viaje candoroso, por el cual el pobre hombre se deja un mes de trabajo en la boletería de la estación viñamarina, mientras el resto del año camina en dirección a las faltriqueras del milagroso Davicito.

La incurable angina pectoris que padece el infeliz, su irremediable miseria, su cansancio de vivir, todo eso desaparecerá instantáneamente ante el roce sutil del milagro. El sembrador de don Pedro Fernández no podría dudarlo.

¿Es que se puede desfigurar la moldeadura íntima de una raza?

El candor de los pobres es la herencia de la ingenuidad indiana. Es la misma sencillez de los infelices araucanos que imaginaron una sola persona del soldado español y de su cabalgadura, y que les hacía ver el rayo en la boca de los arcabuces.

Y, sin embargo de ser una mina explotada ya en cuatro siglos, el candor de los pobres continúa rindiendo en abundancia billetes que huelen a sudor y monedas conquistadas a puño.

Ahí está la incomparable tradición de fray Andresito. Ahí las señoras Gatica (Santiago, calle Dominica), que hicieron suculenta vida bajo la diestra milagrosa de un San Antonio.

Y sin recurrir a las crónicas de entonces, conversad un instante con el primer campesino que halléis al paso. No encontraréis un rasgo de recelo político, religioso o so-

cial, pese a su movible desconfianza de pájaro ladino. (De ahora y de entonces no hay noticias de que los hombres de campo hayan tenido adivinaciones astutas más que para menudencias de índole especulativa. Es preciso hojear todo un día la Historia de América para descubrir el desconfiado gesto con que el inca Atahualpa arrojó los Evangelios a las narices del padre Valverde.)

¿Habéis visto el sagrado gesto de algunos aldeanos cuando oyen leer párrafos en que se anuncia campanudamente la presencia en una ceremonia oficial de *S. E. el Presidente de la República*?...

Pues si escudriñáis un poco al través de su palabra, veréis el concepto que de este funcionario tienen. Para ellos, *S. E. el Presidente de la República* es algo así como un hombre en que se resumen todas las perfecciones humanas: talento, fuerza, virtud, carácter, valor y belleza... Algo así como un hombre caído del sol.

(¡Ah, si los pobres aldeanos pudieran conocer íntimamente a ciertos infelices que llegan a la Presidencia, condenados a cinco años de mandato obligatorio, de inconsciencia obligatoria y de cobardía obligatoria! Los hay de varias clases. Hombrecitos maniatados por la voluntad de un ministro talentoso, padres de familia que sólo habían nacido para tales devotos que asisten a la apertura del Congreso con *detentes* en el forro del frac, jurisconsultos que encargan la confección del Mensaje a la pluma del subsecretario, pusilánimes que hoy retiran un decreto firmado ayer, para firmar otro que se retirará mañana!...)

Los pobres son así. Creen encantados en todo lo desconocido.

* * *

Por aquellos días de 1891, los periódicos clandestinos que hacían la propaganda revolucionaria con artículos dramáticos y maldiciones en verso, pusieron de rabiosa actualidad la palabra *Constitución*. El vocablo iba de labio en labio, como si se hubiera intentado reunir en el modo de pronunciarla todo el respeto que guardaron por ella los estadistas de los primeros tiempos, desde Portales hasta Aníbal Pinto.

El Presidente Balmaceda había violado la Constitución.

Las huestes libertadoras del general Canto defendían los derechos *constitucionales*... (¡Oh la Constitución!)

Hubo campesinos de las provincias australes que se la imaginaron un templo donde se guardaban los estandartes tomados en la guerra contra el Perú y Bolivia, o las cenizas de Arturo Prat. Y los niños, que allá en su inocencia hacen más bellas las cosas, figurábensela una inmensa mujer de cabellos rubios... ¡Hermosísima!

Aun escuché esta frase: "El Presidente Balmaceda se ha ido con todo el dinero que había en la Constitución".

Si los inocentes campesinos, si los niños ingenuos que tal decían, hubieran adivinado lo que más tarde se ha escrito sobre ella, tendrían para pensar.

Copio a este fin un fragmento de artículo, que por curiosa casualidad cae a mis manos:

"¿Qué se hizo el respeto de nuestros antepasados por el texto de 1833? La Constitución es hoy un libraco de páginas polvorientas, de letra oxidada y lomos raídos. Sus hojas amarillentas son letras a plazo contra los dineros del pueblo. ¡Con sus artículos inviolables envuelven cosas muy sucias los parlamentarios que hacen de comerciantes en menestras sobre los mostradores fiscales!"

Todavía más.

Hace algunos años fue elegido presidente de la Cámara joven el distinguido político don Fulano de Tal (no importa el nombre). Era un personaje de gran talento, pero de pequeña estatura. El sillón de la presidencia tenía, por el contrario, dimensiones un poco exageradas, como que se encargó a Europa cuando presidía esa Cámara otro político no menos eminente, recordado hasta ahora por sus famosos dos metros de altura. De ahí entonces que el señor de Tal casi desapareciera en el fondo de la silla al presidir los debates.

Pero el ingenio de los hombres tiene sus recursos originales. El pequeño presidente de la Cámara corregía las deficiencias de su estatura colocando tranquilamente en su asiento (¿lo creeréis) la Constitución Política de la República de Chile...

Vino de estos manejos sacrílegos una frase irrespetuosa de los mozos encargados del aseo: "La Constitución está en el asiento del señor presidente"...

La frase era fuerte pero simbólica.

* * *

¡Cuántas hermosas palabras para el candor de los pobres!

Los derechos del pueblo...

Las reivindicaciones populares...

La causa de los patriotas...

La salvación nacional...

El gobierno del pueblo por el pueblo...

La integridad política...

La instrucción laica y obligatoria...

La protección a la industria nacional...

Las instituciones republicanas...

Y otras, igualmente halagadoras para los oídos de las masas, que, por el tiempo de elecciones, son como campanitas sugestionantes, echadas a vuelo en la gloriosa fiesta de las mentiras agradables.

El caudillo populachero las dice en airosa apostura de tribuno, levantando los ojos al espacio y subrayándolas con hermosos gestos de indignación.

Periódicamente se repiten. Son las mismas frases, con sus respectivas comas y sus elocuentes admirativos, como si se hubiesen conservado en primorosos paquetes desde la elección última. Solamente que ya no es el mismo tribuno. El de la campaña anterior tiene ahora un puesto público que le consiguiera el diputado triunfante. Ahora es un nuevo cesante de pupilas castas y melena económica.

En estas asambleas políticas, de una "solemnidad inusitada", al decir de los diarios serios en el número del día siguiente, hay casi siempre un obrero bebido hasta el buen humor, que se entretiene cortando las peroratas con interrupciones estúpidas. Los asambleístas suelen concluir por eliminarlo a empellones.

Pues bien. Este impertinente que come sabiamente su jamón y bebe su jarro de cerveza, riéndose de oradores, de discursos y de oyentes, es el más cuerdo de los ciudadanos auditores.

Desconfía de las promesas, ríe del entusiasmo y explota beatíficamente al "candidato de las clases trabajadoras".

Según él, nada hay más allá del *sandwich* y la cerveza. Y está en la razón.

* * *

Pero, volviendo al 91, recuerdo que en pos de los desastres producidos por la guerra, cuando el pueblo revolucionario se hizo balmacedista por nostalgia, los poetas de entonces (que a raíz de revueltas exhuman sus empolvadas lirás) confeccionaron sentidas estrofas de rebelión contra el gobierno de los constitucionales:

*¡Oh temible aristocracia,
tiembla por tu porvenir,
porque tendrás que morir
al grito de democracia!*

Se cantaban esos versos en plena calle, se echaban carteles incendiarios en los oídos mismos de los Montt, de los Besa, de los Barros Luco.

Según los pobres, los revolucionarios formaban la aristocracia. Los balmacedistas eran, por consiguiente, la democracia. (Verdad que antes del 91 el silogismo estaba por el revés... Mas no os apuren estas cosas: tiempo habrá de darles otras vueltas...)

No sabían, eso sí, los infelices comparsas de estas zarzuelas políticas que los caudillos del partido balmacedista eran tan enemigos suyos como los revolucionarios. No sabían los pobres que los aristócratas de ambos bandos se habían reído bonitamente del pueblo, comerciando con su carne, combatiendo con su sangre, triunfando con sus vidas. No sabían que los ejércitos de ambos partidos se habían despanzurrado a bayonetazos por unos mismos explotadores...

Cuando yo era niño, se estudiaba en las escuelas del Estado un libro de lectura: "El Lector Americano". (¿Os acordáis, amigos, de aquel tiempo?)

Yo recuerdo aún muchas de esas bondadosas lecturas que tantas cosas me enseñaron sobre la vida. El profesor de mi clase (¿qué os hicisteis, incomparable señor Olmedo?) era un viejo con fama de virtuoso, sin otro defecto que el de ser adorador excesivamente fervoroso del buen vino. Condición o defecto era ése que lo tenía casi siempre sentimental, con la boca apretada de frases tiernas y la lengua tartajosa en fuerza de enseñar filosofías honestas.

Las clases eran encantadoras, para mí sobre todo, que desde las ventanas próximas me sumía en hondas contem-

placiones ante la cabecita rubia de Olimpia Olmedo, cuando en las tardes se iba a corretear por el patio ya desierto. Otros se entretenían en disparar pelotillas con rumbo a la calva del maestro. Pero de mirada en mirada, de pelotilla en pelotilla, solíamos escuchar las profundas reflexiones del señor Olmedo:

Juanito observaba una colmena. Las abejas iban y venían en busca de miel. Juanito pensó: "Las abejas trabajan todo el día y no se dan reposo sino cuando están muy fatigadas... Seré como las abejas!"

* * *

Juanito no podía ver la miseria. Si un pobre le pedía limosna, se quitaba el pan de la boca para socorrerle...

* * *

Juanito da limosna a un ciego que se ha dormido bajo un árbol.

—No le despertéis —dice a su hermanita—. El no lo sabrá, pero Dios lo sabe...

* * *

Juanito y Julio eran niños de la misma escuela. Julio se cayó a un estanque. Juanito se arrojó al agua para salvarlo...

* * *

Los maestros son nuestros segundos padres. Los maestros se encargan de instruirnos. Los maestros..., etcétera.

* * *

Panchito estaba siempre llorando. Si sus amigos le decían una chanza, si no le admitían en un juego, si su papá le negaba un deseo, el pobre se ponía al instante a llorar. Cuando observaron esto los compañeros de la escuela, le llamaban "el niño llorón".

No tardó Panchito en corregir su defecto, pues...

* * *

Yo creía tan buenas enseñanzas. Y allá en el fondo de nuestros corazones parecía hablarnos una voz desconocida (la voz del alma, indudablemente...), que nos aconsejaba hablar como Juanito, pensar como Juanito, obrar como Juanito.

¡Ah, qué grandísimo bellaco era el señor Olmedo! ¡Cómo nos enseñaba la admirable ciencia de ser Juanito! ¿Podía haber desgraciados en la vida? Bastaba esa ciencia para ser feliz...

Pero un día de tantos, el señor Olmedo pasó muy lejos los límites de su filosofía honesta y de su fervor al vino. Llegó a la clase lamentablemente...

—¿Sabéis, niños? Todas estas lecturas son bellaquerías y patrañas... No creáis nada... ¡Son mentiras todas!

"No trabajéis como las abejas... Sed holgazanes en cuanto podáis serlo, que tiempo os queda para trabajar sin descanso alguno. ¡No trabajéis como las abejas, que ya tendréis que hacerlo como bueyes!

"Nuestro Juanito no era niño bueno. Juanito podía ver la miseria y muchas cosas más, ¡como que su padre era dueño de una fábrica donde se extraía la sangre a cuatrocientos obreros miserables!

"Si un pobre le pedía limosna, no se enternecía mucho ni se quitaba el pan de la boca para socorrerle... ¿Lo había de hacer? Los pobres eran unos bribones, según el concepto de papá...

"Los maestros no son vuestros segundos padres... Los maestros son unos infelices que ganan cincuenta pesos mensuales por enseñar a los pobres la resignación, la esclavitud y la mentira...

"Juanito no pensó jamás que Dios supiera la caridad de los hombres, porque a la Divina Providencia no se le engaña con bazares de beneficencia ni crónicas sociales.

"Julito se cayó al agua, es cierto. ¿Y ello qué? Son muchos los Julitos que se van al agua en esta vida...

"Pero Juanito no se echó en pos de él para salvarle, sino para sacar un hermoso juguete con que Julito se ahogaba...

Se enfurecía el señor Olmedo. Su voz se iba haciendo terrible, arrebatada por vientos de indignación y soplos invisibles de cólera, que erizaban sus escasos cabellos de dómíne exangüe.

—¿Quién cuidará de nosotros mientras estamos dormidos? Nadie, niños...

"Acaso fuera más útil que estos infames libros preguntaran por el que nos cuidará cuando despiertos, ya que es entonces cuando los infelices están expuestos a todos los peligros, ya que entonces es cuando los amos les agredirán en forma violenta (puntapié o desprecio) o hipócrita (explotación).

"Asegurar la libertad de la patria es asegurar nuestra propia prosperidad. Ah, ¿sí? Yo os quiero contar que antes de la famosa guerra de la Independencia no había en esta patria políticos explotadores, mandatarios abusivos, impuestos esquilmanes ni reclutación obligatoria. Ni los hijos del pueblo sufrían las céntuples tiranías del vicio criollo, de las esposas fecundas, de los salarios insuficientes, de los amos especuladores, de los capataces rastreros, de las guerras fratricidas y de una aristocracia que hace pesar montañas de indiferencia sobre la vida de los pobres.

"Prestemos a la patria los servicios que reclame de nosotros. ¡Ah, sí! Para tener la famosa recompensa de los infelices que fueron al Perú el año 79...

El infeliz señor Olmedo removía con cierta irritación, desconocida en sus maneras de normalista enclenque, todo el fondo sucio de su espíritu escéptico.

—*Panchito estaba siempre llorando. ¿Cómo no había de ser? El infeliz era hijo de alcohólico; sufría enfermedades hereditarias: desequilibrios físicos y debilidades de carácter que una generación entera había depositado en él, último residuo de befas lejanas y esclavitudes incurables.*

"Panchito no era solamente un "niño llorón". Era un "niño desgraciado", como muchos que hay en esta tierra...

No todos le comprendimos en aquella terrible hora de verdad angustiosa. Pero al través de los años he solido meditar sus revelaciones malsanas. ¡Cuánta sabiduría nos enseñó en esa hora!

* * *

Los pobres son candorosos a la manera de los niños. Solamente que el maestro de ellos (político, cura o patrón) no ha llegado jamás al momento fatal del señor Olmedo.

La escasísima ilustración de oídas que adquieren alcanza, sin embargo, para formarles un conceptó halaga-

dor respecto a las personalidades gloriosas de nuestros ascendientes políticos.

O'Higgins, Carrera, San Martín... ¡Esos sí que eran hombres íntegros! Patriotas hasta el fanatismo, abnegados hasta la exageración, desinteresados hasta el ridículo, buenos hasta la santidad, entusiastas hasta el delirio...

Pero los pobres que así piensan, seguramente que no conocen la "Historia General" de don Diego Barros Arana. El valiente anciano suele hacer algunas revelaciones encantadoras... ¿Carrera? Un joven que vivía en España entre el cuartel de granaderos y las casas de vida alegre. En la cubierta del buque que lo trajera a Chile, declaraba sencillamente su ambición de hacerse un Napoleón sudamericano. Fue enemigo de O'Higgins desde el primer momento, y juntos sacrificaron la vida de dos mil chilenos en el desastre de Rancagua. ¿Sabéis la razón? Carrera envidiaba las nacientes glorias de O'Higgins, y no quiso por esto mismo conseguir para la patria ese triunfo, cuya gloria habría caído sobre un nombre que no era el suyo. Hasta el último instante de aquella guerra se temían y se envidiaban.

El gran Bolívar, ¿cómo nos lo pinta la historia? Un ambicioso de glorias, que estuvo a riesgo de malograr la independencia del Perú.

* * *

La conmovedora facilidad de creer, que es característica de los pobres, tiene manifestaciones tristes.

De entre esa buena gente del pueblo, conocí una lavandera infeliz, pobre mujer que sudaba desde el alba al crepúsculo para pagar el colegio de una hermosa hija suya que había educado a costa de sacrificios indecibles en el Colegio de los Sagrados Corazones.

—Sí, pues... En el colegio donde están las señoritas Sarratea, las señoritas Undurraga...

De esto nacían para la pobre unas esperanzas que hacían llorar: algo favorable, algún acontecimiento imprevisto, algún alegre golpe de fortuna que vendría al empezar la niña sus primeros años de juventud. Esto es lo que se entreveía vagamente a través de sus palabras, y lo que ella entredivisaba en la bruma de sus ensueños candorosos.

Educar a la chica para esposa del desconocido millonario que la llevaría al altar y al fausto, así como lo hacen

los príncipes de los cuentos antiguos con las pastoras humildes. ¿Por qué no? Si era hermosa, si era buena, Dios lo consentiría... Sabía bordar, sabía piano, idiomas, bailes, etcétera.

Nadie logró desengañarla. Creía en la justicia de los hombres y el milagro debía venir...

Murió la desdichada con su esperanza. La chiquilla se negó terminantemente a consolar sus últimos instantes, pretextando que las señoritas Argandoña podían verla en vivienda tan pobre.

Pero al vencimiento del trimestre próximo, las religiosas de los Sagrados Corazones le propusieron un puesto de institutriz en casa del respetable caballero don Francisco X. (No era poco, ciertamente...)

Ahí fue donde empezó y concluyó sus escandalosas relaciones con el muchacho Julio, primogénito de la familia.

¡Más vale que te hayas ido, lavandera infeliz, víctima inocente de tu inocente candor!

Y como la humilde lavandera, muchas almas hay que aún arrastran conceptos halagadores de las cosas humanas. Parecería que la suerte os hace objeto de una sangrienta burla, dándoos para befa de irremediables desgracias ese aditamento triste que se llama candor...

Oídme. Desde el primero al último, todos os engañan.

El Presidente que os firma mensajes, el diputado que os arranca el voto, el patrón que os explota, la ley que os estruja, el cura que os aconseja.

No hay más que una vida de eterno desamparo, donde para alcanzar la migaja de placer que os corresponda como hombres, es fuerza que la arrebatéis a bayonetazos, colocando brutalmente en la balanza donde se os roba el pan, toda la brutalidad musculosa de vuestros puños.